

DOMAR UN CORAZÓN



Kristine Rolofson

A45

eLit

DOMAR UN CORAZON

KRISTINE ROLOFSON



 HARLEQUIN™

Índice

DOMAR UN CORAZÓN

Sinopsis

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Sinopsis

Nadie sabía lo que sucedía en el rancho...

A Jake Johnson no le hacía ninguna gracia tener que entretener a la tía solterona de la prometida de su amigo... hasta que descubrió que la tía Elizabeth Comstock era una treintañera despampanante con una larga melena y un cuerpo que los hombres se volvían a mirar por la calle. Así que, ¿quién sería capaz de no caer en la tentación de seducir a la encantadora Lizzy?

Por su parte, lo que más deseaba Elizabeth era evitar que su sobrina se casara con un cowboy... hasta que se dio cuenta de que ella misma se estaba enamorando de uno. ¿Podría conseguir que el salvaje Jake se convirtiera en el marido perfecto para una mujer de ciudad como ella?

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UnaEditado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2001 Kristine Rolofson

© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Belleza misteriosa, n.º 281 - marzo 2019

Título original: Blame It on Babies

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española

de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 9788467106510

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo uno

—Me caso.

La conversación en torno a la mesa de juego del rancho Dead Horse enmudeció de pronto. Dusty abrió la boca y no la cerró. La mano de Marty quedó congelada sobre las fichas de póquer que acababa de apilar cuidadosamente y Roy dejó de dar cartas. El viejo Shorty se tragó la cerveza demasiado deprisa y se atragantó, y Jake le dio una palmada entre los omóplatos antes de volver a mirar a su jefe.

—¿Quieres repetir esto?

—Que me caso —repitió con una sonrisa y recostándose en el respaldo de la silla con las manos entrelazadas bajo la nuca—. Os he dado una buena sorpresa, ¿eh?

Jake, el único capaz de articular palabra, no parecía impresionado.

—Es una broma, ¿no?

—No, señor. No es una broma. ¿Es que no queréis saber con quién voy a casarme?

Cuatro de ellos asintieron, de modo que Bobby continuó.

—Amy Lou Comstock. Es del este. Vive en Rhode Island, pero fue a la universidad en Colorado.

—Así que una chica del este, ¿eh? —murmuró Shorty—. No me extraña. A las de aquí, les has roto el corazón a todas.

—Yo diría que no —repuso Dusty—. Jessie dejó un mensaje para él el otro día, y las mellizas Wynette han andado rondando los establos todo el fin de semana.

—Podrían haber venido a verme a mí —dijo Marty, que se pasaba

el día intentando emular a Bobby—. He ganado suficiente dinero esta noche para invitarlas a las dos al cine el domingo.

Jake tomó un trago largo de cerveza y dejó la botella sobre la mesa antes de hablar. De todos modos, no quería concebir esperanzas otra vez. Llevaba demasiados años intentando sin conseguirlo que Bobby sentase la cabeza. Se diría que tuviese quince años en lugar de veinticinco. Es más, la energía que derrochaba le hacía a él sentirse de cincuenta años en lugar de los treinta y cinco que tenía.

—Bueno... una noticia interesante —bromeó—. ¿Y cuándo es la boda?

El joven dudó.

—Yo querría que fuese este verano, pero Amy Lou dice que quiere que antes me conozca su tía.

—Su tía —repitió Shorty, complacido—. Así que es una chica familiar. Eso es bueno.

—Sí —contestó el muchacho—. Supongo que sí. Siempre y cuando le guste a su tía, claro.

—Ya sabrás tú embaucarla —declaró Marty—. Será pan comido para un adulator como tú.

Pero Jake no estaba tan seguro. En los últimos dos años, se habían despedido dos cocineras, aduciendo que ellas eran mujeres decentes que no tenían por qué soportar las correrías de Bobby. La casa principal, que nunca había sido gran cosa, tenía un aspecto decrepito. ¿Qué le hacía pensar que aquel lugar podía impresionar a dos mujeres de ciudad?

Se inclinó hacia delante y miró a Bobby a los ojos.

—¿Dónde has conocido tú a una chica de Rhode Island? ¿Y cómo es que nunca te hemos oído hablar de ella?

—Es una larga historia —dijo Bobby, y sacó unas cuantas patatas fritas de una bolsa arrugada. La audiencia lo escuchaba embelesada—. ¿Estáis seguros de que no preferís jugar al póquer?

Roy dejó la baraja.

—A mí me gustaría ganar un par de manos —masculló—. Solo tienes que decirme cuándo quieres que empiece a repartir otra vez.

—No le hagas caso —dijo Marty—. ¿Tiene alguna hermana tu novia?

—No —Bobby acabó con las patatas y se limpió en los pantalones—. Solo tiene a su tía.

—Vaya por Dios —murmuró—. ¿Cuántos años tiene la tía?

El futuro novio se encogió de hombros.

—Amy me ha dicho que es bastante mayor. Es... era profesora.

—A mí las profesoras me dan pánico.

A Jake se le estaba agotando la paciencia.

—Cuéntame cómo la conociste.

—¿Te acuerdas cuando fui a llevarles a los McAllister aquellos caballos en abril?

Se acordaba. Bobby se había quedado cuatro semanas y se había perdido el final de una agotadora época de partos.

—Tenían compañía —continuó Bobby—. La compañera de cuarto de su hija mayor —tomó su jarra de cerveza—. De Colorado.

—¿Fue a la universidad en Boston o en Colorado?

Jake aún no las tenía todas consigo. Bobby era especialista en urdir mentiras como aquella.

—El año pasado la trasladaron a Colorado, o algo así. La verdad es que no presté mucha atención a esa parte de la conversación, ya te imaginas.

Y le guiñó un ojo a Marty.

—Qué suerte has tenido —masculló este—. Aun me cuesta trabajo creerlo.

Bobby se encogió de hombros.

—Pues es algo que pasa, sin más.

—¿Bueno, qué? Jugamos a las cartas o no? —se impacientaba Roy.

—Fue amor a primera vista —continuó Bobby—. Igual que aquel

rayo que prendió fuego al árbol aquel año. Ya sabéis, ese que estaba cerca del arroyo en los pastos del oeste y que...

—Amor —le interrumpió Shorty, porque todo el mundo interrumpía a Bobby cuando este se lanzaba a una de sus explicaciones—. El amor puede meter en líos a un hombre sin que se dé cuenta. ¿Seguro que sabes lo que haces, hijo?

—Claro que estoy seguro —miró a Jake y su sonrisa palideció—. No te pongas tan serio, Jake. Soy yo quien va a casarse, no tú.

—Y eso es algo bueno —respondió Jake—, teniendo en cuenta que no voy a tener que ser yo quien ponga en condiciones este viejo caserón para que alguien venga a vivir aquí —añadió, con la esperanza de que el condenado crío se amilanase un poco.

—¿Ah, sí?

Bobby parecía muy tranquilo.

—Sí. Si quieres casarte, tendremos que hacer unas cuantas cosas. Como limpiar, por ejemplo. Y cocinar. ¿Y qué vas a hacer con *Gus*? ¿Y cómo vas a conseguir que las Wynette no se pasen la vida en el granero?

—Y cómo conseguir que la tía de Amy no me estropee los planes. Jake frunció el ceño.

—No habrás pensado... bueno, no querrás hacerlo aquí mismo, en la casa.

—No, claro.

Pero no parecía demasiado convencido. ¿Se habría acostado ya con Amy Lou? Cuanto antes se casara, antes dejaría de preocuparse por que pudiera meterse en un lío. En Dead Horse no iba a haber ni un solo niño más no deseado mientras él estuviera al frente.

—Bueno, entonces tenemos que hacer planes.

—Podríamos empezar por jugar unas cuantas manos más de póquer —Roy tomó el montón de cartas y siguió repartiendo por donde se había quedado—. Vamos a hacer algo que sea interesante.

Todos estuvieron de acuerdo excepto Jake.

Bobby miró sus cartas, pero, antes de seguir, le guiñó un ojo a Jake y dijo:

—El que pierda se queda con la tía.

—¿Que se queda con la tía? ¿Qué demonios quiere decir eso?

—Va a necesitar que alguien la acompañe, que le enseñe el rancho, le prepare una taza de té, que la ayude a bajar de la furgoneta y esas cosas.

—Venga, Bobby —gimió Roy mientras terminaba con las cartas—. Creía que íbamos a jugar al póquer, no a seguir hablando de mujeres. Su jefe lo ignoró y lanzó una ficha azul al centro de la mesa.

—¿Quién va?

—Vamos todos —contestó Jake—. Y solo vamos a jugar hasta las nueve, que mañana hay terneras que marcar a primera hora.

—No hay problema —le aseguró Bobby, sonriendo al ver lo que le había tocado en suerte—. Nadie va a poder obligarme a que cuide de la tía con una mano como esta.

Dusty lo miró.

—Menudo farol.

—Ya lo veremos —lo desafió, y lanzó una ficha roja al centro de la mesa—. Me toca abrir.

Jake miró sus cartas, pero desde luego no tenía la cabeza puesta en el juego. Estaba pensando en que Bobby había crecido e iba a casarse. A sentar la cabeza. A transformarse en un miembro responsable de la comunidad. Lo cual se merecía una cerveza fría como ninguna otra cosa.

—Dame un par de cervezas —le dijo a Dusty, que estaba más cerca de la nevera llena a rebosar entre hielo, latas de cerveza y té frío sin azúcar, porque Roy era diabético y Shorty solo bebía los sábados por la noche.

—Creía que íbamos a jugar solo hasta las nueve —le pinchó Bobby al pasarle la lata de cerveza.

—Me la beberé rápido —prometió—. Tú sabes lo que significa

casarse, ¿verdad? —le preguntó, mirándolo—. No más mujeres. En plural.

—Sí, señor. A partir de ahora, solo habrá una mujer para mí.

Ojalá pudiera creerle, pero no se atrevía a imaginar lo sencilla que sería la vida en ese caso. Cerró el abanico que había formado con las cartas y abrió la lata.

—Yo no voy —dijo—. No quiero malgastar mi dinero, viendo a Bobby tan satisfecho.

Además, si aquella noticia era cierta, su buena suerte acababa de empezar.

Elizabeth Comstock miró el pequeño bulto peludo que dormía plácidamente en el centro de la cocina. Roncando suavemente acurrucado en su cama, el Shih Tzu parecía ajeno a las dos mujeres que lo observaban.

—No sé qué voy a hacer con él.

—Te quiere mucho —contestó Amy, sonriendo.

—Es que no sabe hacer otra cosa —puntualizó su tía—. No es muy listo que digamos.

Amy se sentó en el suelo y acarició el lomo del perro.

—Cuando me case, voy a tener perros grandes.

—¿Podríamos dejar de hablar de tu boda durante unos cuantos minutos? —Elizabeth miró su reloj. Esperaba tener el coche cargado y la casa cerrada a la una, a tiempo de evitar el grueso del tráfico que abarrotaría poco más tarde la interestatal 195. Las principales carreteras de Rhode Island se llenaban de automóviles durante los meses de verano, y era mejor evitar el tráfico diario además de los coches de quienes huían a Cape Code los viernes—. Ya voy retrasada, ¿puedes sacarlo por mí?

—Claro. Yo ya he recogido todo.

—Veo que sigues decidida a ir a Texas, aun después de todo lo que te he dicho.

—No sé por qué no iba a hacerlo. Tengo veintiún años, y ya no soy

una niña.

—Ya sé que no lo eres, pero eso no quiere decir que estés preparada para el matrimonio.

Y el que ella se dejara el aliento intentando hacerla recapacitar no significaba que su sobrina fuese a hacerle caso.

—Estoy enamorada. ¿Es que no me crees?

Elizabeth sacó el cubo de la basura y lo puso junto al frigorífico. Luego, abrió la puerta y fue sacando los alimentos perecederos y metiéndolos en una bolsa.

—Te creí cuando te escapaste con tu profesor de inglés, el que decías que estaba dotado para la poesía.

—Pero...

—Y también te creí cuando dejaste la universidad para estudiar arte en Italia con... ¿cómo se llamaba?

—Vincenzo.

—Y también con ese director de televisión que te dijo que serías perfecta para *Los vigilantes de la playa*.

—Y tenía un papel.

—Te pusiste a gritar al ver una medusa —miró un trozo de mozzarella un momento y decidió meterlo en el ya abarrotado congelador. El día menos pensado, tendría que limpiar aquel frigorífico y hacer con todo aquello un buen estofado.

Amy se encogió de hombros.

—Hollywood no supo apreciar mi talento. Habría hecho unas películas de terror fantásticas.

—¿Y ese vaquero sí te aprecia?

—Es tan guapo. Y tan divertido. Y le quedan tan bien los téjanos —suspiró.

—Un requisito indispensable en un marido, sin duda.

—Ya sabes lo que dicen de los vaqueros, ¿verdad?

—Pues no, y no quiero saberlo.

No quería oír una palabra más sobre vaqueros. Lo único que

quería era irse a Cape Code a comprar antigüedades, leer novelas de misterio y llevar vestidos floreados con los que se sentía fresca y veraniega. Quería comer langosta en salsa de mantequilla y beber un buen vino frío.

—Me he comprado la crema protectora y un bañador nuevo, y estoy dispuesta a abrir la casa de la playa para...

—Quiero que conozcas a mi futuro marido —dijo Amy—, ya que eres mi único pariente vivo y todo eso.

Y ese era precisamente el problema. Amy llevaba cinco años siendo su problema, desde el mismo día en que murió su madre. Y ella se tomaba su papel de tutora legal muy en serio. Demasiado en serio, según Amy, que no dejaba de recordarle que había cumplido ya los veintiuno. Pero Amy era de esa clase de chicas que se meten en las situaciones más disparatadas de las que siempre necesitan que las rescaten.

—Vamos, tía —insistió, tomando en brazos al perro—. *Pookie* podrá venir también.

—Podrá no, tendrá —replicó Elizabeth—. No podría dejarlo en una perrera.

—Entonces, ¿vendrás conmigo?

—De ningún modo. La última vez que te metiste en líos, acabé atrapada en una tormenta de nieve.

—No puedes echarme a mí la culpa del temporal.

No. Y tampoco podía culpar a nadie de lo que le había ocurrido aquella noche salvo a sí misma.

—¿Por qué no puedes limitarte a volver a la universidad y salir con chicos normales?

—Bobby es un chico normal. Es propietario de un rancho —le explicó—, y quiere que yo... que nosotras lo conozcamos.

—El otoño pasado solo querías volver a la universidad. Ahora solo quieres ir a Texas a ver el rancho de un tal Bobby, que te dijo que el rancho era suyo. ¿Cómo sabes que dice la verdad?

Amy se encogió de hombros.

—Los McAllister me dijeron que posee uno de los ranchos más grandes de todo Texas. O del condado. O algo así. Te gustará.

No, no iba a gustarle. Y aunque así fuera, Amy era demasiado joven para casarse.

—Eres demasiado joven para casarte —le dijo, revolviendo en el frigorífico, pero cometió el error de mirar a su sobrina a hurtadillas, y le pareció que tenía los ojos llenos de lágrimas—. No me hagas esto, Amy.

—Podrás irte a la playa después de conocerlo.

—Texas queda muy lejos de Cape Cod —protestó, pero era consciente de que se iba a dejar convencer.

—Solo serán unos días, y aún te quedará todo el verano por delante hasta que empiecen las clases —Amy se levantó y apretó a *Pookie* contra el pecho—. Por favor... ya he comprado los billetes.

—El océano Atlántico contra la árida Texas —murmuró—. Genial.

—Vamos, tita. Será divertido.

No, no iba a ser divertido, pensó mientras ataba la bolsa de la basura. Evitar que su sobrina se metiera en problemas nunca lo había sido.

—Lo he visto en el periódico, Jake. El fin de semana que viene hay una muestra de edredones en Beauville.

—Una muestra de edredones —repitió Jake, mirando a su jefe con una descarada falta de entusiasmo—. ¿Qué demonios se supone que puedo hacer yo mientras esa mujer ve edredones?

El joven hizo girar su sombrero entre las manos, se alisó el pelo y volvió a colocarse el sombrero de modo que los ojos le quedaran a salvo del sol de la tarde.

—No será tan malo —dijo, sin atreverse a mirar a Jake—. Muy colorido, por lo menos.

—Yo había pensado en las antigüedades —confesó Jake—. A esas mujeres mayores les encantan.

Bobby le regaló una sonrisa deslumbrante.

—Sí, muñecas de porcelana, encajes y cosas de esas. Buena idea. Y cartas —añadió—. *Gus* me dijo que a su madre le gustaba jugar a la canasta y al *bridge*.

—Ya veo que voy a estar muy ocupado yendo y viniendo por todo Texas —dijo, apoyando la bota en el palo inferior de la valla y mirando a las tres yeguas que pacían tranquilamente en el corral—. ¿Y qué pasa con ellas?

—Lo haré enseguida. Esta misma semana —Bobby se guardó las manos en los bolsillos y miró a las yeguas—. Verme domarlas impresionará a Amy Lou.

—Supongo que sí.

—Le gustan los vaqueros —anunció, orgulloso.

Jake suspiró. «A todas les gustas», pensó. Las mujeres habían revoloteado a su alrededor antes de que Bobby pudiera comprender por qué.

—Y ya sabes que montar se me da de perlas.

Seguramente Bobby no esperaba una respuesta coherente a esa afirmación.

—Te gustará, ya verás.

Jake asintió. Sería capaz de besar la tierra por la que pisara esa mujer si era capaz de conseguir que Bobby sentase la cabeza y que se transformara en un ranchero y un marido responsable.

—Y su tía no puede ser tan horrible.

Su primera intención fue la de decir que las mujeres, jóvenes o viejas, no eran más que una fuente de problemas, pero decidió ahorrarse la saliva. Además, había tenido un día muy duro de trabajo y era mejor que guardara la energía que le quedaba para cenar. Lo que necesitaban, lo que él en concreto necesitaba, era una mujer hogareña, una de esas que olían a canela y vainilla. La clase de mujer que no se molestaba demasiado porque se pisara con las botas sucias el suelo de la cocina y que recibiera a su hombre en la cama todas las

noches sin que diera la impresión de que le estaba haciendo un gran favor.

Desgraciadamente, no conocía a ninguna mujer así que tuviese menos de cincuenta años. Lo cual lo llevó de nuevo al problema.

—¿Sabe cocinar tu Amy Lou?

Bobby se encogió de hombros.

—Pues no lo sé.

No era un buen síntoma, pero mantuvo la calma.

—¿Alguna vez ha vivido en el campo, o ha montado a caballo?

—Lo dudo, pero siempre puede aprender, qué demonios — suspiró—. Vamos, Jake... yo que creía que ibas a ponerte tan contento al saber que por fin iba a casarme.

¿Contento? ¿Contento como para ponerse a bailar? ¿Contento como para repartir cigarros y abrir la botella de *whisky* que había estado guardando? No importaba que no fumase, que no bebiera nada más fuerte que la cerveza y que no hubiese ni una sola mujer a la vista. Pero Bobby tenía que ser práctico. ¿Qué iba a parecerle a una mujer de ciudad pasarse el resto de la vida en un rancho criando ganado?

—Digamos que lo creeré cuando lo vea.

—Esta misma noche lo verás —prometió Bobby, mirando el reloj—. Dentro de un rato, me voy al aeropuerto.

—Las llevarás a cenar antes de volver aquí, espero.

El viaje de ida y vuelta al aeropuerto era de cuatro horas, lo que significaba que estarían allí a las siete de la tarde, a menos que Bobby se parara en un restaurante.

—Claro —sonrió—. ¿Te preocupa la comida?

—Me preocupaba —antes de contratar a la madre de Marty para que hiciese la compra y preparase la cena todas las noches. Había tenido que doblarle el salario y prometerle que no habría impudicias. No era que supiera exactamente lo que significaba «impudicias», pero le había prometido a la cocinera que la novia de Bobby venía

con su tía soltera como carabina—. Pero ya lo he solucionado. ¿Cuánto tiempo crees que van a quedarse?

Bobby sonrió y tiró del ala de su sombrero.

—Hasta que yo consiga lo que quiero conseguir.

Jake le deseó suerte, porque lo que aquel lugar necesitaba era la mano de una mujer. Lo que el mundo necesitaba era que Bobby Calhoun sentase la cabeza y se quedara en su casa todas las noches.

—Me alegro de que por fin vayas a sentar la cabeza —le dijo, preguntándose si se imaginaría hasta qué punto deseaba él tener un poco de paz y tranquilidad.

—Sí —sonrió—. ¿Te he dicho que actuó en *Los vigilantes de la playa*?

—Tres o cuatro veces —contestó Jake. Y eso quería decir que era rubia con pechos generosos, nada raro en Texas. Debía de tener que ver con el clima.

Bobby sacó una hoja de papel arrugada del bolsillo de la camisa.

—Anoche se me ocurrieron unas cuantas cosas más —dijo, entregándosela a Jake—, para quitar a la tía de en medio.

Jake alisó el papel y entornó los ojos para leer.

—Ver flores —leyó—. Ir al cine. Ir de compras —miró a Bobby—. ¿Cómo se supone que voy a hacer mi trabajo?

—Nos las arreglaremos sin ti.

—Sí, ya —murmuró, doblando cuidadosamente el papel antes de guardárselo en el bolsillo trasero de los pantalones—. Tendrás que hacerlo tú.

—Amy me ayudará. Está deseando.

Jake intentó imaginarse a Amy Lou Comstock, la monada universitaria que aparecía en *Los vigilantes de la playa* masticando el polvo de Texas.

—Deberías ir despacio con ella.

Bobby negó con la cabeza.

—No. Hemos hablado de ello y sabe que el rancho forma parte

del trato.

—El trato —repitió Jake.

—Ya sabes, el matrimonio y todo eso. Además, dice que siempre había querido vivir en un rancho. Y que siempre había querido conocer a un vaquero.

—Qué raro —se burló Jake. Ojalá no saliera corriendo ante la primera serpiente.

—Será mejor que me vaya. La próxima vez que me veas traeré de la mano a mi prometida —declaró.

—No puedo esperar —replicó Jake con toda sinceridad—. Espero que sea muy feliz aquí.

—¿De verdad?

—De verdad.

Bobby volvió a guardarse las manos en los bolsillos y cambió de postura.

—¿Has hablado con los chicos sobre lo de maldecir, rascarse o escupir delante de ellas?

Jake ocultó una sonrisa.

—Sí.

—Bien. No me gustaría que se llevase una impresión equivocada, o que pensara que somos unos maleducados.

—No.

—Será mejor que me vaya —repitió. Se había quedado tan pálido como cuando se fumó el primer cigarro a los doce años.

—Sí. Buena suerte.

Jake le vio atravesar el camino y dirigirse al garaje antes de dar la vuelta, atravesar él el jardín y entrar en su casa.

Aquella pequeña casa amarilla con un porche lateral era suya. Al menos aquel era el lugar en el que colgaba el sombrero por las noches y donde se lavaba la ropa. Necesitaba una mano de pintura y el escalón del medio crujía al subir, pero de lo demás no tenía queja. Poseía una pequeña propiedad a cuarenta millas al noroeste de Dead

Horse que el viejo le había dejado, pero por el momento seguía viviendo cerca de Bobby. El viejo R. J. Calhoun había sabido lo que se hacía.

—Insensato —había murmurado el viejo ante la tumba de su hijo y su nuera. Jake tenía entonces solo dieciocho años, pero llevaba viviendo en el Dead Horse desde que tenía memoria, ya que su madre había sido la devota ama de llaves de R. J. Y él había seguido a R. J. desde que era lo bastante mayor para ponerse las botas y abrir la puerta de la cocina sin ayuda—. Tendremos que cuidar del crío tú y yo.

—Sí, señor.

Y Jake había contestado enderezándose y dándole una palmada a Bobby en la espalda para luego guiarlo a la limusina que esperaba.

Y eso había sido todo, recordaba Jake mientras caminaba hacia la casa amarilla. R. J. había fallecido veintidós meses más tarde, y los trece años siguientes habían pasado con rapidez, entre trabajo duro, días largos y la responsabilidad de ser el capataz y el guardián de un crío cuyo segundo nombre era *Problemas*.

Limpiaría un poco la casa, se prepararía un par de sándwiches de carne y revisaría las cuentas mientras Bobby llegaba con las mujeres. Tal vez incluso repasara aquella lista y añadiese alguna idea más.

Porque iba a asegurarse de que la tía de Amy terminara amando Texas.

Capítulo dos

—Lo que le pasa a la tía Elizabeth —le dijo Amy a Bobby por teléfono desde el aeropuerto— es que nunca ha estado enamorada.

—Eso es muy triste —declaró Bobby, como si fuese la noticia más triste que le hubieran dado en su vida.

—O si lo ha estado, nunca me ha hablado de ello —lo que quería decir que no le había salido bien. Si en el pasado de su tía hubiese habido una gran pasión, ella lo sabría porque las dos estaban muy unidas. Y todo el mundo sabía que el único final feliz era el altar. Pero ¿por qué no se habría de enamorar ningún hombre de ella? Era una mujer guapa e inteligente, aunque quizás demasiado prudente.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—No lo sé. Solo quería que os conocierais antes de...

Amy dudó y se cambió de lado el teléfono móvil. No había dicho aún que estuviera decidida a casarse. No hasta que su tía lo conociese.

—¿Antes de casarte conmigo? —terminó Bobby por ella—. Cariño, tú solo di sí, y yo llevaré al juez de paz al rancho.

—Pronto —le prometió. Amy no había ido mucho más allá del día de la boda. Se había imaginado a sí misma abandonando sus vestidos blancos estilo Victoriano y cambiándolos por vaqueros para montar a caballo al lado de Bobby. Juntos harían lo que hicieran normalmente los rancheros: comerían en el campo y harían el amor sobre viejos edredones en medio de la pradera salpicada de flores—. Me muero de ganas de verte.

—Esta tarde será. Yo también te he echado de menos.

—No creo que la tía Elizabeth se quede mucho tiempo. Tiene una

casa en Cape.

—¿Cape?

—Cape Cod, Massachusetts. Está en la costa —explicó, pensando en lo lejos que quedaba Texas de Nueva Inglaterra—. Podría ser un buen sitio para nuestra luna de miel.

Y pasó de los viejos edredones extendidos en la pradera a nadar desnudos a la luz de la luna, con las olas lamiendo sus cuerpos, empujándolos el uno contra el otro...

—No me gusta demasiado el mar, Amy Lou —declaró él—. La verdad es que ni siquiera me gustan los barcos.

—No importa. Era solo una idea. Estoy segura de que mi tía se volverá para allá en cuanto... si nos casamos. Lo que no me hace gracia es que esté sola. A lo mejor conoce a alguien en la playa.

—Puede que sea un poco tarde para ella, ¿no?

—Quizás —suspiró. Qué trágicas eran las cosas. ¿Por qué no podía ser todo el mundo tan feliz como Bobby y ella? Estaba segura de que a su tía iba a encantarle, convencida de que todo iba a salir a la perfección.

Elizabeth apoyó la cabeza en el respaldo de cuero azul de aquel enorme Cadillac y cerró los ojos. Bobby y Amy, sentados delante, no dejaban de charlar mientras el vaquero conducía a unas velocidades de vértigo por la autopista. Parecían haberse olvidado de que no estaban solos.

Empezaba a quedarse adormilada, así que se obligó a abrir los ojos para mirar a su sobrina. Su perfil perfecto y sonriente estaba vuelto hacia el vaquero, que apartaba la mirada de la carretera con demasiada asiduidad. No podían quitarse el uno al otro los ojos de encima, y Bobby conducía con una sola mano porque el otro brazo lo tenía extendido y apoyado en el respaldo de Amy para acariciarle el hombro desnudo.

Ay, el amor. ¿Cómo funcionaría? ¿Lo descubriría ella por sí misma, o estaría ya condenada a convertirse en una solterona que no

dejara de quejarse de la velocidad con que conducían los jóvenes, sentada sola en el asiento trasero del coche? Bueno, no estaba sola del todo. *Pookie* estaba acurrucado junto a ella, en su habitual estado de satisfacción, una compañía algo triste para una carabina de treinta años relegada a la parte de atrás de un coche del tamaño de un comedor.

Nadie le había dicho que el rancho quedaba a horas del aeropuerto de Dallas. El vaquero de Amy había resultado ser guapo, joven y entusiasta, aunque pareció sorprenderse cuando Amy se lo presentó. Murmuró algo que ninguna de las dos pudo entender, pero se quitó el sombrero y estrechó su mano con intensidad y una deslumbrante sonrisa.

Si supiera que pretendía llevarse de vuelta a Amy tan soltera como la había llevado y tan pronto como fuese humanamente posible, no se habría mostrado tan complacido.

— ¿Falta mucho?

Amy parecía tan entusiasmada como una niña de cinco años.

—No —contestó él, pisando el acelerador. Elizabeth se aferró con una mano a la puerta y con la otra sujetó a *Pookie*.

—Señor Calhoun —lo llamó.

—Dígame, señorita.

—Si piensa conducir a la velocidad de la luz, ¿le importaría poner ambas manos en el volante?

—Claro que no, señorita —dijo, y quitó rápidamente el brazo del respaldo, no sin antes mirar brevemente hacia atrás con una expresión que debía pretender transmitir tranquilidad.

—Y por favor, mantenga la vista en la carretera —añadió en el tono más severo que fue capaz. Era la voz que asustaba a los adolescentes revoltosos, y conocía bien su poder.

Lo que no sabía era cómo iba a volver al aeropuerto el lunes, pero secuestrar el Cadillac y conducirlo ella no parecía quedar fuera de toda posibilidad. *Pookie* le lamió la mano y ella le devolvió la atención

rascándole detrás de las orejas. El animal se estiró encantado.

—Trabajamos duro y conducimos rápido —oyó que Bobby le decía a su sobrina—. Supongo que cuesta acostumbrarse si no se es de aquí.

—Yo me acostumbraré —prometió Amy, y Elizabeth se preguntó si sería posible estar en la playa el martes. ¿Qué libro empezaría primero: el nuevo de Sandra Brown, o el de Jeffrey Deaver? Compraría una botella de ron para preparar sus *daikiris* e invitaría a la pareja de al lado a cenar. Elizabeth cerró los ojos y se imaginó a sí misma en la tumbona de cara al mar, y no se despertó hasta que el coche se detuvo de golpe.

—Ya hemos llegado, cariño —anunció Bobby. Elizabeth abrió los ojos y vio que el vaquero estaba besando a su sobrina. Pero fue una efusión breve, porque un enorme perrazo marrón se plantó en la ventanilla y ladró a Bobby, quien inmediatamente soltó a Amy.

—¡Hola, *Gus*!

—¿Bobby? —Amy puso una mano en su hombro.

—No te preocupes, cariño —dijo él, abriendo la puerta del coche—. ¡Vete, *Gus*, que estás asustando a las señoritas!

Elizabeth apretó a *Pookie* contra su costado, decidida a cuidar de todo lo que había heredado, y el bueno de *Pookie* entraba en ese lote. La atolondrada de su sobrina no iba a durar mucho en aquel lugar, y ella no estaba dispuesta a permitir que cometiese otro error.

No sería humano si no hubiera sentido algo de curiosidad. O al menos eso se decía Jake mientras se encaminaba hacia la casa nada más ver aparcar el coche, rodeado de una nube de polvo.

No, Jake pensó, quitándole el polvo a sus guantes de trabajo golpeándolos en la cerca. Era el momento de conocer a esa joven, el momento de impresionar gratamente a la tía, tiempo de rezar por que todo aquello saliese bien y que él, Jake, pudiera por fin trasladarse a su propia casa, a su propio rancho y empezar a vivir su propia vida. Y para lograrlo, sería el mejor acompañante de todo

Texas si era necesario.

Estaba a cuarenta metros del Cadillac cuando vio que Bobby estaba presentando a *Gus* a una joven rubia que debía de ser su novia. Entonces, se abrió la puerta del coche y salió otra mujer, con ciertas dificultades, ya que iba cargada de chaquetas y bolsas. Llevaba algo tostado y corto que dejaba al descubierto la mitad de sus muslos, lo cual no estaba nada mal, y unas sandalias de tacón que realzaban un estupendo par de piernas. No podía verle la cara, porque estaba girada hacia la otra mujer, pero sí vio un pelo castaño con hebras doradas que le caía hasta los hombros.

Evidentemente aquella no era la tía de Amy. Jake siguió avanzando hacia ellos, preocupado porque la otra mujer pudiera seguir dentro del coche, asustada por la presencia del perro o esperando que alguien la ayudase a bajar.

—¡Jake! —lo llamó Bobby, rodeando por la cintura a su novia—. Ven a conocer a todo el mundo.

Gus, de pie sobre las patas traseras, estaba ocupado saltando junto a la otra mujer, que movía un brazo para alejarlo.

—Bájate —la oyó ordenarlo; el perro hizo exactamente lo que le pedía, y con el rabo entre las patas, buscó refugio detrás de Bobby.

Entonces, se volvió hacia él. Llevaba unas gafas de sol demasiado grandes y siguió mirándolo mientras se acercaba al coche. Sabía que debería haberse cambiado de ropa antes de acudir al encuentro, pero se había entretenido más de la cuenta con los caballos.

—Te presento a Amy Lou —anunció Bobby, abrazando satisfecho a aquella rubia de corta estatura—. Amy, te presento a Jake Johnson, el capataz del rancho.

Jamás había visto otra mujer con menos aspecto de poder vivir en un rancho, pensó, estrechando la delicada mano de Amy. Era una joven guapa, y comprendía que Bobby se hubiera encaprichado de ella.

—Bienvenida a Dead Horse —le dijo.

—Gracias —contestó ella—. Me alegro de estar aquí.

—Y ella es la tía de Amy —dijo Bobby, ahogando la risa al hacer un gesto hacia la mujer de la minifalda—. Elizabeth Comstock.

—Llámeme Elizabeth —dijo ella.

Aquella era la tía que nadie esperaba. Era una mujer con la altura perfecta, un metro setenta más o menos. Formas perfectas y unas piernas inolvidables. No llevaba alianza, y tenía unos dedos largos y unas uñas cuidadas. Tenía el pelo claro y largo, y la boca...

—Jake, ¿quieres echarme una mano con las bolsas?

—Claro.

Pero no se volvió, aunque Elizabeth había seguido a Bobby al maletero del Cadillac. Entonces se dio cuenta de que la chaqueta que llevaba en los brazos tenía el pelo marrón, los ojos saltones y llevaba una coleta en lo alto de la cabeza.

—¿Qué demo... qué es eso?

Amy tomó al animal en brazos.

—Se llama *Pookie*. Es un Shih Tzu. ¿A que es una monada?

Y él pensando que nada podría evitar que siguiera mirando a la tía Elizabeth.

—¿Es un perro?

Amy acurrucó al animal como si fuese un bebé mientras *Gus* se aventuraba a olfatearlo.

—No dejes que *Gus* se acerque —le advirtió Jake, recogiendo las bolsas que Bobby había dejado en el suelo—. No estoy seguro de si piensa que es algo para comer o algo para perseguir.

Amy levantó más al animal y la criatura se acurrucó junto a su cuello.

—Tendremos cuidado. Es que no podíamos dejarlo en un hotel para perros porque se asusta y lo pasa fatal.

Después de ver a Elizabeth, él también estaba un poco asustado. Tenía que ser la misma mujer. Si se quitara aquellas gafas y pudiera

verle los ojos, lo sabría. Volvió a mirarla pero ella, tras dedicarle una fugaz sonrisa, lo ignoró.

—Tendréis que disculpar a Jake —dijo Bobby, cerrando el maletero—. Esperábamos a una mujer... mayor.

—¿Mucho mayor? —preguntó Elizabeth, mirando a su sobrina.

—Muchísimo mayor —contestó Bobby, cargándose con la última bolsa.

—Estoy segura de que es así como me ve Amy —dijo Elizabeth—. Llevo años cuidando de ella y haciendo todo lo posible por evitar que... se meta en líos.

En aquellas palabras, había una advertencia, pensó Jake mientras seguía a los demás a la casa. Quizás fuera mejor que Bobby se preocupara.

—Lo vais a pasar muy bien —dijo Bobby, encabezando al grupo como si no tuviera una sola preocupación en el mundo—. A todo el mundo le gusta Dead Horse, y Beauville es una ciudad muy agradable, a setenta kilómetros de aquí. Está muy cerca.

—Ya me gusta —declaró Amy.

Jake habría dado lo que fuera por saber lo que la tía Elizabeth estaba pensando. Y si era la misma mujer a la que le había hecho el amor el mes de febrero pasado.

En algunas ocasiones, la vida no era justa, decidió Elizabeth. Ocasiones en las que el destino preparaba sucias jugarretas a personas que desde luego no se lo merecían. Como por ejemplo a ella en aquel momento, cuando solo intentaba ser una buena tía.

Jamás se habría imaginado que podría encontrarse allí con aquel hombre. Ni allí, ni en aquel momento, ni nunca. ¿Se habría puesto colorada? Consiguió atravesar el polvoriento jardín de Bobby Calhoun sin darse la vuelta y echar a correr al Cadillac para poner rumbo al aeropuerto y escapar.

Admiró la espaciosa cocina, fresca gracias al aire acondicionado, saludó al ama de llaves, una mujer que no parecía demasiado

entusiasmada con su presencia y se acordó de agradecerle a Bobby su hospitalidad. Todo ello sin mirar a los ojos a Jake Johnson. Preguntó también dónde podía quedarse *Pookie*, para que no pudiera meterse entre el resto de animales de la granja. Y todo ello pidiéndole al cielo que Jake no la reconociera.

—¿Eso es un perro? —preguntó la señora Martin—. No iré a ensuciar el suelo, ¿verdad?

Elizabeth esperaba que no, pero con *Pookie* nunca se podía estar segura.

—Haremos todo lo posible porque eso no ocurra —fue lo único que pudo garantizar.

—No es demasiado listo —Amy explicó, mostrándole el perro a la señora Martin—, pero le encanta estar en brazos, y es muy cariñoso.

—Ya —fue todo lo que dijo la señora Martin antes de quitarse el delantal y colgarlo de una percha que había junto a la puerta—. Hay un estofado de pollo en el horno, por si luego quieren tomar un poco —le dijo a Bobby—. En la nevera hay té frío y ensalada de frutas. Jake me dijo que iban a cenar en el camino, pero sé que Bobby siempre tiene hambre.

—Gracias —dijo Elizabeth—. Huele de maravilla.

La mujer las miró a ambas y frunció el ceño.

—Me habían dicho que no iba a haber impudicias por aquí.

—A mí también —contestó Elizabeth, que había comprendido perfectamente a qué se refería la buena señora—. Y así va a ser.

—Vamos, señora Martin —dijo Bobby, abriendo la puerta—. Amy Lou es mi prometida, y la señorita... Comstock es su tía. No se preocupe por nada.

—Dejaré de preocuparme cuando Marty y tú sentéis la cabeza —murmuró, saliendo—. Hay una tarta de chocolate también, pero deja un poco para los demás.

—Lo haré —prometió Bobby, y se volvió luego a sus invitadas con una sonrisa—. No le hagáis caso. Es que me conoce de toda la vida.

—¿Quién es Marty? —preguntó Amy.

—Uno de mis mejores amigos. Trabaja aquí —se acercó a la nevera y abrió la puerta—. ¿Qué queréis beber: cerveza, té frío o quizás algo más fuerte?

—Cerveza —dijo Amy, aunque Elizabeth nunca le había visto beber otra cosa que no fuera vino blanco.

—Yo no quiero nada, gracias —contestó, con la esperanza de que Jake se marchara y volviera a dondequiera que hubiera estado—. ¿Os importa si voy a mi habitación a deshacer la maleta?

Bobby sonrió, seguramente ante la perspectiva de tener a Amy para él solo durante el tiempo que tardase.

—Claro que no. Las habitaciones están dispuestas, gracias a la señora Martin.

Jake recogió las bolsas que había dejado en la puerta trasera.

—Le enseñaré cuál es su habitación mientras Bobby prepara las bebidas —dijo, y se asomó a otra puerta—. La señora Martin ha dejado la mesa puesta —se volvió a Elizabeth, que sentía cómo el sudor le rodaba espalda abajo—. ¿Quiere acompañarme, señorita Comstock?

—Por supuesto —contestó, y su voz sonó fría y lejana. Se volvió a su sobrina—. ¿Amy?

—Enseguida estoy contigo —contestó, cambiando de postura a *Pookie*—. Bobby me va a enseñar dónde puede hacer *Pook* sus necesidades.

Y eso no podía esperar.

—Ah. Bien.

Pero nada iba bien, pensaba Elizabeth mientras seguía a aquel vaquero fuera de la cocina. No la recordaba. Al menos, eso esperaba ella. Debía haber hecho el amor montones de veces en montones de hoteles durante montones de tormentas. Se habían presentado, pero ella le había dicho que se llamaba Beth. Y había creído que el nombre que él le había dado, Jake Johnson, tampoco era el verdadero. ¿Quién

lo daría en una circunstancia así?

Bueno, si se trataba de alguien a quien no esperabas volver a ver...

Atravesaron un anticuado comedor, un recibidor y tomaron un pasillo hasta llegar a un estrecho tramo de escaleras.

—Esta es la parte trasera —dijo—. Hay una escalera principal que parte del salón, pero nadie la usa.

Ella no contestó, y tampoco se quitó las gafas, a pesar de la oscuridad de la escalera. Llegaron a un distribuidor que olía bien y cuyo suelo de madera brillaba bajo las alfombras de colores pastel.

—La suya es esta de la derecha —dijo Jake, abriendo la puerta con el codo. Era una habitación iluminada débilmente, ya que las cortinas estaban echadas para evitar que entrase el sol de la tarde—. Es pequeña, pero tiene un baño propio. Pensamos que le gustaría tener intimidad.

Se sentía como una idiota con las gafas puestas, así que se las quitó para volverse y admirar el papel a rayas amarillas y blancas y la cómoda de pino. Luego, miró la cama de matrimonio, hecha con unas sencillas sábanas blancas, con un edredón de flores amarillas y azules doblado a los pies, y por fin se atrevió a mirar a Jake. Iba a fingir que era un extraño, dijera lo que dijese él.

—Es preciosa. ¿Y dónde dormiré Amy?

—Al otro lado del vestíbulo —contestó, dejando las bolsas al pie de la cama—. El piso de arriba hace años que no se usa, de modo que ahora es todo suyo.

Lo cual quería decir que el amor verdadero del mes de Amy dormiría en la planta baja y no habría visitas nocturnas.

—Gracias —respondió. Así que no la había conocido, decidió, a pesar de qué la miraba con el ceño fruncido—. Supongo que no soy exactamente como se esperaba. ¿Qué edad creía que tendría?

Él casi sonrió, pero algo se lo impidió en el último momento.

—Unos noventa años. ¿Nos conocemos?

—Lo dudo.

El hombre tuvo el valor de acercarse más.

—¿Está segura?

—Por supuesto.

Mantuvo su mirada tanto tiempo como le fue posible y luego fingió examinar de nuevo la habitación.

—¿Suele ir a Chicago?

—¿A Chicago? —Elizabeth se acercó a la puerta del baño. Ante la duda, quizás lo mejor fuera esconderse—. No. Doy clases de álgebra en...

—Así que viaja poco —la interrumpió.

—No demasiado. Paso los veranos en Massachusetts —declaró, y luego le sonrió—. ¿Querría disculparme, señor Johnson? Me gustaría refrescarme.

—Desde luego. Voy por el resto de sus cosas.

—No tiene por qué preocuparse por nosotras, podemos...

—Usted no lo comprende, señorita —le dijo.

No había olvidado lo atractivo que era en los meses que habían pasado desde que lo vio por última vez desnudo en la cama del hotel. Él había acaparado toda la ropa de la cama, pero ella se había acurrucado contra su espalda y había conseguido estar caliente. Muy caliente.

—¿Qué no comprendo?

Ojos azules, pelo oscuro, hombros anchos y una barbilla muy testaruda eran rasgos que no se olvidaban con facilidad, sobre todo cuando esos hombros te han hundido muy agradablemente en el colchón.

—Mi trabajo es ocuparme de usted, enseñarle todo esto, llevarla a donde quiera ir. Encargarme de que sea feliz.

—Eso es ridículo. Yo no necesito...

—No importa lo que usted necesite —declaró Jake—. Soy suyo —dijo, esbozando una sonrisa y mirándola fijamente—. Mientras esté

usted aquí.

Capítulo tres

Elizabeth vio salir a Jake de la habitación y pensó en pretextar un horrendo dolor de cabeza que la obligara a meterse en la cama hasta el día siguiente. De hecho, incluso se alegraría de tenerlo de verdad, ya que cualquier cosa sería mejor que tener otra conversación con Jake Johnson, sobre todo si iba a terminar con «soy suyo».

Echó la culpa al avión del temblor de piernas que tenía, al café de lo deprisa que le latía el corazón y se negó a creer que un hombre pudiera transformarla en un ratón acobardado con tan solo mirarla.

Elizabeth entró en el baño y se lavó las manos para quitarse el polvo de Texas y los pelos de *Pookie* antes de respirar hondo y salir de la acogedora habitación. Sabía que no podía dejar a Amy a solas con su novio, que evidentemente era muy capaz de llevársela a la cama a los quince minutos del primer beso, y enrojeció al darse cuenta de que lo sabía por propia experiencia.

Echó un vistazo a la habitación que quedaba frente a la suya antes de bajar por la estrecha escalera. La casa era agradable y parecía que Bobby había dicho la verdad en lo referente a que era propietario de un rancho de ganado, aunque a ella esa ocupación no le pareciera la forma más segura de ganarse la vida, pero siempre era mejor que un director de Hollywood o un artista de París. Amy tenía la habilidad de atraer a hombres extraños.

El último candidato la recibió al pie de la escalera, con su perro tamaño búfalo pegado a sus pies.

—¿Le gusta su habitación?

Bobby parecía temerla, lo cual le inspiraba casi compasión.

—Es preciosa —dijo, mirando a *Gus*—. Aparta, por favor —le

ordenó, y el animal se puso detrás de Bobby para que pudiera bajar —. ¿Dónde está Amy?

El joven miró preocupado a su perro, que tenía el rabo entre las patas.

—Está fuera con... con *Pookie*, y como *Gus* parecía ponerle un poco nervioso, he pensado aprovechar para subir el resto de las cosas. ¿Cómo lo consigues?

—¿El qué?

—Que *Gus* la obedezca. Nunca ha sido demasiado obediente. De hecho, suele hacer casi siempre lo que se le antoja...

—¡Bobby! ¡Eh, Bobby! —gritó alguien.

—Ay, Dios —murmuró, como si le hubiesen pillado quitándole el caramelo a un niño. Dejó las bolsas en el suelo y entró de mala gana en la cocina.

—Creo que tienes compañía —dijo Elizabeth, entrando detrás de él. Y como la compañía era femenina, le interesaba conocerla.

—Las gemelas —masculló—. No me dejan en paz.

Elizabeth no quería ver sufrir a su sobrina, pero, por otro lado, si el joven vaquero tenía a otras mujeres en su vida, Amy podría volver a Dallas y tomar un vuelo de vuelta a Providence. Y ella tendría arena entre los dedos de los pies en veinticuatro horas. Era un pensamiento que le levantaba el ánimo.

—Hola, Bobby —dijeron dos rubias idénticas. Estaban en la puerta de la cocina y podrían ser las reinas de cualquier baile—. ¿Has visto por algún sitio a Marty?

—Pues la última vez que lo vi, creo que estaba trabajando con una de las motos.

Las dos gemelas, que debían andar por los dieciocho, la miraron.

—¿Es tu novia?

—Elizabeth es la tía de Amy Lou —dijo, empujándola suavemente hacia delante como si quisiera protegerse tras ella.

—Elizabeth Comstock —dijo ella para llenar el silencio—. Y

vosotras sois hermanas, evidentemente.

—Somos las gemelas Wynette —dijo la de la izquierda—. Yo soy Mandy.

—Y yo, Sandy —añadió la otra—. Es una pena que Bobby haya dejado de salir con nosotras, pero ya tenemos los vestidos nuevos para la boda.

—¿Cuándo va a ser, Bobby?

—Seréis las primeras en saberlo —les prometió—. Amy y yo aún no hemos tomado la decisión. ¿Y qué vais a hacer esta noche?

—Marty ha dicho que nos iba a llevar al cine.

—Si no acaba demasiado tarde.

Bobby se apresuró a acompañarlas a la puerta.

—Id al taller —les dijo—. Si no está allí, dad una voz en el granero, que alguien os dirá dónde para.

—Gracias, guapo —dijo una de ellas, mientras la otra se despedía de Elizabeth con la mano.

—Ya nos veremos.

—Adiós —dijo Elizabeth—. Me alegro de conoceros.

—Lo mejor será que vaya a ayudarlas a encontrar a Marty —dijo Bobby, y salió apresuradamente con *Gus*. Elizabeth se acercó a la ventana y los vio alejarse hacia unas construcciones un poco alejadas. Botas, vaqueros, sombreros y camisas a cuadros, que era el atuendo de los tres, los hacían parecer un grupo homogéneo y bien avenido. ¿De dónde se habría sacado Amy la idea de que podía ser la esposa de un rancharo y encajar en aquel mundo parduzco y polvoriento?

—Me encanta este lugar —declaró Amy, dando la vuelta a la casa. El perro había hecho por fin sus necesidades, aunque el pobre animal de cara aplastada parecía perplejo ante la avalancha de nuevos olores—. Es tal y como me había imaginado que podía ser un rancho. Es todo tan grande, tan abierto... igual que en las películas.

—Me alegro muchísimo de que te guste —contestó Jake, que llevaba a *Pookie* bajo el brazo como si fuese un balón de fútbol.

Convencido de que *Gus* estaba acechando la oportunidad de abalanzarse sobre el intruso canino, Jake había decidido proteger al Shih Tzu en lugar de meter el equipaje en la casa. No quería correr riesgos, y nada como el asesinato de una mascota para ahogar un romance, sobre todo si el asesino era el perro de la parte contraria—. Espero que seas muy feliz aquí.

—Gracias —le dijo, sonriendo agradecida—. Espero que todo el mundo sea tan agradable como tú.

—Intentamos serlo.

—Bobby me ha contado que prácticamente lo has criado tú.

—Bueno, supongo que podría decirse así, pero...

—Y que eres para él como un tío, igual que para mí mi tía Elizabeth.

Ojalá no esperara que le contase historias sobre la niñez de Bobby. Iba a tener que inventarse algo verdaderamente dulce, y no se le daba bien hacerlo sin aviso previo.

—Sí, poco más o menos. Yo trabajaba para el abuelo de Bobby.

—Así que llevas mucho tiempo viviendo aquí.

—Toda la vida —contestó. ¿Adónde querría ir a parar?

—Bobby me ha dicho que vas a encargarte de enseñarle esto a mi tía.

—Así es.

Amy se detuvo delante de la puerta de la cocina.

—¿Podrías intentar... que le gustase? Quiero decir que... — balbució encantadoramente— ... que por eso está aquí. Quería que viese que voy a ser feliz.

—¿Y crees que lo serás?

En su opinión, era demasiado joven.

Su sonrisa era parecida a la de su tía. Entró en la cocina.

—Estoy segura. ¿Crees en el amor a primera vista?

Jake vio a Elizabeth junto a la ventana y la vio también darse la vuelta y encontrarse con sus ojos.

—No estoy seguro —dijo él, al tiempo que Elizabeth miraba inmediatamente a su sobrina—. Nunca he estado enamorado.

No tenía ni idea de por qué había hecho una admisión así, pero consiguió que Elizabeth volviese a mirarlo sorprendida.

—¿Nunca? —preguntó Amy, incrédula.

—No —se acercó a Elizabeth y le entregó al perro—. ¿Nunca anda?

—Claro que anda —contestó ella, arreglándoselas para tomar al perro sin tocarlo a él—. A veces. Pero es que se hace tanto lío a veces que no sabe a dónde ir, así que es más fácil llevarlo en brazos o ponerlo en su cama.

—¿Tiene cama propia?

—Una pequeña —contestó, un poco a la defensiva.

—¿Lo lleva a todas partes?

—No tengo otra elección —respondió Elizabeth, acariciando la cabeza del animal—. No sabría qué hacer en una perrera.

Aparte de dormir, se imaginó Jake.

—No parece un perro. No con ese pelo recogido en lo alto de la cabeza.

—No.

Elizabeth dio un paso de lado, como si quisiera salir de la habitación.

—¿Está segura de que no nos hemos visto antes? —no pudo evitar preguntar. Sabía exactamente quién era ella. Ya no tenía que preguntarse si tenía una hermana gemela o una prima parecida que se hubiese quedado bloqueada en el aeropuerto de O'Hare en febrero. Ya no tenía que quedarse despierto por las noches preguntándose si volvería a verla.

Y lo que haría si la encontrara.

Ahora ya lo sabía. Bien podía ella ignorarlo, actuar como si no lo conociera, como si aquella noche nunca hubiese existido, como si no fuese la misma persona a la que había visto desnuda y dormida,

rozando con los pechos su antebrazo.

—No sé cómo podríamos habernos conocido.

—Yo sí.

—¿Dónde está Bobby?

Elizabeth se volvió a su sobrina y utilizó la pregunta como excusa para deshacerse de Jake.

—Unas chicas vinieron buscando a un tal Marty, que debe de ser uno de los vaqueros, y se han ido a buscarlo.

—¿Las gemelas han estado aquí? —preguntó Jake, que sabía que no iban a renunciar tan fácilmente a Bobby.

—Sí.

—Si me dices por dónde se han ido, podré encontrarlo —dijo Amy.

—Seguro que no tarda en volver —le aseguró Jack. Seguro que aquel no era el mejor momento para que Amy y las gemelas se conocieran.

—Por allí —dijo Elizabeth, señalando hacia el granero—. Seguro que los alcanzas.

Aquella mujer sabía perfectamente lo que hacía. Jake vio a Amy salir rápidamente de la cocina, cerrando la puerta con fuerza a su espalda.

—No debería haber hecho eso —dijo.

—Tiene que enterarse, más tarde o más temprano.

—¿Enterarse de qué?

—De que su nuevo novio tiene antiguas novias.

—Sí —contestó él, estudiando sus preciosos labios—. ¿Es que no las tiene todo el mundo?

—Yo no lo sé.

—Chicago —replicó, dando un paso hacia ella—. Aeropuerto O'Hare. Catorce de febrero.

—No sé de qué...

—¿No recuerda la tormenta de nieve? —la interrumpió él,

acercándose a centímetros de ella.

—¿Es que no nieva normalmente en Chicago en ese mes?

—No ha sido un mal intento —dijo, consciente de que sus ojos verdes hablaban mejor que sus palabras.

—Creo que debe haberme confundido con otra persona —apretando al perro contra el pecho, retrocedió—. Me pasa muy a menudo.

—No me diga —respondió él, y decidió dejar que se soltase del anzuelo por el momento—. Debe de ser muy molesto.

—Pues sí.

Jake se acercó a un armario alto y lo abrió para sacar una botella de vino y otra de *whisky*.

—Supongo que Bobby no le ha ofrecido una copa.

—No, pero es que yo...

—¿*Whisky*? ¿Vino? ¿Cerveza? ¿Qué le apetece?

—Nada, gracias.

—¿Por qué será que tengo la impresión de que le gusta el vino tinto?

Ella no contestó, pero sí se sorprendió, lo que complació mucho a Jake. Se sirvió un *whisky* antes de sugerirle que se sentase ella también y se pusiera cómoda. Luego, volvió al armario y sacó la botella de vino.

—Debería ir a buscar a Amy —protestó Elizabeth, mirando por la ventana.

—No se preocupe. Las gemelas no la perderán de vista ni a ella ni a Bobby.

Lo cual era verdad. Esas chicas habían ido solo para conocer a la novia, y no para ir con Marty al cine. Pero que Bobby quisiera tener unos minutos a solas con Amy Lou era natural. Y él no iba a inmiscuirse en el proceso de un matrimonio.

Al fin y al cabo, de eso se trataba. Y no porque la futura señora Calhoun hubiese llevado consigo a la mujer con la que él llevaba

soñando desde el invierno anterior, Bobby tenía que cambiar de planes.

Pero como tenía tiempo de sobra, y además él era el guía oficial de la señorita Comstock, decidió cambiar de tema.

—¿No se cansa de tenerlo en brazos?

Con aquella pregunta, consiguió hacerla sonreír. Se había sentado en el borde de una de las sillas de la cocina, acomodó al perro sobre las piernas y aceptó la copa de vino. El pobre chucho parecía estar medio muerto.

—Sé que es ridículo —admitió—, pero es que no sé qué hacer con él. Se asusta cuando está solo, y es demasiado viejo ya para aprender nada.

—A veces yo mismo me siento así —bromeó, con la esperanza de volver a verla sonreír.

—No es del todo mío —le explicó—. Era de mi tía, y ella lo malcrió muchísimo.

—Y ahora lo tiene usted.

—Es que tengo la mala costumbre de heredar cosas —dijo—: sobrinas, casas, alfombras, plata... incluso perros —tomó un sorbo de vino—. Eso es lo que ocurre cuando se es el miembro de más edad de la familia.

—Y por eso se siente responsable de Amy.

—Por supuesto.

—Tiene veintiún años, ¿no?

—Sí, pero...

—Y es ya una adulta.

—Que aún necesita que cuiden de ella —añadió, acercándose a la ventana—. Espero que no tarden en venir.

—No tardarán.

Se acercó más a la ventana y miró con atención.

—¿Antes o después de haber hecho el amor?

—¿Qué?

Elizabeth señaló.

—Ahora mismo, está encima de ella.

En cuestión de segundos, Jake estaba fuera, el sombrero calado, los puños apretados y avanzando a grandes zancadas por el jardín. Bobby y Amy Lou estaban en el suelo a la sombra del taller, y se reían, no gemían de placer:

—¿Qué diablos estáis haciendo? —preguntó, dándole una patada a Bobby en las botas—. Levántate antes de que su tía encuentre el armario de los rifles.

Gus gimió y movió la cola. No sabía lo que estaba pasando, pero sí que estaba dispuesto a jugar.

—No pasa nada, señor Johnson —dijo Amy, riendo mientras Bobby se levantaba y le ofrecía la mano para ayudarla—. Ha sido culpa mía.

Jake se volvió a Bobby.

—Supongo que tendrás algo que decir.

El crío tuvo el valor de sonreír.

—La culpa es de *Gus*, Jake. Ese condenado perro tiró a Amy y yo...

—Es que yo había gritado —explicó ella—. No sabía que pretendía jugar, y pensé que me estaba atacando, así que me agarré a Bobby y...

—Y yo me caí —dijo él, limpiando el sombrero sin dejar de sonreír—. Y hemos quedado hechos un lío.

Jake no se lo creyó, pero tampoco había visto nunca a Bobby hacerle el amor a una chica en mitad del jardín.

Amy se rio e intentó acariciar a *Gus*, pero el animal se escondió detrás de Bobby cuando su tía llegó apresuradamente.

—Lo siento, tía —dijo ella—. No pretendía asustarte.

—*Gus* la ha tirado —dijo Bobby—. Ya le comenté que no se le da muy bien obedecer.

—Ya —contestó la tía, pero Jake se dio cuenta de que no se creía una sola palabra. Elizabeth continuó hablando—. ¿No sería mejor que deshicieras las maletas?

No era una sugerencia, pensó Jake, sino una orden, aunque su sobrina no parecía especialmente preocupada, sino que se colgó del brazo de Bobby y le sonrió. Quizás hubiera subestimado a la chica. Se volvió a Elizabeth, que seguía llevando a ese estúpido perro bajo el brazo.

—Fuera —dijo ella, y Jake tardó un segundo en darse cuenta de que le hablaba a *Gus* y no a él.

—¿No es adorable Bobby? —Amy sabía que su tía no pensaba lo mismo, pero no podía dejar de pincharla—. Vamos, tía, admite que no pensabas que el rancho fuese a ser tan bonito.

—No pensaba que el rancho fuese a ser tan bonito —obedeció Elizabeth desde la ventana.

Amy deshizo el equipaje rápidamente para poder ir con Bobby, que la esperaba abajo. No tenía ni idea de que el rancho fuese a ser tan grande, ni que su vida futura pudiese ser tan maravillosa en la realidad.

—¿Es que no te alegras de haber venido?

—Por amor de Dios, Amy. Esto no puede funcionar de ninguna de las maneras —dijo su tía, volviéndose de la ventana con los brazos cruzados. *Pookie*, acurrucado en las almohadas apiladas contra un cabecero de hierro, roncaba plácidamente.

—¿Por qué no?

Amy revisó su nueva colección de ropa interior de seda. Perfecta para una novia. Y para una luna de miel.

—Apenas os conocéis.

—Tenemos toda la vida por delante para conocernos —contestó su sobrina mientras lo guardaba todo en el primer cajón de la cómoda de roble.

—Esa es otra parte del problema. Los dos sois muy jóvenes.

Ella se encogió de hombros.

—Eso no importa.

Elizabeth cerró brevemente los ojos, como si rezara.

—¿Has conocido a esas novias gemelas que tiene?

—Antiguas novias —corrigió, empujando la maleta vacía bajo la cama—. Y sí, me han parecido encantadoras. Marty se ha alegrado mucho de verlas.

—Pues Bobby no.

—Tía Elizabeth —se quejó, acercándose a abrazarla—. Te quiero, pero de verdad no tienes ni idea de lo que es estar enamorada.

Elizabeth se estremeció y Amy la soltó, asustada.

—No pretendía hacerte daño tía, de verdad... ¡pero si te estás riendo! —descubrió, aliviada. No quería hacerle daño a su querida tía por nada del mundo.

—Me tratas como si tuviera cien años —dijo Elizabeth sin dejar de sonreír—. ¿Cómo sabes que no me espera un hombre en Cape Cod? A lo mejor un lobo de mar sediento de sexo que cuenta las horas que faltan para que acuda a su encuentro.

—Sí, ya —se burló Amy—. Si hubieras conocido a alguien, me lo habrías contado.

—¿Ah, sí?

—¿Es que no lo harías?

Su tía le sugirió con la mirada que se metiera en sus propios asuntos, una mirada que solía ignorar. A pesar de todo, decidió no seguir. Su tía estaba allí para aprobar su matrimonio con un vaquero, y no sería muy juicioso llevarle la contraria.

—Si has terminado, deberíamos bajar a dar las buenas noches.

—¿Por qué?

—Porque son más de las nueve y hemos tenido un día muy largo.

—Pero si apenas son las nueve, tía —replicó su sobrina, peinándose frente al espejo de la cómoda. Se había duchado para quitarse el polvo, se había vestido con un pantalón corto blanco y una

camiseta rosa, y estaba dispuesta a volver a ver a su novio—. Es muy pronto, y hemos pensado ir a dar una vuelta al pueblo. Bobby va a enseñarme uno de los bailes de por aquí —fue hasta la puerta—. ¿Dejamos a *Pookie* aquí?

—Será mejor que lo lleve a mi habitación —dijo Elizabeth, quitando al perro de la cama.

—Bobby me ha dicho que Jake va a venir también.

Su tía se dio la vuelta.

—¿Venir adonde?

—A bailar con nosotros —contestó, preguntándose si su tía estaría aún aturdida por el viaje en avión o algo así—. Vamos a aprender un baile y a beber cerveza en un bar de Texas de verdad.

—Amy, yo no...

—Mira, tía —cortó Amy, conduciéndola fuera de la habitación—, vas a tener que relajarte un poco. Además, Jake es bastante guapo para la edad que tiene. Podría ser peor.

—Sí —contestó su tía con la voz ahogada—. Podría ser peor.

—Es guapa.

—Es un problema.

—¿Eh?

—No me refiero a Amy —dijo Jake, y señaló con un gesto de la cabeza a Elizabeth, que tomaba una copa de vino muy seria y miraba el salón, decorado con cuadros sobre escenas del oeste. Confiaba en que la señora Martin hubiese limpiado el polvo de los marcos y el cristal. Nadie utilizaba aquella habitación desde que Bobby había instalado una televisión de pantalla grande y televisión vía satélite en el barracón principal—. Me refiero a Elizabeth.

—Ah, la tía —Bobby se encogió de hombros—. No está tan mal. Creo que hasta le caigo bien.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Bueno, ha sido muy educada.

—¿Y qué más?

—No me ha dicho nada desagradable.

—No me parece a mí que sea de las personas que dicen cosas desagradables —contestó Jake—, pero no estaría tan seguro de mí mismo si estuviese en tu lugar. Yo creo que no se va a rendir con facilidad.

—Ya verás como al final se convence. ¿Vas a llevarla a dar una vuelta mañana?

—Sí, señor —contestó Jake, ocultando una sonrisa.

Bobby bajó la voz.

—No tienes que venir con nosotros esta noche. Amy me ha dicho que su tía está cansada y quiere irse a la cama en lugar de salir.

—Como quieras —dijo Jake, consciente de que no iba a dormir mucho aquella noche, sabiendo que Elizabeth estaba a no muchos metros de distancia—. De aquí no vas a salir sin carabina, por mucho que creas gustarle a la tía, sobre todo después del revolcón en el polvo de hace un rato.

Bobby sonrió.

—Ese loco de *Gus* me hizo un favor.

Y Jake no pudo evitar sentir cierta envidia.

Capítulo cuatro

—¿Ocurre algo?

Aparte del hecho de que Jake le había puesto la mano en la espalda para guiarla entre un montón de bebedores de cerveza en un bar de Texas, a Elizabeth no le ocurría absolutamente nada, porque el cerebro se le había disuelto en el momento mismo en que había sentido el contacto de sus dedos. Y no era la primera vez.

—No —contestó, irguiéndose y fingiendo que la piel no le ardía—. Es que nunca había visto tanto vaquero junto.

Era obvio que los viernes por la noche se tomaban muy en serio en Texas... se bailaba muy en serio, se bebía más en serio aún y se flirteaba a diestro y siniestro en el Last Chance Bar, situado en el cruce entre la carretera 128 y la del Este. Todos y cada uno de los hombres de aquel bar parecían decididos a hacer las tres cosas, y las mujeres, todas vestidas con vaqueros ajustados y camisas aún más ajustadas, parecían capaces de hacerles frente en todos los sentidos.

Elizabeth siguió apresuradamente a Bobby hasta una mesa que quedaba cerca de la barra.

—¿Bailas? —le preguntó Jake.

—¿Qué?

Se giró un poco y Jake bajó la cabeza hasta casi rozarle la oreja.

—Que si bailas —repitió.

—Ah —se sorprendió. Se sentía como una adolescente en su primera cita, y eso no podía ser. Tenía que controlarse. Necesitaba un par de botas y dos pies que fuesen capaces de moverse al unísono. Tenía que recordar que estaba allí para cuidar de Amy—. La verdad es que no.

Él enarcó las cejas y dijo algo más, pero el apoteósico final del grupo que tocaba se tragó sus palabras.

Creía haber olvidado el hoyuelo que tenía en la barbilla, y la forma en que su respiración le rozaba la mejilla, y deseó volverse hacia él y recordar también cómo eran sus besos.

—¿Nunca?

Ella hizo un gesto hacia la pista de baile.

—No... eso que están bailando.

—Es el dos pasos —dijo, alzando la voz para que lo oyera por encima de la música—. No es difícil, si quieres intentarlo.

Elizabeth se acercó a la mesa que habían ocupado Amy y su novio. Los dos estaban hablando con la camarera.

—No, gracias.

Jake apartó una silla para ofrecérsela antes de que pudiera hacerlo ella sola, así que se sentó y sonrió débilmente a su sobrina.

—Está genial este sitio —dijo Amy, dando golpecitos a la mesa con los dedos al ritmo de la música. Era una canción sobre corazones partidos y vaqueros. Elizabeth se inclinó para oír la pregunta de Bobby.

—¿Qué quiere beber?

—¿Una soda?

Él asintió y se fue a la barra. Jake fue con él.

—No vamos a quedarnos hasta muy tarde —declaró Elizabeth, repitiendo la frase cuando Amy la miró confusa por encima de la mesa.

—¿Estás cansada?

—Ha sido un día muy largo.

Su sobrina sonrió.

—Tía, tienes que animarte. Ni que fueras un carcamal.

—No lo soy —contestó, mirando a su alrededor—, pero yo... nosotras no pegamos aquí.

—Pues a mí me gusta este sitio.

—Para venir de vacaciones, puede, pero para el resto de tu vida...
No deberías tomar decisiones precipitadas.

—¿Decisiones sobre qué? —preguntó Jake, poniendo una copa delante de ella.

—Nada —contestó, viendo cómo Amy se volvía hacia Bobby, que estaba dejando varias botellas de cerveza sobre la mesa antes de tirar del brazo de Amy para llevarla a la pista. El grupo estaba tocando un vals.

—No es fácil cuidar de ellos, ¿verdad?

Sorprendida, se volvió a mirar a Jake.

—¿Es eso lo que ha hecho con Bobby?

—Sí. Desde que era un crío.

No quería mantener una conversación personal con él, ni que llegase a gustarle o a pensar que tenían cosas en común. Y no quería darle la oportunidad de que volviera a preguntarle por Chicago, así que tomó un sorbo de su copa.

—¿Qué es esto?

—*Whisky* con soda.

—Yo no... da igual —contestó. Bobby no debía de haberla oído bien. El sabor era tolerable y un poco de *whisky* podría venirle bien para entumecer los sentidos.

Jake se sentó a su lado, y accidentalmente la rozó con la rodilla. Elizabeth tomó rápidamente otro trago.

—Podemos bailar, si le apetece.

Ella no le miró. Mantuvo la vista fija en las parejas que ocupaban la pista de baile. Vio pasar a Amy girando y riendo en los brazos de su guapo novio.

—Prefiero mirar.

—Es fácil de aprender —dijo él, y tras dejar el vaso de cerveza sobre la mesa, se levantó y le ofreció la mano.

No debería haberle resultado imposible resistirse, se decía Elizabeth media hora después. No debería haber puesto su mano en

la de él sin pensárselo dos veces. Mucho más tarde, dando vueltas bajo las sábanas blancas de su silenciosa habitación, se preguntaría por qué había ido hacia él como si tuviera fuerza magnética, o por qué le había permitido que la llevara hasta la pista de baile y la tomara en sus brazos. Se diría que Jake no se había dado cuenta de que era la misma mujer que había caído en sus brazos en febrero, que había salido de puntillas de su habitación creyendo que nunca tendría que volver a hablar de lo que había hecho. Cerraría las cortinas para no dejar paso a la luz de la luna y se prometería haber salido de allí en cuarenta y ocho horas, parara lo que pasase y dijera Amy lo que dijera.

Pero, por el momento, estaba en sus brazos. No sonreía, sino que contaba en alto los pasos para que ella pudiera seguirlo mientras la guiaba por la cintura.

Bailaron dos canciones rápidas sin parar ni a tomar aire. Jake la sostenía a unos centímetros de su cuerpo para que pudiera mirarle los pies y contar los pasos con él. Solo se equivocó dos veces. Pero entonces otro bailarín entusiasmado con la música le propinó un empujón que la hizo ir a parar contra el pecho de Jake. Y de pronto se olvidó de cómo contar hasta dos.

—¿Qué vas a hacer con ella?

Jake ignoró la pregunta y señaló con la cabeza a los seis caballos que pacían en el corral.

—¿Qué vas a hacer tú con ellos?

Bobby se apoyó en la cerca y miró a Jake, que se estaba tomando una taza de café.

—Sacaré el trabajo adelante —prometió—. Amy quiere ver lo que hago todos los días. No te estarás echando atrás, ¿verdad? Llevarás a la tía a ver edredones, antigüedades y cosas de esas, ¿no?

Jake apoyó los brazos en el cercado e intentó ocultar la sonrisa mirando a los caballos en lugar de mirar a Bobby.

—Tiendas de antigüedades. Vamos a ir a Marysville.

—¿Marysville? —repitió, entusiasmado—. Eso está a dos horas de aquí.

—Sí —Jake había consultado la guía de Texas que había comprado la semana anterior y había cambiado los planes que había trazado para la supuesta anciana que suponía era la tía de Amy. Había un montón de tiendas mucho más cerca del rancho, pero no quería que la excursión terminase pronto. Porque lo que quería era retener a Elizabeth a su lado hasta que se hiciera de noche—. Puede que no volvamos a tiempo de cenar —dijo, volviéndose a Bobby—, pero estoy seguro que no te importa.

—Demonios, claro que no —contestó, sonriendo como si hubiese ganado una partida de póquer—. Ya se nos ocurrirá algo que hacer a Amy y a mí.

—Con la señora Martin vigilando, no lo creo.

El chico se encogió de hombros.

—Ya se me ocurrirá algo.

—Haz el favor de no ponerle la mano encima a esa chica hasta que sepas si se va a casar contigo o no —replicó Jake, mirándolo a los ojos—, si no quieres que el único sitio al que me vaya hoy sea a pedir más pienso.

—Vamos, Jake —se quejó—. No es justo.

—¿Y? —Jake tomó otro sorbo de café preguntándose lo que iba a hacer si el chico no aceptaba su imposición. No quería por nada del mundo renunciar a su día con Elizabeth, pero de ningún modo iba a marcharse de allí dejando que Bobby creyera que podía hacer lo que se le antojara con su invitada. Además, si a Elizabeth se le ocurría pensar que su sobrina y Bobby podían hacer tranquilamente el amor en el granero, no podría arrancarla de allí—. Guárdate los fuegos artificiales para la noche de bodas.

—Pues será mejor que me case pronto —murmuró, metiéndose las manos en los bolsillos y echando a andar hacia la casa—. Vamos, *Gus*.

—Sobrevivirás —dijo Jake, y echó a andar a su lado pensando en la insomne noche que él mismo había pasado sabiendo que Elizabeth estaba a un paso.

—No me imaginaba que fueras a ser así, Jake.

Él tampoco entendía muy bien por qué se estaba comportando así, a no ser por el hecho de que quería que Bobby sentara la cabeza cuanto antes. Y porque quería volver a compartir cama con Elizabeth. Y también lo antes posible.

—Son nuestras invitadas. Tus invitadas —se corrigió—, y la tía no os dejará solos si sospecha que tramas algo. Además, el revolcón de ayer no mejora precisamente la situación —le dio una palmada en el hombro—. A ver si ya se han levantado —dijo, mirando el reloj—. Me gustaría salir a las nueve. Y no te olvides de que me prometiste que harías mi trabajo mientras yo llevaba de turismo a la tía Elizabeth.

—Ya lo sé.

—Hay facturas que pagar —le recordó cuando llegaban ya a la puerta trasera—. Y tendrás que cuadrar la cuenta de la caja y el...

—De acuerdo —le cortó, y tras una breve duda, no dejó entrar a Gus—. Te estás pasando, ¿no?

Jake se encogió de hombros e intentó no reírse.

—Es lo que suelo hacer los sábados, muchacho. Lo que pasa es que tú sueles estar tan destrozado por la resaca del viernes que no te levantas hasta por la tarde. Da gusto verte levantado tan pronto.

Bobby maldijo entre dientes, pero sonrió al abrir la puerta. Amy estaba del otro lado.

—Me parecía haberos oído hablar —dijo, sonriendo. Estaba preciosa con aquellos vaqueros viejos y una camiseta corta y ajustada de color rosa, y Jake sintió lástima por Bobby, pero solo hasta que recordó el caos que había causado el muchacho desde que a los doce años descubrió a las chicas.

—Sí —contestó Bobby con la voz algo ahogada—. Estábamos hablando de los caballos. Me espera un día de mucho trabajo.

Amy parecía encantada.

—¿Puedo acompañarte?

—Puedes mirar —le ofreció—. Buenos días —le dijo a Elizabeth, que estaba sentada a la mesa de la cocina con una taza de café en la mano.

—Buenos días —respondió ella.

Estaba preciosa, pensó Jake. Llevaba el pelo recogido, mostrando su cuello largo y delgado.

La señora Martin se volvió blandiendo la espátula.

—Sentaos, chicos. Voy a prepararos unos huevos.

—Yo ya he desayunado en casa, pero gracias de todos modos — dijo Jake, acercándose—. Pero una taza de café no me vendría mal.

—Voy a enseñarle los caballos a Amy mientras vosotros dos os organizáis el día —dijo Bobby, y tomó a su novia de la mano.

Jake llenó su taza e hizo ademán de sentarse frente a ella. No iba a ser fácil, pero no estaba dispuesto a permitir que se saliera con la suya. Había bailado con él la noche anterior, aun a pesar de haber dicho que no bailaba. Y él había tenido mucho cuidado de mantener la distancia de seguridad entre ellos, casi como si de verdad fuese la tía de ochenta años que hubiese ido a Texas de visita.

—Cuidado —dijo Elizabeth, inclinándose hacia el suelo.

—¿Qué?

Unas cuantas gotas de café fueron a parar a su mano y maldijo en voz baja.

—No tolero esa clase de lenguaje en esta casa —espetó la señora Martin—. Y no vayas a aplastar a ese perro con la silla.

—Está en su cama —dijo Elizabeth.

Jake miró hacia abajo. La bola de pelo estaba acurrucado en una especie de cojín. No habría podido decir si estaba vivo o muerto, pero mejor sería no volver a insultar a su perro.

—Perdón —se disculpó.

—¿Ha planeado lo que vamos a hacer hoy? —preguntó Elizabeth,

y en sus ojos verdes brilló cierta desconfianza—. Lo siento, pero no sé mucho de caballos.

—No lo necesita. Voy a dejarle a Bobby ese trabajo.

—Ya era hora —espetó la señora Martin mientras frotaba una sartén. El jabón salpicó la encimera, pero no se dio cuenta—. Ese chico necesita pasar más tiempo trabajando y menos jugando.

—Hoy va a tener un día de mucho trabajo —dijo Jake—. He hablado con Marty y él se va a encargar de ir al pueblo a hacer los recados, así que, si necesita algo, dele una lista —así quizás consiguiera distraerla y que no dijese nada más sobre Bobby que pudiera causar mala impresión a Elizabeth—. La señorita Comstock y yo nos vamos a Marysville.

—¿A Marysville? ¿A qué? —preguntó la señora Martin.

—Sí —apoyó Elizabeth, que lo miraba como si temiera que tramase algo malo. Y así era—. ¿Qué hay en Marysville?

—Anticuarios. Montones de anticuarios. Amy Lou le dijo a Bobby que te gustaban las antigüedades.

—Sí, pero...

—Entonces, le gustará Marysville —intervino la señora Martin, Dios la bendijera—. A todo el mundo le gusta, aunque yo no comprendo cómo la gente puede gastarse el dinero en cosas que están hasta oxidadas.

—¿Oxidadas? —preguntó Jake, indignado.

—Se lleva mucho últimamente —explicó Elizabeth en voz baja.

—Entonces, le gusta ver esa clase de tiendas, ¿no?

—Sí, pero...

—Podemos marcharnos en cuanto esté lista —dijo, sin dar lugar a objeciones.

—Pero Amy...

—Ella puede cuidar de su... eh... *Pook* —dijo, mirando al animal que seguía dormido—. No le vendría mal el ejercicio.

—No le gusta demasiado estar fuera de casa.

Jake miró esperanzado a la señora Martin.

—Yo le echaré un ojo a su sobrina —dijo la mujer, limpiando la encimera con la bayeta—. Pero no pienso hacer de niñera de ese animal, ni ir limpiando detrás de él.

—Creo que debería quedarme —dijo Elizabeth—. Amy y yo podemos ver cómo Bobby trabaja con esos caballos y usted puede hacer lo que tenga que hacer. No quiero apartarlo de su trabajo.

—Jake trabaja sin descanso —intervino de nuevo la señora Martin, con los brazos puestos en jarras—. Y ya era más que hora de que Bobby se ocupara de su parte. No estaría de más que sentara la cabeza y tomara las riendas del rancho. Así puede que mi Marty hiciese lo mismo. Y yo tendría unos cuantos nietos que cuidar en lugar de andarme preocupando de estos condenados muchachos y de sus andanzas por todo el condado, bebiendo cerveza y haciendo Dios sabe qué con Dios sabe quién.

Y dicho esto, se volvió al fregadero y puso en marcha el lavavajillas.

—En fin —dijo Jake, volviéndose a aquella hermosa mujer del perro problemático y de la sobrina casadera y le hizo la pregunta a la que sabía que ninguna mujer podía resistirse—. ¿Quiere ir de compras?

Elizabeth frunció el ceño como si se preguntara si de verdad aquel ofrecimiento tenía truco.

—¿Tardaremos mucho en volver?

El ruido del lavavajillas impidió que la señora Martin oyese su respuesta.

—No.

—De acuerdo, entonces.

—¿Estará lista en veinte minutos?

Ella asintió y Jake salió de la cocina. Decidió pagarle a Shorty veinte dólares por cuidar del perro, y le prometió a Marty un día más de vacaciones si se aseguraba de que Bobby nunca estuviera a solas

con su prometida. Buscó un sombrero para Amy e intentó no ponerse en el camino de la señora Martin, que estaba pasando la aspiradora con una desbordante energía mientras murmuraba para sí.

Abrió la puerta del Cadillac de Bobby y esperó a que Elizabeth se acomodara para cerrar. No podía creer la suerte que estaba teniendo.

Todo estaba saliendo de acuerdo con el plan previsto.

Debería haber mostrado más firmeza. Pero entre las opciones de pasar toda la mañana viendo a Amy contemplar a su vaquero, estar encerrada en la habitación con *Pookie* para no molestar a la señora Martin o ir a buscar antigüedades a un pueblo cercano, eligió la más egoísta.

Además, estaba segura de poder controlar a Jake, y por otro lado, si se empeñaba en evitarlo le haría pensar que tenía algo de lo que avergonzarse. Que era la mujer que él creía que era.

Pero, por el momento, parecía haberla creído y se estaba limitando a su deber: entretener a la tía.

—Se ha preocupado mucho por todo esto —dijo, una vez estuvieron en la carretera principal.

—¿A qué se refiere?

—A lo de averiguar mis gustos y localizar tiendas de antigüedades.

—Perdí al póquer —admitió con una sonrisa. Qué atractivo era el condenado—, así que la gané a usted.

El comentario le pareció divertido.

—¿Ganó cargar con la tía?

—Exacto. Tengo que acompañar a la tía y asegurarme de que lo pase bien.

—Lo siento muchísimo —dijo ella, pero no pudo dejar de sonreír. Incluso se olvidó por un instante de lo de febrero—. Debió de tener una mano de cartas espantosa.

—La peor de mi vida. Perdí veinte dólares.

—En ese caso, debería invitarlo a comer.

Él la miró, serio de pronto.

—También me debes un desayuno, Beth.

La sorpresa fue demasiado grande para fingir que no sabía de qué estaba hablando, y se volvió a mirar hacia el horizonte. No había nada que ver, excepto vallas distantes y algún edificio aislado.

—¿No podríamos dejar de dar rodeos al tema? —preguntó Jake—. No me gustan mucho esa clase de juegos.

—A mí tampoco.

—¿Ah, no? —miró por el retrovisor y redujo la marcha para detenerse en el arcén. No había ni un solo coche más a la vista, así que paró el motor y se volvió a mirarla—. ¿Quieres que hablemos de ello de una vez?

Más que nada en el mundo, se dijo, una vez que no podía seguir fingiendo que no había ocurrido.

—Me resulta muy embarazoso.

—¿Por qué?

—Es que no esperaba volver a verte.

—Pero nos hemos vuelto a encontrar, así que...

—Así que... no sé qué decir —sabía que estaba colorada, a pesar del aire acondicionado del interior del coche—. No espero que me creas, pero nunca había hecho nada así en toda mi vida.

—Yo tampoco tengo por costumbre hacer el amor con desconocidas —contestó él con una sonrisa de medio lado—, pero tampoco puedo actuar como si no hubiese ocurrido.

—Yo desearía que sí.

—Imposible —contestó, negando con la cabeza—. Fue una tormenta espectacular. Y una noche espectacular también.

—Estamos solos —dijo Bobby, sonriendo a Amy Lou.

Desde luego era una monada, pensó ella. Y cuando tiraba de ella

con suavidad, no podía resistirse. Ni un poquito.

—Espero que mi tía se lo esté pasando bien —dijo. La verdad es que se sentía un poco culpable por haberla dejado en manos de ese Jake Johnson—. Me parece que Jake no le gusta demasiado.

Bobby tiró de su mano hacia el pajar.

—Jake le cae bien a todo el mundo cuando lo conoces bien.

—¿Adónde vamos?

—Al granero.

—¿Por qué? —tuvo que dar dos o tres pasos corriendo para no quedarse atrás— ¿Qué pasa con la doma de los caballos?

—Ellos pueden esperar —contestó, sonriendo—. Yo no.

Amy se rio, pensando en la maravillosa variedad de cosas que podían hacerse en la intimidad de un granero.

—¿Por eso tienes tanta prisa?

Él se detuvo y la acercó. Tenía el cuerpo duro donde debía estarlo, pensó, y sintió un estremecimiento al pensar en estar a solas con él. Todavía no habían hecho el amor, pero habían estado a punto en varias ocasiones.

—Cariño —gimió, rozando su oreja con los labios—. Si la señora Martin no hubiera dejado de hablarte de aspiradoras, me habría hecho el haraquiri.

—¡Eh!

Amy miró por encima del hombro de Bobby. Marty se acercaba.

—Hola —lo saludó, y Bobby, maldiciendo entre dientes, se dio la vuelta pasándole un brazo por encima del hombro.

—¿Qué? —preguntó, irritado.

—Jake me ha dicho que tengo que ayudarte con los caballos —contestó, y tiró suavemente del ala del sombrero—. Hola —le dijo a Amy.

—Más tarde —contestó Bobby.

Ojalá Bobby no estuviera siendo tan cortante, pensó Amy. Tenían todo el tiempo del mundo para estar solos, así que un poco de

conversación no podía hacerles ningún mal.

—Jake ha insistido en que tenemos que hacerlo —repitió Marty—. Y no quiero imaginar la que me montaría si no hago lo que me ha dicho. Tengo muy claro que no voy a pasarme un día entero limpiando cuadras.

—Maldita sea —murmuró Bobby—. ¿Es que no me puedo tomar un descanso?

—No —Marty le guió un ojo a Amy—. Espero que no te importe, Amy Lou, pero es que tenemos mucho trabajo.

—No me importa —contestó, sonriendo a Bobby—. Antes, me has dicho que ibas a enseñarme cómo domas los caballos. ¿Crees que luego tendrías tiempo para ir a dar un paseo a caballo?

—¿Un paseo? —Marty sonrió—. Las gemelas querían salir esta tarde. Podríamos ir todos juntos.

—Yo no monto muy bien —admitió Amy—, pero me gustaría ver el rancho.

—No te preocupes, cariño —dijo Bobby, mirando a Marty con inquina—, que te enseñaré todo lo que quieras. Marty, ¿por qué no empiezas con el *pony* pinto? Yo voy enseguida.

Amy enrojeció al pensar que Marty sabría por qué iban al granero y lo que iban a hacer allí.

—No, Bobby, no quiero entorpecer tu trabajo —se libró de su brazo y tomó su mano—. Enséñame lo que hace un vaquero.

Pero él volvió a abrazarla.

—Estaré encantado de enseñártelo si te vienes conmigo al granero.

Amy se echó a reír, tentada una vez más, pero Marty los interrumpió.

—Ah, Bobby, Shorty me ha pedido que te dijera que no encuentra a tu perro.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿Y qué? —se encogió de hombros Bobby—. Siempre anda por

aquí.

—No me refiero a *Gus* —dijo Marty—, sino al pequeño. ¿Cómo se llama?

—¿*Pookie*? —exclamó Amy—. ¿Se ha perdido *Pookie*?

—Bueno... hace un rato que no lo ve.

—Ay, Dios mío —se lamentó Amy, mirando a su alrededor. Todo parecía peligroso, teniendo en cuenta el tamaño de *Pookie* y su naturaleza confiada—. ¡A mi tía le va a dar un ataque! ¡Cuando nos casemos, es lo único que le va a quedar!

Capítulo cinco

—Va a ser una noche de perros —había dicho él, dejando su bolsa de lona junto a la maleta de ella al llegar a la cola que se había formado frente al mostrador de la compañía aérea. Ella se había dado la vuelta. Quien había hablado era un hombre alto, vestido con vaqueros y cazadora de piel. Los copos de nieve salpicaban su sombrero de vaquero y los hombros de la chaqueta. Parecía totalmente fuera de sitio en un aeropuerto lleno de hombres de negocios resignados y familias frenéticas.

Ella miró su reloj.

—Son solo las dos.

—Sí —contestó él con una sonrisa despreocupada—. Y supongo que vamos a estar aquí toda la noche.

—Espero que se equivoque —contestó ella, volviéndose hacia el mostrador. Los empleados estaban agobiados de trabajo, pero bien pensado estaban en Chicago en el mes de febrero, y no debía sorprenderles que una monstruosa tormenta de nieve alterase sus planes.

Alguien le tocó el hombro con dos dedos y se volvió. ¿Sería un pesado aquel tipo?

—Disculpe —dijo—. ¿Podría echarle un vistazo a mi bolsa? Tengo que hacer una llamada.

Miró a su espalda. Ya no eran los últimos de la fila.

—De acuerdo —accedió, y él sonrió. Elizabeth sintió que el corazón se le paraba durante una fracción de segundo. Quizás fuese una reacción ante aquel sombrero. No se veían muchos como ese en Rhode Island.

—Gracias. Vuelvo enseguida.

No fue así, puesto que las colas en los teléfonos eran tan largas como en los mostradores de embarque. Pero aquella larga fila de gente no disminuía y Elizabeth apenas tuvo que empujar la bolsa de lona un par de pasos antes de que el vaquero, porque aquel era el único modo que se le ocurría para llamarlo, volviera con aire satisfecho.

—Ya está —dijo, uniéndose a ella en la cola como si fuesen una pareja que viajara junta—. Gracias.

—De nada —le sonrió, a pesar de que su intención era mostrarse distante. Normalmente no solía mostrarse excesivamente comunicativa con los extraños en los aeropuertos. No se parecía a esas personas que son capaces de hablar sin dificultad con otras a quienes no conocen.

—Es que tenía que intentar recuperar mi habitación —explicó él. Su voz tenía un acento del oeste que le resultaba reconfortante. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía que la gente del oeste era abierta y hospitalaria. O eso quiso decirse, al menos.

—Oh —fue todo lo que se le ocurrió contestar. Tenía los ojos azules y la miraba con franqueza. Una mirada sincera y benévola, pensó.

—Sí. Me ha costado un poco, pero he conseguido que me la reserven —miró a su espalda, y los dos vieron que al menos unas cincuenta personas más habían pasado a engrosar la fila—. Tengo la impresión de que esta noche no vamos a ir a ninguna parte.

Elizabeth miró el panel de salidas. Su vuelo a Providence, cuya salida estaba prevista para hacía ya una hora, seguía apareciendo como retrasado.

—Espero que se equivoque —dijo—. Tengo que trabajar mañana por la mañana.

—Deduzco que no vive aquí.

—No —volvió a mirar el panel—. Pero llevo aquí desde las diez.

— ¿Por qué?

— *Se me ocurrió que sería mejor venir temprano por la nieve —hizo una mueca—. Debería haberme imaginado que todos los vuelos se iban a retrasar.*

La larga serpiente en que se había transformado la cola de pasajeros avanzó medio metro y él empujó su bolsa y la maleta de ella con una bota de piel con filigranas.

— *Gracias —dijo ella.*

Se quedaron un momento en silencio. Ojalá hubiese comido algo más que un simple trozo de bizcocho y un café. Volvió a mirar el reloj y la fila avanzó otro medio metro. Lo que daría por estar en su casa, calentita en la cama, viendo la obra de teatro que ponían aquella noche en la televisión. Pero la verdad era que aquello tenía muy mal aspecto. Por los ventanales de la sala no había más que ver que tornados de nieve y la silueta de aviones y camiones. Si algo se movía, lo hacía con suma lentitud. Quizás debiera intentar recuperar también su habitación, pero quizás no pudiera encontrar un taxi que volviese a llevarla al centro.

¿Se iba a pasar todo el día y toda la noche en el aeropuerto? Siempre se le había dado bien preocuparse por adelantado.

Jake puso en marcha el coche. No iba a tentar a la suerte rompiendo el silencio que se había creado entre ellos. Elizabeth terminaría por hablar, sobre todo después de haber conseguido que admitiera que sabía exactamente quién era él y dónde se habían conocido. Llegaron a Beauville y fue llamando su atención sobre los lugares más conocidos.

— *Steak Barn —le dijo, señalando un restaurante de dos plantas en la esquina de Main y Cotton—. Tienen la mejor carne del condado. Y al lado está J. C. Penney, si quieres comprar algo —avanzó despacio hasta la siguiente manzana—. Teatro, tienda de regalos, inmobiliaria,*

agencia de seguros. La biblioteca. Al otro lado está el supermercado.

Ella miraba obedientemente por la ventanilla.

—Tiene el aspecto que me imaginaba que tenía una ciudad pequeña de Texas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que es muy... del oeste —se volvió hacia él y sonrió—. Los edificios son como los que salen en las películas de vaqueros.

—Sí, algunos sí. El viejo Jackson ha intentado preservar la mayoría de edificios antiguos —otra manzana y estaban fuera de la ciudad—. Allí estaba el cine para coches.

—¿Estaba?

—Lleva años cerrado. Supongo que es otra de las cosas que se considera pasada de moda.

—Supongo. Creo que nunca he ido a un cine así.

—Pues te lo has perdido.

—¿A qué distancia queda Marysville?

—A poco más de una hora.

Lo miró un instante y volvió a mirar por la ventanilla. No debía de haber mucho que ver. Solo vallas y carreteras polvorientas, molinos y alguna que otra casa. Pronto se cansaría de aquello.

Y entonces no le quedaría más remedio que volver a hablar con él.

Era increíblemente guapa, a pesar de la expresión de preocupación que se le ponía cada vez que consultaba el panel de salidas que colgaba sobre el mostrador de embarque. Quizás un marido o un novio apareciera de buenas a primeras y se uniera a ella en la espera. Pero quizás no, con un poco de suerte. Aquella hermosa mujer tenía el pelo castaño y largo, los ojos verde jade y estaba sola. Y al hablarle, había conseguido hacerla sonreír.

Y aquella sonrisa había estado a punto de hacerle caer de espaldas.

Había sentido los problemas antes de que surgieran. Oyó la tensa conversación subir de tono y vio a tres tipos fornidos como robles perder los nervios con el encargado del mostrador al tiempo que lanzaban juramentos

inadecuados para los oídos de las mujeres y los niños que aguardaban cerca. Uno de ellos estampó un puñetazo contra el mostrador mientras el otro intentaba subirse a él. Su mochila salió despedida y fue a parar a los pies de la mujer.

—Cuidado —dijo, interponiéndose entre ella y lo que con toda seguridad iba a ser una pelea. Eran los siguientes en acercarse al mostrador, por lo que estaban demasiado cerca. Dio un paso hacia delante y agarró a uno de aquellos tipos por la pechera, levantándolo del suelo.

—Dile a tus amigos que dejen de montar el numerito ahora mismo —le exigió, apretando el puño.

—Mark, Dave —borbotó como pudo—. Basta.

Dos oficiales de seguridad del aeropuerto aparecieron justo cuando Mark o Dave lanzaba un puñetazo al pobre encargado del mostrador, un joven delgaducho que parecía no haber dormido en una semana. Consiguieron calmarlos a los tres, recogieron su equipaje y se los llevaron.

—¿Está usted bien? —le preguntó a la mujer.

—Sí, gracias —contestó con timidez, lo cual le pareció sorprendente en una mujer tan hermosa—. Ha sido muy considerado, pero...

—¿Pero?

—Peligroso.

Él se encogió de hombros.

—No deberían haber perdido los estribos. Le toca.

—¿Qué?

Señaló el mostrador.

—Sacar la tarjeta de embarque.

—Ah —sonrió. Puso el equipaje sobre la cinta transportadora y, por encima del hombro, lo miró.

El panel cambió de pronto: todos los vuelos quedaban cancelados. Iba a ser una noche muy larga en el aeropuerto O'Hare, pensó Jake. Pero quizás, tan solo quizás, aquella mujer volvería a sonreírle, y por alguna razón, sentía como si estuvieran juntos en aquel lío.

Lo de las antigüedades había sido un error. Se dio cuenta demasiado tarde, cuando Elizabeth había desaparecido ya en un edificio lleno de trastos viejos. Le había proporcionado la forma perfecta de evitarlo.

Intentó no despegarse de ella sin tirar nada. Se quedó atascado al tropezar en una caja de herramientas que sobresalía en el estrecho espacio que dejaban aquellos cachivaches, pero volvió a alcanzarla cuando ella se detuvo frente a unos platos de porcelana que parecían incapaces de soportar un filete sin romperse. La vio tomar una taza con cuidado entre dos dedos y darle la vuelta para examinarla.

Se quedó a su lado pero lejos de la mesa.

— ¿Qué estás buscando?

— El fabricante —contestó, mostrándole la taza—. ¿Ves?

— Limoges —leyó—. ¿Es importante?

— Puede serlo —dejó la taza de nuevo en aquella mesa llena de objetos de porcelana—. Si es lo que te gusta.

— ¿Y a ti te gusta?

— A veces. Depende de los colores.

Se acercó a un muestrario de paños de cocina y los tocó todos. Quizás lo estuviera evitando, porque nadie podía estar de verdad interesado en aquellos viejos trapos, ¿no?

— De modo que Amy tenía razón —dijo él, evitando un jarrón de cobre lleno de flores secas—. Te gustan las cosas viejas.

— Me encantan —murmuró, acercándose a una estantería con objetos de cristal. Jake la vio mirar el precio de unas copas de vino de cristal sonrosado, y luego le vio rozar los bordes con delicadeza.

— Nunca sabes lo que vas a encontrar —dijo.

—Ya —contestó, intentando dar la impresión de que sabía de qué diablos estaban hablando.

Ella parecía estar divirtiéndose, e incluso cabía la posibilidad de que se hubiera olvidado de que había ido allí para actuar de carabina.

—Por cierto, ¿qué hacías en Chicago? No me lo dijiste.

Ella no apartó la mirada del cristal.

—Lo de Chicago nunca ocurrió.

—Nuestra noche en Chicago no tuvo lugar y la boda tampoco va a celebrarse. ¿Alguna vez te han dicho que eres muy poco realista?

—Tengo los pies muy bien puestos sobre la tierra —contestó, pero él no pareció quedarse convencido.

Examinó una copa de cristal carmesí que había sobre una bandeja y que estaba llena de cristales de varias formas y colores.

—Hemos encontrado una ganga —dijo tras mirar el precio y examinar el borde y la base en busca de posibles defectos—. Cuesta solo dos dólares.

—Pero solo hay una.

—No necesito más —contestó, volviéndose a examinar otra estantería con cristalería.

—A eso quería llegar yo —dijo Jake, alcanzándola en un muestrario de edredones.

—¿A qué?

Se inclinó para mirar una etiqueta con el precio y se sorprendió.

—A saber si tengo competencia.

—¿Quieres sujetarme esto un segundo?

Le entregó la copa de cristal y desplegó un edredón que tenía aspecto de haber estado veinte años en un desván.

—Es el edredón de cabaña más viejo que he visto en mi vida —declaró él.

—¿Cómo sabes qué clase de edredón es?

Él se encogió de hombros.

—Mi madre tenía unos cuantos.

—Qué suerte.

—Tengo un par de ellos en mi habitación —dijo—. Puedo enseñártelos —sonrió.

—Gracias, pero no.

Jake la vio desplegar el edredón marrón y otros dos más.

—Te gustan los edredones —comentó.

—Sí.

—He comprado unas entradas para una exposición que han organizado.

—Para la tía anciana de Amy, supongo.

Contempló una vez más los edredones antes de pasar a una vitrina que exhibía piezas de plata.

—Sí.

—¿Cuándo es?

—El domingo.

Ella no lo miró.

—El domingo nos marchamos.

—A menos que tengáis que quedaros a una boda.

Elizabeth tocó el vestido de una muñeca de porcelana.

—No va a haber ninguna boda.

—Podrías equivocarte.

—También tú.

—¿Quieres apostar?

Había conseguido que le dedicase toda su atención, lo cual le complacía sobremanera.

—No.

—Si tú ganas y no hay boda, te regalo uno de estos edredones, el que tú quieras.

—Y si hay boda, ¿qué querrás?

—Lo que me has dicho que no puedo tener.

Ella enrojció y miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie escuchando.

—Yo no apuesto... bueno, ya sabes qué es lo que no estoy dispuesta a apostar —dijo en voz baja.

—Quiero una cita —dijo él, fingiendo no saber a qué se refería—. En el cine para coches.

—Está cerrado.

—Podemos fingir que vemos la película.

Sabía que, si conseguía tenerla para él en un coche, toda la noche, a solas... bueno, pues que sería la noche perfecta.

—¿No eres ya un poco mayor para andar metido en un coche con alguien?

—Puede —contestó, intentando no reírse—. Pero también puede que no. Solo hay un modo de averiguarlo.

—No habrá boda —repitió, quitándole de la mano la copa sin tocarlo—. Y creo que será mejor que volvamos ya.

—Pero si es la hora de comer.

—No tengo hambre.

—La señora Martin está vigilando a los chicos —le recordó—. Y he pagado a Marty... ¿te acuerdas de él?

—Sí. El que ha heredado a las gemelas.

—Exacto —cómo deseaba besar aquellos labios del color del melocotón—. Le he pagado una cantidad extra para que Amy y Bobby no entren en el granero.

—Tienes mi eterna gratitud por ello.

—No la merezco —contestó él, llevándose la mano al sombrero para hacerla sonreír—. ¿No has dicho antes que me debías una comida?

—Sí —contestó, pasando junto a un estante de paños—. En ese caso, creo que me tomaré una hamburguesa doble de beicon con patatas fritas. Y un batido de chocolate.

—Supongo que has debido ver el puesto de hamburguesas que hay al otro lado de la calle.

—Y no me puedo resistir a la comida basura —admitió,

dirigiéndose a un mostrador en el que un aburrido dependiente leía una revista y espantaba las moscas.

—Lo sé —le dijo él—. Así es como volví a encontrarte, ¿recuerdas?

No volvió a verlo hasta que supo que los vuelos estaban cancelados y que ningún avión despegaría durante el resto de la tarde. Según el parte meteorológico, la tormenta iba a empeorar y no dejaría de nevar hasta pasada la medianoche.

Elizabeth tuvo que esperar otros veinte minutos más en una larga cola para poder hacer una llamada de teléfono, pero cuando lo consiguió, en el hotel le dijeron que no había habitaciones disponibles. Lo cual significaba que iba a ser un día muy largo. Afortunadamente llevaba un libro en el bolso, tenía dinero y había unos cuantos restaurantes en el aeropuerto. Terminó en la cola del puesto de hamburguesas y fue entonces cuando se dio cuenta de que el vaquero estaba en la cola del puesto de al lado. Habría sido fácil no reparar en él entre tanta gente, de no ser porque sintió que alguien la miraba y, al volverse, él le guiñó un ojo.

En aquella ocasión, le pareció más un viejo amigo que un extraño del que tener miedo, así que le devolvió la sonrisa. Era un gesto inocente, sobre todo en un aeropuerto abarrotado de gente. Pidió la comida y, al alejarse con la bandeja llena, volvió a verlo.

La estaba esperando. Había conseguido hacerse con una mesa y dos sillas, una de las cuales era evidentemente para ella, de modo que terminó comiendo con el hombre más atractivo que había conocido en sus veintinueve años de vida.

—Gracias otra vez por ayudarme con aquellos hombres —le dijo.

—No podía permitir que a una mujer tan preciosa le cayera una mochila encima —contestó él.

Ella ignoró el cumplido, y también el intento de flirteo.

— ¿Suele hacer esa clase de cosas?

— Cuando es necesario —contestó, quitándole el envoltorio a un taco—. Soy de Texas, y allí no nos escondemos cuando hay que pelear.

— Me lo creo —respondió ella, ofreciéndole la mano—. Me llamo... Beth.

Él la estrechó y Elizabeth sintió un escalofrío.

— Jake.

— Encantada de conocerte —dijo, consciente de lo ridículo de la frase. Había algo en aquel montón de testosterona que resultaba increíblemente atractivo, y algo en el hecho de estar atrapada en una tormenta de nieve que le hacía desear quedarse allí sentada con aquel vaquero durante unas cuantas horas. Estaba a salvo... o al menos se sentía así estando con él.

Estaba tan cansada de estar sola... No podría recordar de lo que hablaron durante la comida, pero él le contó historias de Texas que le hicieron reír. Luego, ella lo invitó a una enorme taza de café. Compartieron el periódico de él, y le dejó al cargo de su equipaje mientras iba al lavabo de señoras.

La tormenta empeoró. La gente empezaba a buscar sillas y bancos en los que echarse una siesta. Los restaurantes empezaban a quedarse sin comida, ya que los camiones no habían podido abastecerlos. Seguían cancelándose vuelos, y continuaban oyéndose indescifrables anuncios en la megafonía.

— Mira —dijo él, inclinándose hacia ella para que pudiera oírle. Un grupo de adolescentes había aterrizado en la mesa de al lado de la suya y del equipo portátil de música que llevaban salía a todo volumen el último éxito musical—. Esto es una locura. Tengo una habitación en un hotel, y estás invitada a compartirla.

— No puedo.

— Está aquí mismo, al lado del aeropuerto. Estarías más cómoda en el

hotel. Yo puedo dormir en el vestíbulo.

—No puedo quitarte la habitación.

—Tú no me la quitas, soy yo quien te la da. Nadie va a poder salir de aquí hasta mañana —con un gesto de la mano señaló al resto de la gente—. Dime que no quieres pasar la noche aquí.

—Por supuesto que no quiero, pero...

—Entonces, vámonos —dijo, recogiendo el equipaje de los dos—. Puedes invitarme a tomar una copa cuando hayamos dejado el equipaje.

—Podrías haber estado en tu hotel hace horas.

—Sí —contestó, mirándola con aquellos increíbles ojos azules—. Pero esto es muchísimo más agradable.

—Y yo que creía que íbamos a estar solos todo el día —masculló Bobby, siguiendo a Amy a la casa. Gus, que intentaba desesperadamente olfatear a Pookie, iba tras ellos.

—Yo también —dijo Amy, acurrucando al perrillo en los brazos. Se había preguntado en más ocasiones de las que le gustaría admitir cómo sería hacer el amor con Bobby. Y el beso que le había dado en el granero le había parecido un comienzo fantástico para un romántico fin de semana en el oeste.

—Shorty debería haber mirado mejor antes de decirle a Marty que el perro se había perdido.

Se detuvo delante de la puerta del corral en el que pacían seis yeguas.

—Yo debería haberle dicho que a Pookie le gusta meterse bajo las sábanas.

Amy suspiró, pensando cómo sería meterse ella bajo las sábanas con Bobby. Nunca había sido promiscua, pero sus besos harían caer en la tentación a una monja.

Él miró al perro frunciendo el ceño.

—¿Quieres que lo metamos en casa?

—Todavía no. Me parece que a la señora Martin no le gustan demasiado los perros.

—Al menos, en la cocina —contestó, él y se apoyó en la valla—. ¿Quieres verme actuar como un vaquero? —le preguntó, sonriendo.

—Claro.

Ella habría jurado que el corazón le latía más deprisa.

—Quédate aquí, cariño, que te voy a enseñar lo que hacemos por aquí.

Y le dio un breve beso antes de subirse a la valla. Luego, le vio recoger distinta parafernalia que colgaba de un poste y se preparó para dejarse fascinar por la habilidad de Bobby con los caballos.

Marty se unió a ella.

—¿Va a dar un buen espectáculo el jefe?

—Eso espero.

—¿Te vas a casar con él?

—Eso no es asunto tuyo —respondió, como si hubiera podido pensar en otra cosa cada cinco minutos.

—¡Marty! —lo llamó Bobby—. ¡Ven y saca de aquí a esta yegua!

—¡Voy! —pero Marty no se movió—. La verdad es que hay bastante dinero apostado por esta boda y no me vendría mal ganar algo —dijo, y le guiñó un ojo.

—¿Es que los vaqueros apuestan por todo?

—Por casi todo —se quitó el sombrero, se rascó la cabeza y volvió a colocárselo—. Creo que también están apostando sobre con cuál de las gemelas me voy a quedar. A mí no me ofende.

—Está bien —contestó, y se volvió hacia el corral y su novio. A su tía le gustaba, a pesar de lo que pudiera decir sobre lo distintas que eran sus vidas. ¿Quién no iba a querer a Bobby?

—¿Amy?

—¿Mm?

Bobby estaba guapísimo, tirando de una yegua para acercarla a

ella. El animal parecía en estado salvaje, pero a Bobby no daba la impresión de importarle.

—La apuesta...

—Serás el primero en saberlo —le aseguró.

Aquella misma noche. Aquella noche Bobby y ella estarían solos, dijera lo que dijese su tía.

Aquella noche habría luna llena, escenario perfecto para el romanticismo, algo que su tía Elizabeth tendría que entender.

Capítulo seis

—¿Montar a caballo por la noche? Ni tú ni yo nos hemos subido en la vida a un caballo —contestó su tía—, y hacerlo por primera vez en la oscuridad me parece suicida.

—No sería exactamente por la noche, sino cuando empiece a oscurecer. Es que hay luna llena, y sería tan romántico...

Un escenario romántico era el último sitio en el que quería estar teniendo a Jake alrededor. Puso a *Pookie* en su cama junto a la suya. Ojalá estuviese a miles de kilómetros de allí.

—Además, no has pasado mucho tiempo con Bobby —continuó su sobrina mientras se arreglaba el pelo delante del espejo—. ¿No dices que querías conocerlo mejor?

—Lo que quiero es irme a casa —dijo, acariciando a su perro. «Antes de que pueda cometer otro error. Antes de que vuelva a hacer el idiota. Antes de que pueda hacer algo que lamente después durante el resto de mi vida»—. Y quiero que te vengas conmigo.

Amy se dio la vuelta y la miró horrorizada.

—¡Todavía no, tía, por favor!

Elizabeth cerró los ojos y se dejó caer sobre las almohadas de la cama. Se había pasado casi todo el día fingiendo, actuando como si Jake fuese un hombre cualquiera que le estuviese enseñando las tiendas de antigüedades de aquella parte de Texas. Manteniendo el tipo, sonriendo e intentando no hablar ni de Chicago ni de lo que habían hecho allí.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó Amy.

—No —abrió los ojos y se encontró con su cara casi encima de la suya—. ¿Por qué demonios quieres casarte, tesoro? Pero si solo tienes

veintiún años...

—Estoy preparada. Y estoy enamorada.

—Estar enamorada no tiene nada que ver. Tú solo crees estarlo.

Amy se tapó las orejas con las manos y sonrió.

—¿Qué dices, tía? No te oigo.

—Debería rendirme —le dijo a *Pookie*, que parecía dormido—. Debería dejarla aquí e irnos los dos a Nueva Inglaterra.

—No hasta que hayas aprendido a montar —dijo Amy, tirando de su mano—. Vamos. La señora Martin ha cocinado algo que huele de maravilla y Bobby nos estará esperando.

Y Jake también, sin duda. ¿Qué hacer: correr escaleras abajo o meterse bajo la cama? Respiró hondo y se levantó. ¿Por qué tanta ansiedad? Ya habían hablado de Chicago, y no había nada más que decir. Lo peor ya había pasado.

Horas más tarde, se convenció de ello, tras haber compartido el rosbif preparado para la cena con Bobby. Jake no había aparecido, gracias a Dios, por lo cual se sentía muy aliviada, y no desilusionada. Bobby era encantador. Las entretuvo a las dos contándoles historias de la vida en el rancho. Por supuesto, Amy se había quedado embelesada con cada una de sus palabras, y Elizabeth sabía que su sobrina se imaginaba a sí misma montando, e incluso tal vez echando el lazo.

Ella tenía sus dudas sobre lo de subirse a un caballo y montar a la luz de la luna, pero Amy no estaba dispuesta a escuchar sus razones, y ella no podía permitir que su sobrina saliese en la oscuridad con un joven cuyo nivel de testosterona era más alto que su coeficiente intelectual. Ya casi había oscurecido cuando se pusieron los vaqueros y las camisas de manga larga que Bobby les había prestado.

—Va a ser divertido —insistía Amy, casi arrastrándola por el jardín hacia el mayor de los establos—. Además, Jake se asegurará de que no te ocurra nada.

—¿Ah, sí?

Sintió que los tacones de las botas prestadas se le clavaban en la tierra.

—Claro. ¿Es que no te gusta?

—Que me guste o no, no tiene nada que ver.

Elizabeth intentó ver algo en la oscuridad y creyó distinguir la silueta de Jake en la puerta del establo. Oh, no... ¿es que no tenía nada más que hacer que servirles de guía turístico? Y encima tenía esas entradas para la exposición de edredones, algo que le gustaría a una mujer de noventa años.

Y a ella también. Un edredón de Texas podría ser un recuerdo perfecto de aquel viaje, si es que llegaba al convencimiento de que quería recordarlo. Suspiró.

—Nunca me he sentido cómoda cerca de un caballo.

—Yo tampoco —admitió Amy, pero siguió tirando de ella hacia el establo, donde los dos hombres estaban sacando sendos caballos—. Pero hay que ser valiente.

—¿Valiente? —Jake puso un caballo al lado de Elizabeth—. ¿Es que tu tía tiene miedo de los caballos?

Elizabeth miró aquella enorme bestia castaña con una mancha blanca en la frente. Tenía las crines algo más claras que el resto del pelo, y la miraba con sus enormes ojos marrones.

—Sí —admitió.

—¿Nunca ha montado a caballo?

—No —ignoró la sonrisa de Jake y miró al caballo—. ¿Cómo se llama?

—*Cohete*.

—Vaya.

Iba a morir. Estaba segura. Jake tomó su mano y la puso encima de la nariz del animal.

—Dile hola —ordenó, sin soltarle la mano, y ella no habría podido decir si se le había puesto carne de gallina por tocar al animal o por sentir el calor de la mano del vaquero.

—¿No muerde?

Jake se acercó a ella y le contestó en voz baja:

—Ninguno de los dos mordemos.

Hubo un breve instante en que pensó que iba a besarla, pero luego lo vio separarse y hacer un gesto hacia la silla.

—Monta.

—¿Cómo?

—Pon el pie izquierdo en el estribo y pasa la pierna derecha por encima de la silla. Monta siempre por la izquierda y no tendrás problemas.

Miró a su sobrina. Su adorado vaquero la estaba subiendo a la silla. Aquella muchacha era capaz de conseguir que lo difícil pareciera fácil.

—De acuerdo.

Jake se hizo a un lado para dejarle sitio.

—Agárrate al borrén de la silla si lo necesitas... eso que sobresale y parece un pomo.

Iba a necesitar algo más que el pomo de la silla porque el caballo se desplazó hacia la derecha para evitar que se subiera.

—Me parece que no le gusto mucho —dijo, intentando parecer despreocupada, e intentó volver a poner el pie en el estribo.

—Quieto —le dijo Jake al caballo, sujetándolo por la cabeza—. Inténtalo otra vez.

Y volvió a intentarlo, pero el caballo pateó el suelo un par de veces, como si se estuviera impacientando. Elizabeth dudó con el pie puesto en el estribo.

—Espero que esto sea lo más difícil.

—Desde luego —contestó Jake, colocándose detrás de ella—. Allá vamos —dijo, y empujándola por el trasero, la subió a la silla.

Elizabeth se agarró al borrén y se colocó sobre la silla. El temblor que le recorría el cuerpo era de miedo, y no de deseo.

—Gracias.

—De nada —murmuró él, entregándole las riendas—. Aparta la pierna un momento.

La echó hacia atrás y él ajustó la longitud de las correas para después guiar su pie de nuevo al estribo. Hizo luego lo mismo al otro lado y el contacto eficiente de sus manos le resultó extrañamente íntimo, aunque estaba segura de que habría podido realizar aquella tarea con los ojos cerrados.

—Ya estás lista —dijo—. Sujeta las riendas y no te vayas a ninguna parte hasta que yo vuelva.

—¿Me vas a dejar sola con el caballo?

—Sí, unos diez segundos. ¿Podrás arreglártelas?

Ella asintió, temiendo que *Cohete* malinterpretase cualquier cosa que pudiera decir y rompiera a galopar sin parar hasta los confines de Texas. Con cuidado de no moverse, miró hacia atrás. Bobby estaba besando a Amy, los dos ya montados, lo cual significaba que su sobrina se sentía mucho más cómoda que ella a un metro y medio de distancia del suelo.

—Ya estamos todos —dijo Jake, acercándose a ella a lomos de un enorme caballo negro, y Elizabeth se aprestó a sujetar las riendas como él lo hacía.

—Si acercas la rienda izquierda al cuello del caballo, irás hacia la derecha, y si es la derecha, irás a la izquierda. Tira con suavidad hacia ti cuando te quieras parar, dale en los costados con los pies para ir más rápido y agárrate al borrén si te sientes más segura —le dijo Jake—. Pero no sueltes las riendas porque el caballo podría pisarlas y caerse.

Eran muchas cosas las que había que recordar y Elizabeth miró hacia el cielo. La luna lucía en todo su esplendor.

—¿Adónde vamos?

—Me da igual —contestó Jake, encogiéndose de hombros—. ¿Bobby?

—¿Qué?

—¿Adónde vamos?

—Había pensado que podíamos ir a la casa vieja; luego, siguiendo la línea de la valla, llegarnos hasta el lago y volver luego aquí.

Jake frunció el ceño.

—¿Estás seguro?

—Llevo algo de beber —dijo—. Va a ser genial.

Jake miró a Elizabeth.

—¿Estás bien?

—Por ahora, pero aún no nos hemos movido.

Elizabeth sonrió, algo más cómoda ahora que sabía que Jake iba a cuidar de ella.

—Iremos despacio —le prometió—, e iré casi todo el tiempo a tu lado.

Era sorprendente lo bien que sonaba eso.

—Vámonos —dijo—. Dale suavemente con los pies para que empiece a andar.

—De acuerdo.

Elizabeth respiró hondo y acercó los talones a los costados de *Cohete*. No ocurrió nada, lo cual resultó tranquilizador. El bueno de *Cohete* no parecía tener prisas. Lo intentó de nuevo diciendo:

—Vamos, *Cohete*.

Y el caballo dios dos pasos. Qué maravilla. Hubiera querido volverse para asegurarse de que Amy y Bobby los seguían, pero no se atrevió a apartar la atención del caballo.

Ni del vaquero que avanzaba a su lado.

Todo aquel encanto duro y tosco había sido lo que la había metido en un buen lío la primera vez, pero estaba decidida a resistirse. Lo mismo que estaba decidida a no caerse del caballo, por oscuro que se volviera el cielo o por mucho que le dolieran las piernas.

—Menuda luna —comentó Jake.

—Sí —contestó ella.

Aquella excursión a caballo a la luz de la luna estaba resultando

tan romántica como había predicho Amy, lo cual significaba que la noche no iba a ser fácil.

Estaba decidido a besarla, pasara lo que pasase. Estaba cansado de montar, de hablar sobre caballos, vallas y el tamaño de la luna. A unos veinte metros de ellos, Amy y Bobby charlaban, sin duda planeando cómo darles esquinazo.

Y él no podía esperar. Miró a Elizabeth por enésima vez y se preguntó qué diablos estaba pensando. No eran precisamente extraños el uno para el otro, aunque ella se esforzase por parecerlo.

—¿Es eso? —preguntó Elizabeth, y Jake miró hacia donde señalaba. Era la silueta de la vieja cabaña, con su tejado de medio lado y el porche torcido.

—Sí. Ahí es donde empezó la propiedad de los Calhoun, en mil ochocientos.

—¿Vamos a entrar?

—Sí, señora —dijo Bobby, acercando su caballo al de Elizabeth—. Creo que a Amy le gustaría ver cómo empezó el rancho.

Jake sabía que aquella no era la única razón de aquel viaje al pasado. Cualquier hombre de sangre caliente nacido en Texas tendría en la cabeza aquella noche mucho más que historia.

La voz de Amy sonó en la oscuridad.

—No puedo esperar.

—En ese caso, vamos allá —dijo Jake, poniendo en marcha su caballo—. La futura señora Calhoun estaba a punto de ver lo que las anteriores señoras Calhoun habían soportado por amor. Y por tener un tejado sobre sus cabezas.

—¿No es peligroso? —preguntó Elizabeth poco después, antes de poner el pie en las escaleras de subida al porche.

—Espera —le dijo Jake, iluminando con la linterna—. Déjame ir delante por si acaso.

—Gracias.

Un poco más allá, junto a los caballos, Bobby estaba muy ocupado

besando a Amy, de modo que Jake tenía la atención de Elizabeth solo para él, que era exactamente lo que quería. Subió las escaleras con cuidado, aunque había estado por allí hacía dos semanas, y encontró el lugar en buenas condiciones. Aun así, se empleó concienzudamente en iluminar los tablones del porche y de las escaleras y solo después le tendió la mano.

Elizabeth la tomó sin dudar, y lo que Jake sintió en el vientre fue tan fuerte que le pilló desprevenido.

—¿Qué? —preguntó ella, al ver que se paraba.

—Nada. Todo va perfectamente.

Pero no soltó su mano, y ella no la retiró. Seguramente, no las tenía todas consigo sobre entrar a la casa, y no podía culparla por ello. Por fuera estaba mucho peor que por dentro; además, una vez dentro, encenderían una lámpara de aceite, y si Bobby era capaz de acordarse de la alforja, tendrían algo que beber.

—¿Está cerrada?

—Estamos en la tierra de los Calhoun —Jake levantó la palanca de hierro y la pequeña puerta se abrió—. Quédate a mi lado —le dijo, por si se le había ocurrido soltarse de su mano y alejarse aunque fuera solo un paso. Le gustaba sentirla tan cerca, el suave olor a lavanda de su pelo, la suavidad de su mano que recordaba de otra ocasión...

—¡Jake! —Bobby subió al porche de un salto—. ¿Vas a encender esa lámpara o no?

—La estamos buscando —dijo, y Elizabeth se soltó de su mano. Iluminó con la linterna hacia donde colgaba la lámpara y la colocó sobre la mesa de pino. Amy y Bobby no tardaron en unirse a ellos ni en abrir una botella de coñac que parecía bastante cara y servir cuatro copas.

Bobby las repartió y levantó en alto la suya.

—Porque su estancia en Texas sea lo más larga posible, señoritas.

Amy sonrió y lo besó en la mejilla.

—Que dulce —suspiró, y luego se volvió a su tía—. ¿No te lo parece, tía?

—Mucho —contestó Elizabeth, y tomó un sorbo—. Está delicioso.

—Quita los dolores y las penas. Garantizado —declaró Bobby.

—¿Lo prometes?

—Desde luego. Jake y yo hemos pasado muchos días seguidos sin bajarnos del caballo y sabemos cómo vais a tener las piernas esta noche.

Jake se atragantó con el coñac, a pesar de que el jefe había abierto el más caro de todos, la botella que su abuelo guardaba para las ocasiones especiales, imaginándose cómo sería poder sentir las piernas de aquella mujer hermosa sentada a su lado que sonreía.

—Así que aquí es donde tu familia comenzó este rancho.

—Provengo de una larga familia de testarudos nacidos en Texas —declaró Bobby, pasando el brazo por los hombros de Amy—. Cuando decidimos conseguir algo, no hay quien nos haga cambiar de opinión.

—Ya lo veo —contestó Elizabeth, y tomó otro sorbo—. Las mujeres de tu familia han debido trabajar muy duro, teniendo que cocinar y cuidar de los niños en una cabaña tan pequeña.

Más historia, pensó Jake con disgusto, cuando donde ella debería estar era en sus brazos, para que él pudiera recordarle que podían volver a tener lo que habían tenido en febrero.

—Deberíamos volver —dijo, dejando la copa sobre la mesa.

—Quería enseñarle a Amy el servicio de fuera —dijo Bobby, tirando de ella hacia la puerta.

—¿Por qué?

—Porque nunca he visto uno así —contestó ella, como si se hubiese visto privada de algo magnífico hasta entonces.

Jake los dejó ir. Nadie se quedaba mucho tiempo en un retrete, sobre todo a oscuras.

—Esperaremos junto a los caballos.

—Amy...

—Solo será un momento, tía —la interrumpió—. Solo quiero verlo por fuera.

Elizabeth suspiró.

—¿Puedo tomar un poco más de eso? —preguntó, adelantando el vaso.

—Por supuesto —Jake sirvió ambos vasos—. Es la primera vez que oigo que alguien quiere ver un retrete por fuera.

—Cualquier excusa es buena para estar solos —dijo ella, aceptando el vaso—. Gracias.

—Están enamorados.

—Lo que están es en celo —replicó—. Hay una diferencia.

—Sí —el mismo deseo que empujaba a dos extraños a la misma habitación de un hotel. El amor era una boda e hijos—. Pero no tiene nada de malo.

—Claro que lo tiene —contestó. De pronto pareció triste—. Me avergüenzo de lo que ocurrió aquella noche.

—Pues no deberías.

—¿Ah, no? ¿Acostarse con un extraño no te parece algo de lo que haya que avergonzarse? Pues a mí, sí.

Jake dejó el vaso vacío sobre la mesa y tomó su cara entre las manos. Su piel era como satén bajo sus manos encallecidas.

—No hay nada vergonzoso en acariciarte —dijo, deslizando el pulgar sobre sus labios cuando ella hizo ademán de protestar—. Shh —le pidió silencio, acercándose, y la besó en los labios. Pretendía tener cuidado para que ella no lo rechazara, pero en cuanto rozó su boca se dio cuenta de que eso era imposible. Lo mismo que lo era detenerse. Igual que lo había sido antes.

Porque los labios de Elizabeth eran cálidos, dulces y se abrían para él. Porque las manos de Elizabeth le sujetaban por los brazos, como si no pudiera decidir entre sujetarlo para que no se marchara o apartarlo. Él siguió teniendo su cara entre las manos mientras

saboreaba su boca, consciente de que el calor subía a cada segundo. Más rápido de lo que él lo recordaba.

La risa de Amy le hizo recordar dónde estaba: en una austera cabaña muy distinta a la habitación del hotel, con su cama de matrimonio, sus sábanas de algodón y el servicio de habitaciones al que pedirle sándwiches de pavo y pastel de chocolate en mitad de la noche.

Y aunque le costó un enorme esfuerzo de voluntad, la soltó. Le sorprendió que las manos no le temblasen al separarlas de su cara. La charla de Amy y Bobby les llegaba desde detrás de la casa.

—Van hacia los caballos —dijo, y su voz sonó áspera.

—Será mejor que nos vayamos —dijo ella, y se apartó un mechón de pelo de la cara. A ella sí le temblaban las manos.

Jake le tomó la mano y se la acercó a los labios.

—No va a pasar nada, Beth —le dijo, utilizando el sobrenombre de Chicago deliberadamente.

—Estoy aquí para cuidar de mi sobrina, y mira lo que pasa.

—Solo demuestra que eres humana —dijo, soltando su mano para apagar la lámpara. Metió el coñac y los vasos en la alforja y volvió a tomar su mano—. Ya está.

—Espera —lo detuvo ella—. Lo que ocurrió entre nosotros este invierno fue muy... muy poco corriente. Los dos estábamos en una situación extraña y las cosas se... se desbocaron. Lo siento.

—Yo no.

—Yo no he venido a Texas buscando sexo, Jake.

—Lo sé —contestó él, guiándola a la puerta de la cabaña—. Pero mientras estés aquí, no deberías cerrarte a nada.

Su risa le sorprendió cuando en realidad debería esperarse lo inesperado de Elizabeth. Jake silbó mientras caminaban hacia los caballos, sobre todo para avisar a Bobby de que tenían compañía. Todo estaba en silencio, lo cual sugería que Bobby estaba aprovechando bien el momento de intimidad.

¡Condenado crío! Le había enseñado bien.

—Mañana —dijo Elizabeth por encima del ruido del agua al caer para llenar la bañera—. Mañana nos vamos de aquí.

Amy se acercó a la puerta del baño e intentó calmarla.

—Te sentirás mejor cuando hayas estado a remojo un rato, tía, lo sé.

También sabía que Bobby estaba a punto de pedirle que se casara con él, y quería seguir en el mismo estado cuando lo hiciese, y no al otro lado del país.

—Las agujetas no tienen nada que ver —insistió Elizabeth. Amy oyó que cerraba el grifo y luego un suspiro satisfecho cuando su tía se metía en el agua.

—¿Estás mejor? —preguntó Amy.

—Recuérdame que no vuelva a subirme nunca a un caballo.

—No ha sido tan malo —contestó Amy, intentando contener la risa. A ella también le dolían las piernas como si hubiera estado montando una semana seguida, pero no iba a admitir ante su tía que la vida del rancho no le iba exactamente como anillo al dedo. Jamás admitiría que tenía miedo de los caballos, que había fingido interés en el baño de la cabaña solo por retrasar el momento de volver a montar, y que los besos de Bobby habían sido lo único que la habían hecho disfrutar del paseo a la luz de la luna.

Seguro que todas las novias tenían cierto miedo al cambio de vida que suponía casarse, pero esa era una circunstancia de la que no podía hablar con su tía.

—Amy, ¿sigues ahí? —preguntó.

—Sí —contestó. Se suponía que tenía que sacar a *Pookie* una vez más antes de irse a la cama, así que se acercó a la cama y lo tomó en brazos—. Voy a sacar a *Pookie* —dijo, anticipándose a la siguiente pregunta de su tía.

—Gracias. No sé si sería capaz de bajar esas escaleras y volver a subirlas después —admitió.

Amy tampoco estaba segura de ser capaz de hacerlo, pero no lo dijo. Pensaba adaptarse a la vida en el rancho costara lo que costase, y además Bobby iba a esperarla en el lugar que *Pookie* parecía haber elegido para hacer sus necesidades. Con un poco de suerte, el animal se tomaría su tiempo.

El animal se acurrucó en sus brazos mientras Amy bajaba como podía las escaleras. Bobby iba a pedirle que se casara con él, ella iba a decirle que sí y su tía se daría cuenta por fin de que ya era una mujer que podía tomar sus propias decisiones.

Sus propias y acertadas decisiones.

—La tía va a tener que quedarse para la boda —le susurró al oído a *Pookie*—. Y tú llevarás los anillos.

Capítulo siete

Elizabeth no quería soñar con besos, ni con vaqueros, ni con la forma en que la luz de la luna había resbalado por las facciones de Jake al inclinarse para besarla hacía tres horas y veintiséis minutos.

Igual que aquella vez la había besado en Chicago. Habían tomado coñac aquella noche, que la había calentado por dentro y la había sumido en un estado de satisfacción con el mundo, a pesar de que el mundo que podía ver a través de la ventana no era más que un manto blanco.

— ¿Beth? —había dicho él, acercándose a ella para mirar también por la ventana. Solo unas cuantas luces se asomaban a la oscuridad. Él había puesto sus manos, tan grandes y fuertes, sobre sus hombros y ella se había recostado un poco para demostrarle que no le molestaba, pero también se preguntó si no se habría vuelto un poco loca, sobre todo cuando él le dio la vuelta y ella acudió a sus brazos sin titubeo alguno.

Él había puesto las manos en sus mejillas con ternura, y la había besado con aquella misma delicadeza, aunque el beso había pasado a ser enseguida tan intenso y sobrecogedor como la tormenta que golpeaba los cristales, algo que podía romperle los esquemas tanto como aquella borrasca de invierno.

Lo habían pasado tan bien atrapados por la nieve. Él le había contado historias de Texas, y ella de sus alumnos, lo bueno y lo malo. Él se había registrado en su habitación y le había dado la llave, pero por supuesto ella le había invitado a subir a tomar un café y una copa. Ninguno de los dos quería estar solo y no había nada de malo en compartir la habitación hasta que la noche los obligara a separarse. No esperaba sentirse tan atraída por

el vaquero, ni mucho menos llegar a preguntarse cómo sería acariciarlo y ser acariciada por él.

Se preguntó si sería la tormenta responsable de la tensión sexual que creció en aquella habitación, si el destino y las inclemencias del tiempo los habían metido en aquella situación solo por ver qué podía pasar.

Su única certeza era que se sentía un poco loca y, cuando aquel hombre la tomó en sus brazos, dejó de sentirse tan sola.

Algunas noches detestaba estar sola. Noches como aquella, se dijo mientras se levantaba de la cama para buscar a *Pookie*. Levantó al animal de su cama, lo colocó en la suya y volvió a meterse bajo las sábanas. *Pookie* se acurrucó a su costado y suspiró satisfecho, y Elizabeth lo envidió.

En cuanto se levantase al día siguiente, sacaría los billetes de avión. Tenía que irse a casa antes de que la tentación de dormir con una compañía distinta a la de aquel perro peludo fuese tan fuerte que no pudiera resistirse.

—Es oficial —anunció Bobby a los hombres que desayunaban en el barracón—. Voy a casarme.

—¿En serio? —preguntó Marty, sonriendo—. Ya lo dijiste la semana pasada.

—Pero ahora ya es de verdad.

Shorty no apartó la mirada de los huevos que se estaba comiendo.

—Me alegro por ti. Que alguien me pase la pimienta, por favor.

Bobby empujó la pimienta sobre la mesa, Jake la paró y se la entregó a Shorty.

—¿Lo sabe ya su tía? —preguntó Jake.

—Amy va a decírselo esta misma mañana —dijo Bobby, mirando al reloj del microondas—. Dentro de una hora, más o menos...

Jake se recostó en su silla y miró los huevos que lo aguardaban en el plato. Se los había preparado pensando que tenía hambre, pero aquella información era mucho más importante.

—¿Y crees que lo va a aprobar?

El muchacho se encogió de hombros.

—Pues no lo sé.

—¿Pero no era es la razón de que la trajera al rancho?

—Sí. Por cierto, que a la tía le gustaron mucho las tiendas a las que la llevaste ayer. ¿Qué vais a hacer hoy?

—Tengo entradas para la exposición de edredones —murmuró, deseando poder llevarla a la vieja cabaña durante un par de horas. Elizabeth lo había besado allí, pero no había pronunciado una sola palabra en el camino de vuelta al rancho. Daría lo que fuera por saber lo que andaba pensando.

—¿Una exposición de edredones? —repitió Shorty—. ¿Te vas a pasar el día viendo edredones?

—Es mejor que limpiar las cuadras —contestó Jake, pensando en el trabajo que tenía que hacer en su propio rancho. Un día a la semana no era suficiente para progresar.

Shorty llevó su plato y su taza al fregadero.

—¿Significa eso que tengo que volver a cuidar del chucho ese?

—Te recompensaré. La madre de Marty no quiere que esté en la casa si no hay nadie con él.

La señora Martin se había quejado aquella mañana de que Bobby y Amy anduviesen solos la noche pasada con el pretexto de sacar al perro. También se había quejado de los paños de cocina, de que el agua caliente no lo estaba suficiente y de que *Pookie* se había tomado ciertas libertades con la alfombra de la puerta trasera, aunque no podía demostrarlo.

—Veinte dólares —declaró Shorty.

—Pero esta vez, no lo pierdas —le advirtió Bobby—. Ayer tardamos casi una hora en encontrarlo.

—¿Cómo demonios iba yo a saber que le gustaba esconderse en las camas? Por cierto, ¿a quién le toca fregar?

—A mí —dijo Jake, consciente de que sería inútil esperar que su

jefe, tan locamente enamorado, hiciese esa tarea. Una cosa más que cambiaría con la boda—. ¿cuándo tienes pensado dar el sí?

—Pronto —contestó Bobby, sonriendo—. Muy, muy pronto.

—No olvides lo que te he dicho —le advirtió Jake—. No querrás que su tía piense que has hecho venir a Amy solo para... bueno, ya sabes.

—Eh, Jake, que he dicho que nos vamos a casar pronto —respondió, sonriendo—. Vamos a ir a elegir hoy mismo el anillo.

—No hay nada abierto en domingo.

—He llamado a Joey y le he pedido el favor, y me ha dicho que abrirá solo para nosotros después de misa.

Shorty se detuvo en la puerta y se volvió a mirar a Bobby.

—¿Vas a ir a misa?

—Yo no. Joey. Ahora es él el dueño de la joyería de su padre y me ha dicho que me dejaría el anillo a buen precio.

Jake empuñó el tenedor y empezó a comer. Prefería comerse el desayuno frío que presenciar la reacción de Elizabeth cuando se enterase de que iba a haber boda. Mejor tardar un rato en pasar por la casa, al menos hasta que los fuegos artificiales hubiesen terminado.

—¿Sigues queriendo ir?

Elizabeth se sirvió otra tostada de mantequilla y se sentó a la mesa de la cocina.

—Sí. ¿Por qué no iba a querer?

—Eh... no, por nada.

Entonces es que no lo sabía.

—¿Crees que pondrán a la venta alguno de los edredones de la exposición?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Es posible. ¿Quieres comprar algo?

—Puede. Como recuerdo del viaje.

Jake se la quedó mirando desde el otro lado de la mesa. Se había

puesto un vestido azul que le dejaba los hombros al descubierto y que le sentada de maravilla.

—Pensé que querrías volver a dar un paseo a caballo —bromeó. La había visto hacer una mueca de dolor al sentarse.

—No, muchas gracias, pero de todos modos no pasé tanto miedo como yo esperaba —respiró hondo y lo miró a los ojos—. Te debo una disculpa.

—¿Por qué?

¿Qué haría si se acercara por encima de la mesa y la besase? Una miga de la tostada se le había quedado pegada al labio superior y ella la recuperó con la lengua ante la mirada fascinada de Jake.

—Por ser tan insoportable —dijo—. Tú has sido muy amable con nosotras... conmigo este fin de semana y espero no haber sido grosera.

Jake carraspeó y pensó en volver a quedarse a solas con ella.

—No lo has sido.

—Nada de todo esto es culpa tuya —continuó—. Tú no podías saber que Amy quema etapas a la velocidad de a luz y que...

—Ven a casa conmigo —la interrumpió él. Ya no estaba seguro de cuánto tiempo más iba a poder aguantar sin acercarse a ella y sentarla sobre sus rodillas.

—¿Qué?

Iba a repetir lo que había dicho cuando entró la señora Martin, cargada con la compra.

—¿Siguen aquí? —preguntó, frunciendo el ceño.

Jake asintió.

—Nos iremos en unos minutos —explicó Elizabeth—. Vamos a la exposición de edredones.

La señora Martin aprobó la idea con una leve inclinación de cabeza.

—Llévese al jefe y a su novia. Llevan quince minutos besándose en el salón.

Elizabeth se levantó y, tras dejar su plato y su taza en el fregadero, se encaminó a evitarle a su sobrina el desastre, supuso Jake.

—Ya le advertí que no quería impudicias mientras trabajase aquí —masculló la señora Martin—. Marty no deja de remolonear alrededor de esas condenadas gemelas, cuando lo que tendría que hacer es escoger a una y sentar la cabeza de una vez.

Jake estaba cansado de hablar de la vida amorosa de los demás. Bobby y Marty ya eran suficientemente mayorcitos como para cuidarse solos, lo bastante mayores como para cometer sus propios errores y elegir a sus mujeres.

Y él debería ya haber elegido a la suya.

Y eso era lo que iba a hacer, tan pronto hubiesen terminado en la exposición. Al fin y al cabo, ¿cuánto se podía tardar en ver algo así?

Elizabeth pensó después que debería habérselo imaginado, pero estaba tan entusiasmada con su nuevo edredón, que no había reparado en los síntomas que indicaban que algo se estaba cocinando más allá de la actividad diaria del rancho cuando Amy y Bobby acudieron al coche al recibirla.

—¿Dónde está *Pookie*?

Fue lo primero que preguntó al ver a Amy de la mano de Bobby y sin el perro.

—Se está echando una siesta con Shorty —explicó Bobby—. Eh... señorita Comstock, tenemos algo que...

—Que decirte —concluyó Amy, mostrándole una mano.

—¿Qué? —preguntó, recogiendo su edredón floreado. Quería extenderlo y examinar cada trocito de tejido hexagonal. Quería imaginárselo a los pies de su cama de Cape Code, listo para las noches de niebla en las que fuese necesario utilizarlo.

—Ya es oficial —dijo Amy, moviendo los dedos—. Ahora que ya lo conoces y todo eso, le he dicho que sí.

—Has dicho que sí —repitió Elizabeth, con el edredón en los brazos a pesar del calor de la tarde. Habían pasado horas fuera,

porque le había costado un triunfo decidirse entre todos los colores, técnicas, estampados—. ¿Sí a qué?

—A casarme, tía —anunció Amy, e ignorando el montón de tela que llevaba en brazos, la abrazó—. Sabía que te iba a encantar.

—Amy —suspiró, y por encima del hombro de su sobrina miró al joven vaquero que sonreía con incertidumbre—. Enhorabuena —le dijo. El compromiso duraría cierto tiempo, quizás el suficiente para que los dos recuperasen el buen juicio.

—¿Cuándo? —preguntó Jake, como si hubiese preferido estar en cualquier otro sitio menos allí.

—Nos casamos el cuatro de julio —anunció Bobby.

—¿De este año?

—Exacto.

Jake sujetó el edredón antes de que cayera al suelo. Elizabeth por fin había visto el brillante del anillo de compromiso se su sobrina.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Sí, tía. Completamente.

Elizabeth miró a Jake, que estaba estrechando la mano de Bobby. Él la miró. En lugar de mostrar compasión e incluso triunfo, se quedó inmóvil, con el edredón bajo el brazo, mirándola.

—¿Quieres salir a cenar? —le preguntó, como si hubiera presentido su necesidad de escapar a todo aquello. Incluso abrió de nuevo la puerta del coche.

—Sí —contestó Elizabeth.

—¡Pero tía, tenemos que empezar con los preparativos de la boda! —protestó Amy—. No puedes irte ahora.

Ella no quería saber nada de preparativos de una boda. Ella quería cenar con el vaquero y fingir que tomaba un avión. Tal vez incluso lo tomase de verdad. Le dio la espalda a su sobrina y se subió al amplio, cómodo y refrigerado Cadillac de Bobby. Jake le dejó el edredón en el regazo y cerró la puerta.

Elizabeth incluso se acordó de despedirse con la mano.

—Las cosas son así —dijo Jake, tras tomar un buen trago de cerveza fría. Para sorpresa suya, ella también había pedido una, y parecía gustarle. El Steak Barn no estaba tan abarrotado como de costumbre un sábado por la noche, pero aun así la camarera los había sentado a una mesa pequeña en un rincón, lo cual a Jake le parecía perfecto. Al cambiar de postura en la silla rozó accidentalmente la rodilla de Elizabeth con la suya, y unas ondas eléctricas le llegaron directas al vientre. Intentó no darse por enterado, pero no le resultó nada fácil. Lo mismo que mirarla tampoco era fácil. Ni oler su perfume, que parecía impregnado de lavanda o algo así.

Y recordar cómo habían hecho el amor no era nada, pero que nada fácil.

—¿Qué cosas?

Lo estaba mirando con esos preciosos ojos suyos que le hicieron olvidar por un instante de qué estaban hablando. Carraspeó.

—Lo de la boda. Bobby nunca había querido casarse hasta ahora, y tengo que decirte que todos estamos muy satisfechos con que quiera sentar la cabeza —tomó otro trago—. Lo que me gustaría saber es por qué te opones de ese modo.

—Porque son demasiado jóvenes.

—Muchas parejas lo son. ¿Qué más?

—Creo que Amy no es consciente de dónde se está metiendo.

Se echó hacia atrás para que la camarera colocase una cesta de patatas y un pequeño cuenco de salsa en el centro de la mesa.

—¿Es que alguien lo sabe?

Elizabeth no parecía tener respuesta para su pregunta, de modo que Jake se aprovechó de su silencio.

—Bobby está enamorado.

—Y seguramente Amy también, pero no es suficiente.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Son demasiado distintos. ¿Cómo va a ser Amy capaz de llevar la vida de la mujer de un rancho?

—¿Qué tiene de malo ser la mujer de un rancho?

—Nada, si se sabe lo que conlleva.

—¿Y qué conlleva?

—Cocinar, limpiar, vivir alejada de la ciudad, tener niños, ocuparse de...

—¿Tienes algo en contra de los niños?

—Claro que no, pero...

—Se pueden contratar personas que te ayuden con todas esas tareas, y Bobby puede permitírselo —lo que no le dijo fue que Bobby terminaba por hartarlas a todas, pero eso también cambiaría con la boda—. Y hay coches y autobuses para ir a la ciudad, que queda a solo media hora de aquí; cuarenta minutos si se respetan los límites de velocidad.

—Pues si todo es tan fácil, ¿por qué no te has casado tú?

Solo se le ocurrió una razón: la verdad.

—Porque he estado centrado en ocuparme del rancho de Bobby. Esa es la razón. Y en cuanto se case, podrá ocuparse él solo.

—¿Y qué harás tú entonces?

—Tengo mi propio rancho muy cerca del suyo, y desde luego no me importaría trabajarlo.

Tomó una patata de la cesta y la mojó en la salsa más picante que se preparaba en el condado mientras se preguntaba qué diría Elizabeth si volvía a invitarla a ir a su casa.

—En lugar de seguir haciendo de canguro de Bobby Calhoun — completó ella.

—Exacto. Ten cuidado con la salsa. Es muy picante —le advirtió, tras tomar un rápido trago de cerveza para calmar el picor de la garganta. Si pudiera refrescarse también el resto del cuerpo, sería estupendo. La camarera volvió a acercarse para tomar nota de lo que querían cenar, y esperó a que hubiera vuelto a la cocina antes de

reanudar la conversación—. Mira, sé que no quieres que los chicos se casen, pero me temo que no puedes hacer mucho para evitarlo.

—Solo aceptar lo inevitable.

—Eso creo.

—Durante los dos últimos años, Amy ha creído ser artista, lo cual significaba vivir en Italia. Luego, creyó estar segura de que quería ser actriz, y ni me preguntes cómo es Los Ángeles —hizo una pausa para tomar un sorbo—. El mes de febrero pasado, se enroló en un grupo de *rock* que la dejó tirada en mitad de Illinois, lo cual fue la razón de que nos encontrásemos en el aeropuerto de Chicago.

—De lo cual me alegro —respondió, pero Elizabeth no pareció haberle oído.

—Y ahora se cree que puede ser la mujer de un ranchero. ¿Ves a qué me refiero?

—Pues no del todo —admitió—. Parece ser una buena chica, mucho mejor que las...

No terminó la frase. Como no se anduviera con cuidado, podía meterse en un lío.

—Que las otras chicas con las que ha salido Bobby, ¿no? —concluyó ella—. Me lo ha contado la señora Martin.

—No hay secretos en Dead Horse. Al menos mientras la señora Martin ande por allí —se inclinó sobre la mesa y deseó con todas sus fuerzas que estuvieran solos. No debería haber empezado a hablar ni de la boda, ni de Bobby—. Yo lo único que quiero es una tregua.

—Lo que tú quieres es una boda.

Lo que él quería era tener una vida.

—No puedes proteger a tu sobrina toda su vida, Beth. Un día de estos, tendrás que soltar las riendas.

—Lo cual no es asunto tuyo —espetó la mujer con la que quería acostarse aquella noche.

Menuda tregua.

Sabía que no debía beber estando con él. ¿Es que no se acordaba

de que había culpado al coñac o a lo que fuera que habían bebido la noche que se acostó con un extraño?

—No debería beber —dijo, cuando la cabeza empezó a darle vueltas y tuvo que agarrarse al brazo de Jake, estando ya en el aparcamiento de camino al Cadillac—. Sobre todo estando tú alrededor.

—Solo te has tomado dos cervezas —dijo Jake, rodeándola por la cintura con un brazo que parecía de hierro.

—Una y media.

—Y has cenado carne —añadió él—, así que no estás bebida, Beth. Deber de ser el calor. Cuando pongamos el aire acondicionado del coche, te encontrarás mejor.

Abrió la cerradura y la puerta sin soltarla.

Bueno, fuera cual fuese la causa de aquel aturdimiento, también le estaba alterando la sensibilidad, porque no podía dejar de notar sus dedos en la cintura. Y cuando la ayudó a sentarse, su brazo le rozó brevemente los pechos.

Estaba segura de que lo había hecho deliberadamente, pero no le importó, porque las sensaciones que le subían por la espalda no eran precisamente desagradables.

Más bien turbadoras.

—Perdona —dijo él, apartando el brazo, pero después, aún con medio cuerpo dentro del coche, dijo: al infierno con todo.

Cuando su boca se apoderó de la de ella fue como si Elizabeth lo hubiera besado ya mil veces y pudiera besarla otras diez mil más. Él apoyó una mano en el respaldo por encima de su hombro y la otra en el asiento, junto a su pierna. Y siguió besándola hasta que la cabeza volvió a darle vueltas, aunque en aquella ocasión el causante fuese el deseo, y no la asfixiante temperatura de Texas.

Levantó los brazos y le rodeó el cuello mientras él hacía magia con la lengua. De algún modo, se las arregló para avanzar hacia el volante, lo que a Jake le proporcionó el espacio suficiente para

sentarse junto a ella y liberar las dos manos. Tenerlo sentado al lado subió la temperatura unos cuantos grados más.

No sabía ni por qué ni cómo aquel hombre surtía ese efecto en ella, pero su cuerpo, que normalmente controlaba perfectamente, se sentía arrastrado indefectiblemente por el deseo en cuando él la miraba.

Y la tocaba.

Y la besaba de aquel modo.

Cuando sintió que levantaba la falda del vestido para poner la mano en su muslo desnudo, Elizabeth supo que estaba metida en un lío. Su primera reacción a una caricia tan íntima fue alivio, seguido de una sensación física deliciosa. Se olvidó de que estaban en un aparcamiento en algún lugar de Texas; se olvidó de que el sol aún tenía que ocultarse para ofrecerles la intimidad de la noche; se olvidó de las promesas que se había hecho sobre abstinencia y autocontrol.

Abandonó su boca para alcanzar su cuello, sintió su mano subir más y más hasta llegar a la ropa interior de seda que absurdamente se había puesto en un día de calor como aquel, y por último sintió que su dedo pulgar se deslizaba bajo la banda elástica y tocaba...

—Maldita sea, Jake, ¿qué estás haciendo? —preguntó un hombre.

Elizabeth abrió los ojos al mismo tiempo que Jake se volvía para encontrarse con Bobby Calhoun.

—Es que el cinturón de seguridad se había atascado —explicó Jake como pudo.

Bobby estaba boquiabierto, como si no pudiera creer lo que acababa de presenciar.

—A veces pasa —dijo.

Elizabeth sintió que enrojecía cuando Jake se puso de pie entre ella y Bobby para darle tiempo a arreglarse la ropa.

—¿Nos estabas buscando? —preguntó Jake.

—Sí. Es que acabo de dejar a Amy en el supermercado. Quiere comprar una de esas revistas de novias para lo de la boda, y se me

ocurrió buscaros para ver si estabais cenando en algún sitio.

—Ya hemos terminado —dijo Jake—. Nos íbamos para casa.

—Eh... sí, claro —dijo Bobby, mirando a Elizabeth por encima del hombro de Jake—. Ya lo veo.

—Será mejor que vayas a buscar a tu novia —sugirió Jake, y Bobby se metió inmediatamente en su camioneta. En cuestión de segundos, había salido del aparcamiento y subía por Main Street, dejando a Jake de pie junto a la puerta del Cadillac.

—Por los pelos —dijo él, sonriendo.

—Eso nos pasa por comportarnos así en un sitio público.

—Podemos ir a mi casa —sugirió—. Si quieres, te enseño mis edredones.

La expresión que tenía en los ojos ya la había visto antes: era de pura y simple lujuria.

Lo cual solo podía significar una cosa para Elizabeth: que había llegado el momento de marcharse de Texas.

Capítulo ocho

—Dame el billete —dijo Elizabeth, plantándose en la puerta del dormitorio de Amy—. Me voy de aquí aunque tenga que robar un caballo e ir cabalgando hasta Dallas.

Amy se tapó la cabeza con las sábanas.

—Mm... —fue su única respuesta, que era la que Elizabeth esperaba. Amy nunca había sido una persona de mañanas. Ella se había acostado pronto la noche anterior precisamente para evitar encontrarse con su sobrina y llevaba despierta desde las cinco. Había tardado mucho tiempo en llegar a la conclusión de lo que debía hacer, sobre todo porque los ronquidos de *Pookie* no la dejaban pensar.

—No te levantes —murmuró, y se acercó a la maleta de su sobrina, abierta en el suelo bajo la ventana. En cuestión de segundos encontró el billete de avión, el que tenía la vuelta abierta. Estaba a una llamada de teléfono de la libertad, a un día de viaje de poder meter los pies en el agua fría del Atlántico—. Si quieres casarte con un vaquero, por mí, bien.

—¿Qué te pasa, tía?

Con el billete en la mano, se volvió. Su sobrina se incorporaba en la cama.

—Nada —replicó, a pesar de sentirse culpable por ser tan desagradable. No era culpa de Amy que su tía quisiera acostarse con Jake Johnson. Que su tía se hubiera acostado ya con Jake Johnson—. Siento haberte despertado.

—¿Te marchas? —Amy consiguió mantener los ojos abiertos lo suficiente para que su tía volviese a sentirse culpable—. No puedo

casarme sin ti.

—Claro que puedes —respondió, y sin querer recordó las palabras de Jake: un día de estos, tendrás que soltar las riendas.

—Pero si vas a ser mi dama de honor —protestó—. Y eres mi única familia. ¿Qué clase de boda iba a ser sin familia? —intentó de nuevo incorporarse y apartarse el pelo de la cara—. ¿Es que no querrías que yo estuviese en tu boda?

—Por supuesto que sí —dijo, avanzando hacia la puerta—, pero puesto que no salgo con nadie, me parece un poco difícil que...

—Ayer saliste con Jake —la interrumpió Amy—. Todo el día. Y a cenar.

—Es su trabajo acompañarme a todas partes.

—¡Ja!

—No me gusta que hables así, Amy —le dijo casi en la puerta y a un paso de dar por terminada la conversación—. No es propio de una señorita.

—Tampoco lo es lo que estabas haciendo ayer en el aparcamiento —espetó. Elizabeth fue a protestar, pero su sobrina levantó una mano en alto—. Bobby me lo ha contado todo, porque no habrías pensado que iba a creerse esa absurda explicación, ¿verdad? —sonrió—. Así que no soy la única mujer de la familia Comstock a la que le gustan los vaqueros, ¿eh?

—No seas ridícula —fue lo único que se le ocurrió decir antes de salir disparada a su habitación. Una vez allí, se sentó en la cama y miró el sobre que contenía el billete de avión que le permitiría salir de aquel rancho y de Texas. Si en verdad Amy llegaba a casarse, se quedaría, por supuesto. Además, le gustaban las bodas.

Pookie apoyó las patas delanteras en su pierna y bostezó, y Elizabeth le rascó obedientemente las orejas.

—Tengo entendido que a ti también te gustan los vaqueros —le dijo—. Eres un pequeño traidor.

Pookie se tumbó patas arriba para que ella pudiera acariciarle el vientre regordete, lo cual constituía otro de los rituales de la mañana.

—No va a casarse. Te lo digo en serio —le dijo al perro—. Estoy segura de que eso no va a ocurrir.

Desearla lo estaba matando. Sin exagerar. ¿Cuánto más podría sobrevivir sin pegar ojo? Porque, cuando conseguía dormir, soñaba con hacerle el amor a Elizabeth. La solución era, claramente, conseguir llevársela a la cama. Y pronto. Jake se sirvió otra taza de café y vio amanecer por la ventana. Ojalá ella estuviese también despierta pensando en él. No le hacía la más mínima gracia estarlo pasando mal él solo.

—Renuncio —con esa palabra, la señora Martin se desató el delantal y lo dobló cuidadosamente sobre la mesa de la cocina—. No pienso soportar esto ni un minuto más.

Elizabeth arrancó un buen trozo de papel de cocina.

—Por favor, señora Martin, estoy segura de que no volverá a ocurrir.

—Yo no lo estoy —espetó—. En el horno hay un asado para la cena, pero será mejor que meta unas patatas para que se hagan una hora antes de cenar.

—Lo vigilaré más —prometió Elizabeth—. Además, voy a marcharme...

—Eso es lo que su sobrina dijo la última vez —dijo la señora Martin mientras aclaraba un cuchillo y lo dejaba en la encimera. Elizabeth recogía aquel charco que había en la esquina e intentaba encontrar algo que decirle y que impidiera que se marchase en aquel mismo instante—. Pero no se puede estar detrás de él continuamente. Hay galletas también que solo hace falta calentar.

—Gracias, pero...

—Había pensado preparar también una ensalada de tomate —continuó, ya al lado de la puerta trasera—. Hay muchos en el huerto.

—Se pone nervioso, eso es todo. Especialmente si hay ruidos fuertes —intentó explicar, aunque la señora Martin no parecía estar escuchándola.

Pookie se sentó en su cama y desde allí vio cómo Elizabeth limpiaba lo que había ensuciado. Tenía el pelo revuelto, necesitaba que le levasen la cara y estaba cubierto de patas a cabeza con una buena capa de polvo de Texas. Incluso el perro había pasado demasiado tiempo ya con aquellos vaqueros.

Jake se cruzó con la señora Martin cuando él entraba en la cocina y ella salía. No pareció molestarse por el mal humor del ama de llaves, sino que se limitó a ver cómo Elizabeth se levantaba del suelo y tiraba el papel sucio a la basura. Luego, se apoyó en la encimera y se sirvió una taza de café.

—¿No vas a preguntar qué pasa?

Tomó un sorbo antes de contestar.

—Me imagino que la señora Martin nos deja, ¿no?

—Sí, pero...

—Porque el chucho ha vuelto a ensuciar el suelo.

—No es un chucho, y no lo hace a propósito.

Elizabeth se lavó las manos en el fregadero y buscó un trapo para secarse. No encontró ninguno, así que utilizó el delantal de la señora Martin para secarse.

—No —contestó Jake mirando al perro. Parecía incluso divertido—. A Shorty no le importa ocuparse de él. Puede que la señora Martin vuelva si enviamos a *Pook* a vivir al barracón mientras estés aquí.

—No. Me preocuparía demasiado por él. Me da miedo que los vaqueros puedan olvidarse de que está y lo aplasten —porque de ningún modo iba a admitir que el perrito le hacía compañía por las noches—. De todos modos, voy a...

—Comprendo —admitió, y *Pookie* y él se miraron—. Ninguno de los hombres va a llevarlo en brazos a todas partes como tú —se volvió

a ella—. Bueno, no te preocupes por la señora Martin. Es la cuarta o la quinta vez que renuncia al puesto de ama de llaves de la casa. Ya se nos ocurrirá algo —miró a la mesa y frunció el ceño—. ¿Qué es eso?

—Mi maleta —contestó, aun sabiendo que era completamente absurdo decirlo. Aquel hombre tenía la facultad de volverla medio idiota—. Eso es lo que estaba intentando decirte.

Él enarcó una ceja.

—¿Has decidido venirte a vivir conmigo?

Casi podría haberse echado a reír, pero se limitó a sonreír.

—Todavía no.

Él se acercó y dejó la taza en la encimera.

—¿Y qué pasa con la boda? Me sorprende que no te quedes para el gran día.

—Me sorprendería que llegase a celebrarse —contestó. Estaba a más de medio metro de distancia, pero emanaba tanta energía sexual, que sentía palpar la piel. Disimuló doblando el delantal con precisión milimétrica—. Esta mañana he tenido esa misma conversación con Amy.

—¿Ah, sí? —murmuró él, tirando de uno de los extremos del lazo azul que colgaba de su mano, pero Elizabeth no lo soltó, sino que le permitió que, tirando, la acercase más a él—. Así está mejor.

Supo exactamente por qué estaba mejor cuando sintió que rozaba sus labios con los suyos. En cuestión de segundos, estaban boca con boca, lengua con lengua, un estallido instantáneo de calor y necesidad. Se apretó contra aquel pecho maravillosamente duro y, más abajo, contra otra dureza distinta y excitante. Le oyó gemir, sintió sus manos bajar por su espalda y apretarla contra él por las nalgas.

Apenas podía mantenerse en pie.

Y no lo necesitó durante mucho tiempo, porque él la levantó por la cintura y la sentó en la encimera, lo que le permitió abrazarlo mejor y hundirse en su beso. El vestido amplio que llevaba quedó por

encima de las rodillas y Jake entre sus piernas. Todo ese calor se generaba de dos puntos específicos. Y aquellos dos puntos se estaban tocando, separados tan solo por un fino tejido de seda y una cremallera.

—¿Qué estamos haciendo? —consiguió decir cuando se detuvieron para tomar aliento. Los ojos de Jake quedaban a la altura de los suyos y él parecía tan sorprendido como ella. Y tan dispuesto a volverse a la cama.

—Hacer el amor en la encimera.

Sus manos encallecidas iban ascendiendo por sus muslos.

—No podemos —balbució Elizabeth, pero su pulgar había llegado a un lugar que le hizo dar un respingo.

—Tú lo deseas —dijo él, acariciando su cuello con los labios.

—Amy no va a seguir durmiendo toda la mañana y Bobby debe estar...

—Con los caballos —concluyó él, pero sacó las manos de debajo de su vestido y lo estiró. Luego las apoyó sobre la encimera y la miró a los ojos—. Esto tiene que parar.

Elizabeth no esperaba sentirse desilusionada.

—Estoy de acuerdo. Si le dices a alguien que me lleve al aeropuerto...

Él masculló una maldición y luego se disculpó.

—No me lo estás poniendo fácil —le dijo, frunciendo el ceño—. Ven conmigo.

—No, a menos que sea al aeropuerto, e incluso así no me parece que sea buena idea que tú...

—A mi casa. El padre de Bobby me dejó una bonita propiedad al noroeste de aquí. La casa no es una maravilla, pero tendrá que valer. Por el momento.

—Tengo hecha la reserva del vuelo.

—Cancélala.

—Tengo que irme.

—¿Por qué?

Buena pregunta, pensó. ¿Para no volver a acostarse con él? ¿Para no volver a avergonzarse de sentir aquella atracción sexual hacia un hombre al que apenas conocía?

—Porque seguimos haciendo... esto —dijo, tirándose del bajo del vestido e intentando juntar las piernas.

Jake retrocedió para dejarla hacer.

—Creía que querías impedir la boda.

—He decidido no meterme —se bajó de la encimera y se apartó el pelo de la cara—. Tenías razón: ya es hora de que deje que Amy viva su vida.

—Eso está bien —dijo Amy, conteniendo un bostezo al entrar en la cocina—. Y te lo agradezco, pero, ¿por qué no puedes quedarte y ser mi dama de honor?

«Porque quiero hacer el amor en la encimera de la cocina con el capataz del novio».

No se atrevió a mirar a Jake mientras buscaba una respuesta.

—Puedo volver para la boda —se le ocurrió.

—¿Te vas porque no te gusta Bobby? —preguntó Jake.

—Claro que no. Yo... es que me siento un poco fuera de lugar, eso es todo.

—Nos vendría bien un ama de llaves —dijo Jake, recogiendo del suelo el delantal—. ¿Quieres el trabajo?

—Preferiría ir a buscar a la señora Martin y disculparme unas cuantas veces más.

—¿Adonde ha ido? —preguntó Amy.

—*Pookie* ha vuelto a hacer de las suyas y ha dimitido.

—Ah. ¿Por qué no te quedas y me ayudas a preparar la boda? —insistió.

—Sí —se unió Jake—. ¿Por qué no te quedas, Elizabeth?

—*Pookie* y yo deberíamos volver a casa porque podemos causaros más problemas si nos quedamos aquí —ojalá pareciera una excusa lo

bastante noble como para que nadie la discutiera—. Ya os hemos costado un ama de llaves, y estoy segura de que tienes un montón de trabajo por hacer por el tiempo que has perdido llevándome a tiendas de antigüedades y a la exposición.

—No me ha importado —contestó Jake, aunque lo que su mirada decía era: «Vente a la cama conmigo». Elizabeth enrojeció.

—Yo lo haré —declaró Amy, poniéndose el delantal.

—¿El qué? —preguntó Jake, que no entendía nada.

—Tú no sabes nada de limpiar ni de cocinar.

—Cociné durante la universidad, cuando teníamos esa habitación con cocina. Y limpiar no puede ser tan difícil.

—A Bobby no va a gustarle nada todo esto —le advirtió Jake—. Eres una invitada.

—No durante mucho tiempo —contestó Amy—. Dentro de ocho días, esta será también mi casa.

Elizabeth se dio cuenta de que tenía la boca abierta y la cerró. Amy se veía a sí misma como la esposa de un ranchero, lo cual significaba que no iba a haber modo de quitarle la idea de la cabeza.

—Tiene razón —dijo—. Mejor que se vaya haciendo a la idea de lo que se le viene encima.

Amy miró al techo.

—Cualquiera diría que es una especie de condena.

—No lo es —contestó, quitándose de la cabeza la imagen de Jake y de sí misma compartiendo el desayuno—. Simplemente es distinto de a lo que estás acostumbrada.

—Ahora tienes que quedarte —insistió Amy—, para que yo pueda demostrarte que soy capaz de hacer esto. Además, no puedo organizar la boda sin tu ayuda.

—Está bien —dijo por fin, consciente de que no podía negarle nada—. Te ayudaré a organizar la boda, pero en la cocina estarás sola.

Elizabeth no quiso ver el brillo de triunfo en los ojos de Jake. Quería de verdad estar presente en la boda, y seguramente sería

capaz de mantener la ropa puesta durante ocho días más.

Tal vez menos, cuando Amy se diera cuenta de que para casarse hacía falta mucho más que estar enamorada.

—Podemos esperar ocho días más —declaró Amy, tras besar a su prometido. Estaba delante del fregadero y Bobby estaba de pie detrás de ella, rozándole el cuello con los labios.

Se las había arreglado para bajarle la cremallera de los vaqueros mientras fregaba. Todas aquellas sartenes y cacerolas no cabían en el lavavajillas, lo cual era una pena.

—¿Ocho días?

—Hasta la noche de bodas.

Él suspiró.

—Me estás matando, cariño.

—Son solo ocho días —le aseguró, sintiéndose de pronto virtuosa—. ¿Puedes pasarme esa sartén?

Bobby se las había arreglado para pasar con las manos de su cintura a sus pechos y la soltó para alcanzarle la sartén.

—No estoy seguro de que sea buena idea.

—Son solo ocho...

—No me refiero a eso, sino a lo de limpiar y cocinar —se apoyó en la encimera y la vio restregar los huevos que se habían secado y estaban pegados como cemento—. Puedo buscar otra ama de llaves.

—Jake me ha dicho que no.

—Bueno, no te creas que lo sabe todo. Seguro que podría encontrar alguna por algún sitio.

—Ahora mismo no la necesitas.

—Pero la necesitaremos cuando empiecen a llegar los niños.

—¿Los niños?

Ella no había pensado en tener niños, al menos por el momento. No hasta que tuviera veintinueve, o treinta. O treinta y cinco.

—Claro —Bobby le guiñó un ojo—. Voy a necesitar tres o cuatro hijos para que me ayuden a llevar el rancho. Luego nos vemos.

Estaba de broma, claro, pensó mientras cerraba el grifo. Oyó cerrarse la puerta y el ruido de sus botas en la madera del porche. Para tener que llevar un rancho tan grande, Bobby parecía tener mucho tiempo libre. Miró la pila de sartenes y cacerolas y buscó un trapo. Quizás debería haberle pedido que la ayudase a secar.

—Te veo mal, jefe —dijo Dusty, y sacó dos cervezas del frigorífico del barracón, las puso sobre la mesa y le hizo un gesto a Jake para que se uniera a él.

—¿Ah, sí?

Dusty era poco más o menos de su edad, pero no sabía más de él que era un experto en pastos y un magnífico jinete. Llevaba con él siete años y no había dicho una sola palabra sobre su vida personal, así que lo miró con cierta desconfianza al acercar una silla a la mesa.

—Un día duro.

Dusty abrió la botella y lanzó la chapa a unos cinco metros de distancia. Cayó dentro de la papelera.

—Desde luego —contesto Jake, que quitó también la chapa y la dejó sobre la mesa.

—Me han dicho que el chico se llevó a las dos mujeres a dar un paseo a caballo.

—Sí —Jake había optado por revisar las vallas en lugar de torturarse con lo que no podía tener—. ¿Cómo van las apuestas?

—Dos a uno que el crío seguirá estando soltero el cinco de julio. Pero en tu caso, van al cincuenta por ciento.

—¿Yo?

—Los hombres piensan que la tía te tiene atado y listo para el horno.

—¿El horno?

Dusty silbó unas cuantas notas de *La Marcha Nupcial* y sonrió.

—Tus días están contados, Jake. Eres un hombre torturado.

—En eso no te equivocas —dio un buen trago de cerveza. Y luego otro, porque él jamás había pensado en casarse. Y así se lo dijo.

El otro vaquero se encogió de hombros.

—A todos nos pasa más tarde o más temprano.

Jake tuvo que sonreír.

—¿Incluso a ti?

—Bueno, a mí no —bromeó, y Jake se rio—. Hablaba en general.

—Yo nunca he pensado mucho en el matrimonio —admitió Jake.

—¿Has estado demasiado ocupado haciendo el trabajo de Calhoun como para pensar en mujeres?

—He pensado en mujeres, e incluso he salido con algunas de vez en cuando —pero ninguna comparable a Elizabeth Comstock. Había admirado su serenidad en el aeropuerto, había disfrutado hablando con ella más de lo que lo había hecho con cualquier otra mujer. Y hablar con mujeres no era algo fácil para él—. Pero esta me gusta.

—Sí. Eso es evidente —Dusty apuró el resto de su cerveza—. Yo he apostado por ti.

—¿Porque me quedo soltero?

—No, hombre, no. He apostado cien pavos a que no —y dicho eso, lanzó la botella vacía a la basura—. Además, a Shorty le encanta ese chucho enano.

—Bueno, no ha estado mal —declaró Amy, lanzando el paño de cocina sobre la encimera con una reverencia—. Creo que puedo llegar a ser buena en esto.

—Ha estado todo delicioso —sonrió Bobby mientras tapaba lo que había quedado del rosbif con un papel de plástico—. No puedo creer que sea la primera vez que cocinas.

Elizabeth tampoco podía creerlo. La cena, que había consistido en patatas asadas, ensalada de tomate, maíz y rosbif, había estado deliciosa. La señora Martin había empezado a prepararla, pero Amy la había terminado. Nada de *Los vigilantes de la playa*, ni de las clases de arte. A lo mejor su sobrina tenía dotes para la cocina.

—¿Seguís pensando en serio en casaros el cuatro de julio? —les preguntó. Se los veía tan jóvenes a los dos juntos al lado de la nevera.

Bobby abrazó a Amy cuando se dieron la vuelta para mirarla.

—Desde luego —dijo él, y Amy asintió.

—Entonces, tenemos mucho que hacer —sacó un cuaderno de notas y un bolígrafo del bolso—. Será mejor que empecemos a confeccionar las listas.

Bobby pareció desilusionado.

—Íbamos a ir al cine.

Amy consultó el reloj.

—Falta una hora hasta que empiece la película, lo cual nos da... ¿cuánto, Bobby?

—Cinco minutos —dijo él—. ¿Qué quieres hacer?

Elizabeth hubiera querido echarse a reír.

—Confeccionar una lista con los invitados a los que tenéis que llamar. Es un poco tarde para enviar invitaciones por correo.

—Claro. ¿Qué más?

—Llamaré a mis amigas —dijo Amy—. Sé que algunas vendrán. A todas les gustaría conocer vaqueros de verdad.

Entonces fue cuando Jake entró en la cocina.

—¿Quién quiere conocer vaqueros de verdad?

—Las amigas de Amy de la universidad —contestó Elizabeth—. ¿Dónde vais a celebrar la boda.

—Aquí —contestó Bobby.

Jake carraspeó, y todos le miraron.

—O en la ciudad. Habrá fuegos artificiales cuando anochezca, y podríamos ir al parque después de la fiesta.

—¿Os casaréis por la mañana o por la tarde? —preguntó Elizabeth.

—De día hace demasiado calor —dijo Jake—. Más tarde quizás, alrededor de las siete. Podemos comer algo y bailar toda la noche.

—Y yo tengo que comprarme un vestido —dijo Amy—. Algo blanco y largo, pero no demasiado elegante. ¿No crees que debería ser de algodón, como de Laura Ashley pero sin flores?

—Flores —repitió Elizabeth—. ¿Qué clase de flores quieres llevar en el ramo?

—Algo propio de Texas —declaró—. Ya sé: rosas amarillas —tiró de la mano de Bobby—. ¿Crees que las rosas amarillas quedarán bien?

Bobby miró a Jake como pidiendo socorro.

—Íbamos a ir al cine —dijo—. Una de Mel Gibson.

—Pues vais a llegar tarde si no salís ya.

—Eso es lo que decía yo —Bobby tiró de la mano de Amy hacia la puerta—. No se preocupe, señorita Comstock. Jake se queda aquí y él podrá decirle todo lo que necesite saber.

Y desaparecieron, dejando a Elizabeth a solas con un vaquero sexy y un perro dormido.

—Es cierto —corroboró Jake, acercando una silla—. Sé un montón de cosas.

—¿Sobre bodas?

—Deben de ser poco más o menos como los funerales —dijo—. Y de esos he planeado unos cuantos.

Pero ella apartó el cuaderno.

—No puedo planear la boda de otra persona. No está bien.

—Claro que sí —contestó él, y leyó la lista que había escrito—. Puedes llamar al Steak Barn para que se ocupen de la comida. Con que llames a Millie por la mañana y le digas lo que quieres, bastará. Podrían celebrar una ceremonia sencilla aquí en la casa, y luego organizar la fiesta en la casa grande. La ciudad entera estará celebrando el cuatro de julio, así que se organizará una buena fiesta.

—Y no te olvides de los fuegos artificiales.

—No te puedes morir sin haberlos visto —contestó Jake sonriendo, y Elizabeth deseó no estar tan cerca de él—. Vas a quedarte, ¿verdad?

Como si tuviese otra elección.

Capítulo nueve

—Bueno, ¿y ahora qué? —le preguntó Elizabeth a Jake, como si tuviera todas las respuestas.

¿Ahora qué? Se le ocurrían unas cuantas cosas en las que ocupar aquella noche, todas ellas relacionadas con quitarse la ropa y fingir que volvían a estar en el hotel.

—Creo que está nevando —dijo—. ¿Oyes el viento?

—No.

Hubiera podido jurar que vio brillar el deseo en aquellos intensos ojos verdes antes de que bajase la mirada para leer la lista. Fue entonces cuando se preguntó si Dusty tenía razón y sus días de soltero estarían contados. Y si quería que lo estuvieran. Elizabeth Comstock no era la mujer oliendo a canela y con aire maternal que se había imaginado en su rancho. No. Ella era aquel perfume a lavanda, una piel suave y ropa interior de seda.

Lo cual era muchísimo mejor que lo otro.

—¿Quieres ir a dar un paseo?

—¿A caballo o en coche?

Escribió algo en el margen antes de mirarlo.

—En camioneta.

—Ya monto mejor —dijo ella—. Incluso Bobby lo dice.

—Y te creo, pero lo que quiero enseñarte queda un poco lejos.

—¿Adónde vamos?

—¿Es que tengo que decírtelo todo?

Jake le ofreció la mano y ella la aceptó para levantarse.

—¿Puedo llevar a *Pookie*? No me gustaría dejarlo aquí solo.

—Puedes llevártelo, o si quieres podemos llevarlo con Shorty. Me

parece que está empezando a gustarle este... perrito.

Ella se agachó y tomó en brazos al perro dentro de su camita.

—Nos lo llevamos. Puede que necesite carabina.

—Estoy temblando —contestó Jake, y abrió la puerta.

Veinte minutos más tarde, tomaron el camino que llevaba a su casa.

—Ahora estás en las fincas de Johnson —dijo, preguntándose si le parecería ridículo o extraño su orgullo, teniendo en cuenta lo modesta que era su casa.

—¿El abuelo de Bobby te dejó toda esta tierra?

—Sí. Pertenece a la familia de su madre. Es pequeña, comparada con Dead Horse, pero lo bastante grande como para ganarse la vida en ella.

—Debía tenerte en mucha estima —dijo Elizabeth, mirando la casa.

Jake se tragó el nudo que se le había formado en la garganta e intentó quitarle importancia.

—Quería que no me fuese lejos para que cuidase de su nieto.

Elizabeth lo miró fijamente, como si se diera cuenta de lo mucho que echaba de menos al viejo.

—¿Le gustaba este rancho?

—Sí —R. J. había mantenido en pie aquella casa cuando podía haberla hecho tirar. Se ocupó de repararla y de mantenerla como si alguien viviese en ella, o fuese a vivir—. Cuidada bien de todo lo que era suyo.

—Y ahora tú haces lo mismo —dijo ella al acercarse a la casa de color azul algo desvaído.

—Lo intento.

Con la diferencia de que todo lo suyo consistía en su caballo y aquella casa, y teniendo en cuenta el aspecto descuidado que ofrecía la vivienda, no había hecho un gran trabajo. Paró el coche y miró el porche. No le vendría mal un barrido, pero eso le ocurría siempre.

Sin vivir allí permanentemente no podía controlar el polvo de Texas.

—¿Por qué no vives aquí?

—Porque mi trabajo está en el Dead Horse por ahora. Te la voy a enseñar, aunque no haya mucho que ver —paró el motor y miró al perro, que dormía a los pies de Elizabeth—. Tráete a *Pookie*.

—Lo llevaré en brazos —dijo ella.

—No me preocupa —dijo Jake, imaginándose que el animal haría sus necesidades antes de entrar en la casa, y así fue.

Jake tomó la mano de Elizabeth y ella subió las escaleras del porche a su lado. Su piel era cálida y suave, y sus manos entrelazadas parecían las de unos viejos amigos. Pero en verdad eran viejos amantes y el deseo de apretarla contra su cuerpo era casi irresistible. Y todo era puramente físico, se dijo.

Con hacerle el amor una vez más todo se arreglaría; conseguiría recuperar la calma. No había estado con otra mujer desde febrero, desde el momento en que ella abandonara su cama y su vida. No había vuelto a desear a otra, a pesar de que el sentido común le había dicho que nunca volvería a verla.

Al diablo con el sentido común. Jake retuvo su mano hasta que ella se soltó para tomar a *Pookie* en brazos.

—Tiene miedo de las escaleras —le explicó—. Le he enseñado a subirlas, pero a veces se le olvida.

Lo cual no era de extrañar, teniendo en cuenta la expresión de vacío de los ojos del perro.

—No es lo que se dice el perro ideal para un rancho —comentó mientras abría la puerta.

Ella sonrió, y el corazón se le paró a Jake.

—No, supongo que no, pero era perfecto para una señora mayor.

—Que no eres tú —puntualizó, haciendo un gesto con el brazo para invitarla a entrar.

—Me hace mucha compañía.

—Sí, eso ya lo has dicho antes.

Jake la siguió y encendió la luz que iluminaba el vestíbulo central y las escaleras que conducían al segundo piso.

—Es bonita —dijo ella, y por un segundo, Jake creyó que lo decía de verdad.

—Necesita mucho trabajo —dijo, señalando una habitación que salía a la derecha—. El salón.

—La chimenea es preciosa —comentó, señalando la construcción de piedra que ocupaba la mitad de la pared del fondo.

—La cocina queda al otro lado —dijo, pero la condujo a la habitación que quedaba al otro lado del vestíbulo—. Supongo que esto era el comedor, pero no estoy seguro.

—Es una pena que no viva nadie aquí.

—Tengo algunas cosas guardadas, pero no muchas. Mi madre vivía en el Dead Horse y no necesitaba tener muebles propios —tocó la espalda de Elizabeth y la condujo por la habitación, dejando a un lado el ventanal que daba al pasto del este y a través de una puerta doble a cuyos lados había sendos armarios. Era la entrada a la cocina—. Esta es la única parte de la casa que uso.

Elizabeth dejó a *Pookie* en el suelo de cerámica y se acercó a la cocina de hierro forjado cuya salida de humos compartía con la chimenea—. Es increíble —dijo, mirando a su alrededor—. Parece sacada de una revista.

—¿Ah, sí?

Jake miró a su alrededor. Para él, aquella habitación rectangular no tenía nada de especial. No le gustaba demasiado la mesa alargada que ocupaba el centro. Era basta y estaba manchada. Las cacerolas seguían colgando de ganchos puestos en el techo cerca de la cocina, y una alfombra vieja y hecha a mano cubría el centro del suelo. La ventana sobre el fregadero daba al este, la puerta de la cocina daba al huerto y las ventanas del oeste proporcionaban su vista favorita: el granero, las construcciones más allá del jardín y la puesta de sol.

—Entiendo por qué te gusta tanto —le sonrió Elizabeth, y supo

entonces que no podía resistir más.

—Beth —dijo, y su voz sonó extrañamente ahogada. Estaba lo bastante cerca como para tocarla, pero no lo hizo. No habría podido soportar que lo rechazara, que le partiese el corazón en aquella habitación, en lo que pronto iba a ser su hogar.

—Jake —dijo ella, con una nota cálida. No se movió, sino que se quedó donde estaba, mirándolo con una pregunta en los ojos.

Jake recordó que era exactamente así como lo había mirado hacía tanto tiempo mientras la tormenta rugía fuera. Entonces, se había acercado a ella desde atrás y había rozado sus hombros. Al darse la vuelta, él había tomado su cara entre las manos y la había besado. Entonces, lo había mirado con el mismo semblante, como si quisiera preguntar: «¿quién eres y por qué me haces esto?»

En esos momentos, no tocó su rostro, para lo cual necesitó controlarse más de lo que había tenido que hacerlo nunca.

—Beth, cariño, ¿es que necesitamos una tormenta?

Ella negó con la cabeza.

—No.

—¿No, no vas a besarme, o no, no necesitamos una tormenta para estar juntos? —ella fue a responder, y como él presintió su negativa, se lo impidió—. No, no digas nada. No estoy seguro de poder asimilar más rechazos.

Ella sonrió ante aquel intento de aligerar la situación y miró en torno suyo en busca de *Pookie*. El animal se había acurrucado en un rincón, sobre un montón de toallas de baño.

—¿Me enseñas el resto de la casa?

—Claro.

Dejaron al perro roncando tranquilamente en la cocina mientras subían a la planta de arriba y Jake le enseñaba tres dormitorios, con sus camas de hierro, sus colchones hundidos cubiertos por viejos edredones y sus armarios de pintura desportillada.

—Supongo que debería empezar a comprar muebles nuevos —

dijo, abriendo una ventana para que se renovara el aire estancado del segundo piso.

—Te vendrían bien colchones nuevos, pero el resto es perfecto.

—Voy a lijar y barnizar el suelo.

—Entonces lo único que necesitarás serán unas cuantas alfombras —dijo ella, mientras le ayudaba a abrir las ventanas del dormitorio principal, el que ocuparía Jake cuando se mudase. Tenía su propia entrada al baño y uno de los anteriores propietarios había construido un armario empotrado y varias estanterías en la pared orientada al oeste. Había guardado la mayor parte de las cosas de su madre en un baúl de madera de cedro colocado al pie de la cama—. Que hagan juego con los edredones.

Jake miró el edredón a cuadros azules que cubría la cama de matrimonio, pero enseguida llegó a la conclusión de que mejor no volver a mirar una cama.

—Los que hay puestos no son de los que yo te hablaba. Los mejores están en el baúl.

—¿Puedo verlos?

—Sí, claro.

Levantó la tapa y Elizabeth se acercó. La fragancia del cedro y el olor algo húmedo de las ropas almacenadas durante largo tiempo emanó del interior.

Elizabeth se arrodilló delante del baúl y sacó un bulto envuelto en papel de seda.

—Cualquiera diría que estamos en Navidad —dijo, mirándolo casi a hurtadillas antes de quitar el papel. El edredón estaba hecho de pequeñas tiras de tela en varias tonalidades de marrón y crema formando cuadros—. Tu madre hizo un trabajo precioso.

—No fue mi madre —contestó él, sentado en el borde de la cama. ¿Sería así como se comportaba un hombre enamorado—. Fueron mi abuela y sus hermanas. Mi madre decía que era todo lo que tenía de su familia.

Elizabeth lo envolvió de nuevo y lo dejó cuidadosamente en el suelo antes de sacar otro.

— ¿Estás seguro de que no te importa?

Él contestó que no con la cabeza. Quizás estuviese enamorado si le bastaba para ser feliz seguir allí sentado viéndola disfrutar con su vieja ropa de cama. Si aquello era lo que el amor podía hacer con un hombre, quizás lo mejor fuese darle la espalda en aquel mismo instante, antes de que llegase a cometer alguna locura, se dijo al ver cómo se iluminaba el rostro de Beth al sacar del papel algo amarillo y de aspecto delicado. Tenía que hacer algo, lo que fuera, con tal de salir de aquel estado de agonía que le producía el desearla y no tenerla.

—Creo que es un edredón de cuna —anunció, desplegándolo para enseñárselo.

Jake no había pensado en niños, pero su mención no le hizo desear subirse al caballo y no parar de galopar hasta México.

— ¿Tú quieres tener hijos?

—Claro. Creo que este es uno de los diseños en estrella —dijo, estudiándolo—. Me gustaría tener al menos dos. Y así que Amy fuese la tía sensata y razonable, en lugar de serlo yo.

Podría haber dicho: «cásate conmigo». Podría haber dicho: «olvídate de ser sensata y ven a la cama conmigo». Pero no dijo nada. Se limitó a levantarse de la cama y acercarse a la ventana a contemplar la puesta de sol, como tantas otras veces había hecho. Lo mejor sería admitir de una vez por todas que se había enamorado de ella casi nada más verla. ¿De qué otro modo podía explicar el hecho de que no fuese capaz de dormir? Y cuando lo conseguía, soñaba con la nieve y con hacer el amor... y con una mujer de cabello castaño que se despertaba junto a él por la mañana.

Él no era un hombre impulsivo, pero le costó un enorme esfuerzo guardar silencio. Ella era una mujer educada de Nueva Inglaterra. Tenía dinero, una casa en la playa, independencia y belleza. ¿Qué

podía él ofrecerle a una mujer así?

Se volvió de la ventana y la encontró observándolo.

—Gracias por enseñarme todo esto —dijo ella sonriendo, antes de volver de nuevo la atención al baúl.

—No tiene importancia —fue lo único que se le ocurrió decir, pero nada más hacerlo, salió de la habitación. Necesitaba respirar aire fresco y alejarse de aquella cama. Elizabeth no lo deseaba, e iba a tener que acostumbrarse a ello.

Había pasado por cosas peores, de modo que, cuando Elizabeth se volvió mirándolo sorprendida, le explicó:

—Voy a echarle un vistazo a *Pook*. Cierra el baúl cuando termines.

—Dame un par de minutos más.

—Hemos quedado con todo el mundo para tomar una cerveza en el Last Chance —se quejó Bobby, dando golpecitos con el pie en el suelo de la única tienda de libros de la ciudad.

—Esperarán —le aseguró Amy, preguntándose por qué tendría tanta prisa. Allí estaba ella, responsable ahora de la nutrición y el bienestar de la familia, y él quería alejarla de los libros de recetas tradicionales que la esperaban ocultos entre novelas de misterio y libros de bricolaje—. Quiero encontrar unas cuantas recetas para mañana. Tendremos que pasarnos también por el supermercado para comprar los ingredientes.

—Cariño —dijo él, pasándole un brazo por los hombros—. Olvídate de cocinar. Podemos comprarlo todo hecho. Hay un pollo que está buenísimo y unos platos de...

—De eso nada —hojeó las páginas en las que se daban las recetas de pan que, por cierto, le parecieron bastante sencillas—. Quiero hacerlo todo yo.

—¿Por qué?

Nunca había visto una expresión así en un hombre, y deshaciéndose de su brazo, le entregó el libro.

—Sujétamelo, ¿quieres?

—Amy Lou, cariño, no tienes por qué cocinar —insistió él, sorprendido.

—Necesito cocinar —vio un libro titulado *Cocina de Texas* y lo abrió—. Acabas de contratarme como ama de llaves y pretendo hacer un buen trabajo —le entregó el libro a Bobby y se volvió a la estantería para elegir otro—. Ojalá hubiese seguido los cursos de cocina que se daban en la universidad.

—A mí me bastará con cualquier cosa —declaró él.

—Tú no eres el problema, sino mi tía.

—¿Por qué?

—Pues porque piensa que no puedo ser la esposa de un rancharo —Amy dejó de buscar entre los libros tras escoger un par de ellos más y ponerlos sobre los que Bobby sostenía pacientemente. Todo el mundo esperaba que fallase, que no lo consiguiera, sin darle importancia al hecho de que al menos lo intentara—. Voy a demostrarle que se equivoca. Sé que puedo hacerlo bien.

El joven vaquero la miró frunciendo el ceño y un delgado libro que se titulaba *Un chile caliente como el infierno* cayó al suelo.

—Cariño, no tienes por qué preocuparte de todo esto. Yo te quiero, y tú me quieres. Eso es todo lo que importa.

Amy recogió el libro y no se molestó en ocultar su frustración.

—No lo entiendes, Bobby —dijo, y sacó su la tarjeta de crédito antes de llegar a la caja—. El amor no tiene nada que ver con todo esto.

El amor no tenía nada que ver con aquella noche en Chicago, pero Elizabeth no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido entre ellos. O en lo que podía volver a ocurrir. No supo si sentirse desilusionada o aliviada cuando Jake la dejó sola en la espaciosa habitación. Aquella cama de matrimonio parecía una invitación, sobre todo a aquella hora del atardecer. Sobre todo estando los dos solos.

Era especialmente difícil resistirse al saber ya cómo era tenerlo

dentro, hacer el amor con él varias veces durante una noche larga y memorable. Se sentó con las piernas cruzadas con un exquisito edredón nupcial olvidado en el regazo. «¿Necesitamos una tormenta?», había preguntado él un momento antes.

Claro que no. Lo único que necesitaban era pasar varios segundos a solas. Ella no había contestado por temor a hacer el amor con él allí mismo, en el suelo de la cocina. Y ella estaba en Texas para cuidar de Amy. Estaba allí para preparar una boda que esperaba que no llegase a celebrarse. Y estaba en el que iba a ser el dormitorio de Jake no porque le encantasen aquellos edredones, sino porque no había tenido la cabeza suficiente para quedarse en casa y dedicarse a los preparativos para el cuatro de julio.

¿Y por qué? Porque no había sido capaz de resistirse al encanto de estar con él. Ni de recordar aquella noche del invierno anterior.

Jake la había besado tomando su cara entre las manos, Y ella lo había besado a él sabiendo que no habría posibilidad de dar marcha atrás. La tensión sexual había ido creciendo mientras hablaban y reían en la intimidad de la habitación. No había querido pedirle que se marchara.

Y tampoco sabía cómo pedirle que se quedara. Nunca había hecho el amor con un extraño. Sus limitadas experiencias sexuales se habían limitado a un novio de la universidad y a una relación breve con un compañero de trabajo, pero nada como aquello. Nada como aquella combinación de pasión, necesidad y confianza que la había empujado a abrazarse a él y seguir besándolo hasta que ninguno de los dos pudo seguir de pie.

Habían conseguido desprenderse de la ropa sin saber cómo, y se tropezó con una de sus botas. Él, riendo, la tomó en brazos y la llevó a la cama para luego darle un suave masaje en el pie dolorido.

— ¿Mejor? — le preguntó, sonriendo.

Incapaz de hablar, ella se limitó a asentir y a abrir la cama. Él apagó la

luz de la mesilla para dejar la habitación sumida en la penumbra antes de unirse a ella bajo las sábanas. Por primera vez en su vida, Elizabeth tuvo la sensación de estar en el sitio adecuado en el momento adecuado, por mucho que pudiera parecer una locura.

—No sé si esta tormenta nos habrá vuelto locos —susurró, tumbándose de lado para quedar frente a él. Aquel vaquero era un hombre muy masculino, de hombros anchos y pecho duro como la roca. Estaba apoyado en un codo y se sujetaba la cabeza en una mano mientras con la otra acariciaba despacio su brazo, la curva de su cintura primero, la de la cadera después.

—Seguro que sí —contestó él—. Aunque he vivido otras tormentas antes y nunca he hecho nada así.

—Para mí las tormentas suelen significar un día sin clase —acertó a decir, a pesar de que su mano había bajado hasta la curva de sus nalgas para volver a ascender después.

—¿Y qué haces en esas ocasiones?

Llegó con la mano a su pecho y acarició su pezón con la delicadeza que tendría una pluma.

—Suelo... —murmuró cuando su boca ocupó el lugar de la mano—... corregir —añadió casi sin voz y antes de empujarlo hacia ella por la espalda.

Él se tomó su tiempo con sus pechos, luego con su cuello, su abdomen, por el que deslizó sus manos duras y callosas hasta que descendió entre sus piernas y la encontró húmeda y esperándolo. Quería sentirlo dentro y no sabía si iba a poder esperar mucho más; y así se lo dijo.

La dejó sola un instante y, cuando volvió, se dio cuenta de que llevaba la protección que ella había olvidado como una tonta.

—Gracias —susurró cuando se colocaba ya sobre ella.

Eso le hizo sonreír.

—Las mujeres del este sois muy educadas.

Y eso la hizo enrojecer.

Jake se colocó entre sus piernas, pero dijo aún:

—No quiero meterte prisa —dijo, como si tuviese que explicarse.

—No lo estás haciendo.

Más bien al contrario. Si no la tomaba pronto, iba a romperse en mil pedazos con que tan solo la rozara. Su vaquero se acercó más y la besó de tal modo en la boca que el deseo hirvió dentro de ella. Y siguió besándola mientras la penetraba, mientras ella se acostumbraba a tenerlo dentro, mientras se movía dentro y fuera, lentamente, tentadoramente. No podría decir cuánto tiempo estuvo así, besándola como si no quisiera separarse nunca de sus labios, porque seguía besándola cuando alcanzó el orgasmo, cuando sus gemidos se ahogaron en su boca, aferrada como estaba a su cuello. Su movimiento se hizo más rápido, más profundo si es que era posible, hasta que por fin apartó su boca y con la cara hundida en su hombro, tembló violentamente.

Elizabeth, hundida en el colchón, abrazada por aquel hombre magnífico, rezó por que la tormenta no terminase nunca.

—El perro se ha dormido —anunció Jake desde la puerta. No iba a volver a entrar en ese dormitorio mientras ella siguiese allí, sentada junto a la cama, rodeada de edredones y con expresión pensativa—. Tengo una idea... —pero dejó de hablar cuando ella lo miró. Habría jurado que parecía culpable por algo—. ¿Qué pasa?

—Nada —contestó, y bajó la mirada para empezar a doblar el edredón—. Enseguida acabo.

Jake se quedó en la puerta.

—He tenido una idea —repitió, reparando en que ella tenía las mejillas arreboladas. Las mujeres del norte no estaban acostumbradas al clima de Texas. No debería haberla dejado en aquel

dormitorio del segundo piso sin tan siquiera un ventilador que moviese el aire.

—¿Qué idea?

—Elige uno de esos edredones para Bobby y tu sobrina. Se lo daré como regalo de bodas, si crees que a Amy Lou va a gustarle.

Ella no lo miró.

—Es una idea preciosa. Si es que hay boda.

—¿Sí?

Pasó por alto su segundo comentario.

—Sí.

Demonios... tenía que salir de aquella habitación. En menos de cuatro pasos estuvo a su lado, le quitó el edredón del regazo y le ofreció la mano para que se levantara. Tocarla fue un error, pero Jake sabía que tenía que sacarla de aquella habitación y de aquella casa antes de que perdiera por completo el control.

—Venga —le dijo—. Vámonos al centro a ver si nos tomamos algo fresco para... —y la tomó en sus brazos y la besó como si ella hubiera estado pensando lo mismo que él: sexo puro, cuerpos desnudos y todo el tiempo del mundo para disfrutarlo.

—Creo que no necesitamos tormentas —susurró ella.

—No, cariño —contestó él, tumbándola sobre la cama para seguirla después mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos—. De hecho, hace más calor aquí que en el infierno. ¿Por qué has cambiado de opinión?

—Porque tengo buena memoria —confesó.

—Sí. Yo también.

—Nos vamos a meter en un lío.

—¿Qué lío?

—No estoy segura —contestó, y con un suspiro, empezó a desabrocharle la camisa. Tardó una eternidad en hacerlo, pero Jake pensó que merecía la pena por sentir el roce de sus dedos en el pecho. Había esperado mucho tiempo para que volviera a tocarlo—.

Pero nos vamos a meter en un lío.

Él se incorporó para quitarse la camisa y dejarla caer al suelo.

—Cariño, el único problema que tenemos ahora mismo es cómo quitarnos la ropa lo bastante rápidamente.

—¿Tú crees? —preguntó ella, desabrochándole el cinturón.

—Desde luego.

Y resultó serlo, teniendo en cuenta que ambos querían desnudar al otro y que el deseo era tan desesperado que apenas les dio tiempo a quitarse los zapatos. Jake cayó de espaldas sobre el colchón después de quitarse las botas y Elizabeth le sorprendió subiéndose sobre él. Una piel como de satén resbalaba sobre sus muslos y su pecho, sobre el pene en erección que ella tomó con la mano y guió en su interior. Estaba tensa y húmeda, y no podía creerse que estuviera sobre él, besándolo mientras movía las caderas para tenerlo lo más dentro posible.

Al final aquel estaba siendo el mejor comienzo posible para aquella noche.

Capítulo diez

—Por mucho que me lo pidas, no puedo hacerlo una tercera vez.

Ella abrió los ojos y supo que la energía que le quedaba solo daría de sí para quedarse tumbada en aquella cama. Hacer el amor con Jake había sido como un tornado, tan apasionado como lo recordaba. Incluso mejor.

Jake la besó en el hombro y sonrió.

—Cariño, si pretendes una tercera vez antes de que el sol se ponga, estás en la cama con el hombre equivocado —Jake deslizó una mano por su cuerpo—. Claro que, si pasamos la noche aquí, podríamos ver qué ocurre.

Elizabeth se acercó a él, a pesar del calor reinante en la habitación.

—Tenemos que volver. Amy estará ya preguntándose dónde estamos.

—Lo dudo. Deben de estar con los amigos de Bobby en el Last Chance, o tal vez en el rancho de los Wynette. Bobby nunca se ha acostado pronto. Ni siquiera tu perro tiene prisa por volver a casa.

—¿Está bien?

Jake había llevado a *Pookie* y su cama al dormitorio hacía ya rato, entre la primera y la segunda vez en que habían hecho el amor; Elizabeth estaba preocupada porque estuviera solo. Le sorprendió que Jake entendiera su preocupación, pero en realidad no debería sorprenderle. Su trabajo era precisamente cuidar de los animales.

—Está roncando —Jake la acurrucó en sus brazos y ella le dejó hacer—. Escucha.

Sus ronquidos satisfechos llegaban desde el rincón.

—Sí, es él. Siempre respira así.

—Duermes con él, ¿verdad?

—No te lo pienso decir.

—Da igual, porque no me importa reemplazar a un perro.

Ella lo besó en la barbilla.

—¿Quién te ha dicho que lo estés reemplazando?

—Cariño, en esta cama solo cabemos los dos, ¿o es que no te has dado cuenta?

Elizabeth se acurrucó y cerró los ojos.

—Claro que me he dado cuenta —murmuró, adormilada—. Despiértame cuando sea hora de volver a casa, ¿de acuerdo?

Creyó oírle decir: «estamos en casa, cariño», pero no podía estar segura. No cuando todo lo que deseaba era quedarse en aquella cama y dormir junto a él.

Jake se quedó despierto. No podía quitarse de encima la preocupación por que aquello no volviera a repetirse. Si cerraba los ojos, tal vez ella desapareciera como había hecho la última vez. Su hermoso cuerpo estaba pegado a su costado, la cabeza en el hombro, dormida.

Se iba a quedar para la boda. Quizás. No, seguro. Quería a su sobrina y querría estar a su lado cuando se casara. Él también iba a disfrutar con la boda, porque significaría que por fin quienes habían cuidado a aquellos dos muchachos iban a poder cuidar de sí mismos.

Elizabeth pensaba que nada podía sorprenderla después de haberse pasado la tarde en la cama de Jake, pero ver a Amy sentada en la cama leyendo un libro de cocina fue algo que la dejó parada en seco. Dejó a *Pookie* en el suelo del recibidor, dentro de su cama, y volvió a la puerta del dormitorio de su sobrina.

—Hola, tía —la saludó Amy, recostada contra un montón de almohadas—. Te estaba esperando.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Dónde has estado? —miró el despertador—. Son casi las

doce.

A Elizabeth no se le ocurrió absolutamente nada que decir así que confió en no parecer demasiado culpable... o demasiado satisfecha. Entonces reparó en un montón de libros apilados junto a la cama.

— ¿Estás planeando la comida de mañana?

Amy suspiró.

— Al menos lo intento. Tengo que confeccionar una lista y después del desayuno, Bobby me va a llevar a hacer la compra.

— Puede que lo de hacerte cargo del trabajo de la casa no haya sido buena idea — dijo, sentándose en el borde de la cama—. No tienes demasiada experiencia en la cocina.

— Hasta ahora no había tenido ninguna razón para adquirirla — dijo, y le enseñó el libro abierto que estaba leyendo. En él se veía la fotografía de unas tortitas de arándanos junto a unos huevos revueltos—. ¿Crees que a Bobby le gustaría esto para desayunar?

— ¿Y a quién no?

— Bien — colocó un trozo de papel entre las páginas para marcar el lugar y dejó el libro en el suelo—. Tendré que levantarme pronto.

— Ya.

¿Cómo iba a hacerse cargo de una casa su sobrina, una chiquilla tan mimada y joven? Iba a recibir una buena lección cuando se diera cuenta de que el matrimonio era algo más que montar en un tándem a la puesta del sol.

— Buenas noches.

— Buenas noches, tía. Gracias por ayudarme con la boda.

Elizabeth dudó.

— Bobby parece un buen chico.

— ¿Pero?

— Pero nada. Si lo que quieres es casarte, eso es lo que debes hacer.

— ¿De verdad? — preguntó mirándola con una desconfianza que a su tía la hizo sonreír—. ¿Ya no vas a oponerte a la boda?

—Si es lo que quieres, no. Y además, creo que es la novia quien debe planear su propia boda.

—Con la ayuda de su madre. O de su tía.

—Yo te ayudaré —concedió—, pero las decisiones tendrás que tomarlas tú —y quizás así se diera cuenta de que lo de casarse era algo serio—. Además, Amy, ¿por qué tanta prisa?

Amy enrojeció.

—Bueno, es que todavía no... no hemos hecho el amor.

—Ah.

Menos mal. Alguien que aún conservaba la cabeza fría, se dijo al recordar las horas que había pasado con Jake.

—Y los dos estamos cansados de esperar —añadió—. Cuanto antes nos casemos, mejor.

—Entiendo.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio? ¿Tú también estás cansada de estar sola todo el tiempo?

—¿Qué quieres decir?

—Que si tú no quieres tener también una familia. Y no me refiero a niños, porque yo pienso esperar mucho tiempo antes de ser madre, pero, ¿es que no quieres tú tener una vida propia?

—Yo creía que la tenía.

—Las dos estamos solas. Todos los demás han muerto, así que aquí estamos.

—En Texas —añadió Elizabeth, deseando poder salir corriendo a su habitación en aquel mismo momento. No quería hablar sobre lo de tener una familia, o vivir con alguien. Estar sola era... más fácil.

—Ya sabes a qué me refiero.

Elizabeth retrocedió un par de pasos.

—Por supuesto. Podemos seguir hablando mañana por la ma...

—Puede que a mí me guste tan poco como a ti estar sola.

Elizabeth intentó no pensar en el dolor que aquel comentario le producía.

—¿Quieres al vaquero, o querrías casarte con cualquiera?

Era una pregunta lógica, teniendo en cuenta la propensión de Amy al comportamiento impetuoso.

—Me gusta. Mucho.

—¿Pero lo quieres?

Amy asintió.

—Eso creo. ¿Qué pasa contigo y con Jake?

—¿Qué pasa de qué?

Estaba casi en la puerta, a punto de recoger a *Pookie* y escapar.

—He visto cómo te mira —Amy dijo.

—¿Qué quieres decir?

Amy la miró con disgusto.

—No me digas que no te has dado cuenta.

—Es un hombre muy atractivo —admitió Elizabeth, pidiéndole al cielo que Amy no se diera cuenta de que estaba enrojeciendo.

—Y no lo has besado, ¿recuerdas?

Lo recordaba. Vaya si lo recordaba. Se encaminó hacia la puerta, pero pudo salir sin oír la siguiente pregunta de su sobrina.

—¿Estás enamorada de él?

—Por supuesto que no.

Lo cual, si se paraba a pensarlo, no era del todo cierto. Aún no podía saber si lo que habían experimentado era lujuria, capricho o amor, pero desde luego no era la clase de emoción que conducía a dos personas a pasar el resto de su vida juntos.

—Ten, tía.

Amy le lanzó un libro de cocina, que Elizabeth recogió antes de que cayese al suelo.

—*Barbacoa: cómo llegar al corazón de un tejano* —leyó Elizabeth en voz alta—. ¿Para qué me das esto?

—Por si lo necesitas.

Elizabeth cerró la puerta, riéndose. Recogió a *Pookie* con su cama y no se dio cuenta hasta que no estuvo en su habitación de que se

había quedado con el libro en la mano. Dejó perro y libro en su cama, tan grande y tan vacía, antes de ponerse el camisón. Se había pasado varias horas haciendo el amor y durmiendo con un hombre al que apenas conocía, y sin embargo, si alguien volviese a preguntarle si estaba enamorada, contestaría que sí.

Aun no estando segura de lo que significaba estar enamorada. Sabía de los enamoramientos del instituto, de las citas de la universidad e incluso de un hombre maduro que la miraba como si fuese la mujer más hermosa que había visto nunca, hasta que empezó a salir de nuevo con su ex mujer.

Puso en marcha el aire acondicionado, extendió su edredón de flores sobre la cama, colocó a *Pookie* para que no se metiera bajo las sábanas, al menos durante un rato, y dejó el libro de cocina en la mesilla.

E intentó no soñar con el hombre con el que acababa de hacer el amor.

Jake llegó tarde al rancho. Entre las noches sin dormir y el encuentro con Elizabeth, se había quedado dormido como un tronco hasta las seis y media. Ni siquiera había oído sonar el despertador a las cinco.

No quedaba café en el barracón, así que puso la cafetera y tomó dos tazas mientras decidía si ir o no a la casa principal y verla antes de empezar a trabajar.

Bien pensado, también podía tomarse el día libre y que Bobby se encargase del envío de ganado y de la reunión con el contable a las once. También podía aprovechar y pintar su casa por dentro para que pareciese algo más un hogar. La noche anterior, no podía habérselo parecido así a Elizabeth, aunque tampoco parecía haberle importado demasiado.

Shorty entró en la cocina del barracón y se sirvió una taza de café.

—Hoy se te ha hecho tarde.

—Sí —dijo Jake tras el último trago—. La primera vez desde hace

años.

—¿Vas a alguna parte?

—¿Por qué?

—He supuesto que tendría que volver a cuidar del chucho ese de la señora Comstock —Shorty se sentó en una vieja mecedora—. Nunca había visto un animal así en mi vida, excepto en la televisión.

—Yo tampoco.

—Supongo que se marcharán después de la boda, ¿no?

—Supongo.

No si estuviera en sus manos. Lo mejor sería averiguar si Elizabeth estaba despierta o si había desaparecido. De pronto, se sentía mal, con el estómago revuelto.

—La novia de Bobby ha hecho bizcochos —dijo Shorty—. Mejor que te vayas para allá antes de que se los coman todas.

—¿Bizcochos?

—Bueno, algo así. No me acuerdo de cómo las llamó ella —Shorty abrió el periódico por la sección de deportes—. Tengo ese motor engrasado y cargado ya en el tractor. ¿Quieres que se lo lleve a Dusty a las fincas del norte?

—Sí —contestó, aunque no tenía el pensamiento puesto en tractores ni en el trabajo. Había hecho el amor con Elizabeth, y desde entonces, su vida había cambiado de algún modo.

¿Significaría eso que estaba enamorado?

Solo con pensarlo debería estar asustado, pero, por alguna extraña razón, quizás por haber tomado demasiado café demasiado rápido, solo le hizo caminar más rápido.

Llegó a la casa principal en tiempo récord.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó Bobby, abriendo la puerta de la cocina—. Casi arrollas a *Gus*.

—Ese perro tuyo no debería quedarse en las escaleras —protestó, agachándose para acariciar al animal a modo de disculpa antes de entrar.

—Quédate ahí, *Gus* —le ordenó Bobby—. Ahora te saco algo — bajó la voz para que solo pudiera oírle Jake—. Cómete solo las tortitas.

—¿Tortitas? —repitió Jake, que por la sorpresa elevó la voz.

—No quedan muchas —dijo Amy, que le había oído. Las encimeras estaban llenas de accesorios de cocina, el olor a algo quemado impregnaba el aire y Amy estaba cubierta de harina de la cabeza a los pies. No parecía darse cuenta de que daba la impresión de que la cocina hubiese explotado—. Pero aún quedan galletas, si quieres.

Jake miró hacia la mesa y vio exactamente a quien necesitaba ver. De pronto, la mañana le pareció más brillante, sobre todo cuando Elizabeth respondió a su sonrisa de alivio con un leve asentimiento.

—Tomaré solo una tortita, gracias. Ya he desayunado.

—Muy listo —le susurró Elizabeth cuando se acercó a la mesa. Amy había puesto un mantel floreado y un pequeño jarrón con flores sobre la mesa.

—Siéntate —le dijo Amy—. Yo te la traeré.

—No tienes que servirme —dijo Jake, mientras intentaba sacar una silla que había junto a Elizabeth sin que se enganchara en el mantel.

—Es mi trabajo —replicó Amy, poniéndole delante una taza de café y una tortita.

—Amy lleva levantada desde las cinco —le dijo Elizabeth.

—¿Y tú? —preguntó Jake, cuando lo que en realidad deseaba era acercarse y besarla solo para asegurarse de que seguía siendo suya. Solo para estar seguro de que recordaba la noche anterior.

—Yo me he levantado tarde —admitió.

—Prueba la tortita —dijo Bobby, sentándose a la mesa—. Están buenísimas.

—De acuerdo.

Jake se la llevó a los labios y le dio un mordisco. Estaba buena, sí,

pero le habría dado igual comer serrín con tal de que Elizabeth estuviera sentada en la misma habitación. Se llevó la taza de café a los labios. Ojalá no pareciese un idiota enamorado.

Al fin y al cabo, todo hombre tenía su orgullo.

—Yo recojo —se ofreció Elizabeth, abriendo el grifo del fregadero mientras Amy apilaba los platos sucios. Los hombres habían salido para distribuirse el trabajo del día: presupuestos, cercas, ganado y caballo.

Ella nunca iba a ser una gran amazona, se dijo Amy. Pensar en tener que montar durante más de un kilómetro le provocaba un dolor agudo en los músculos, y el sol le producía dolor de cabeza, por ancha que fuese el ala del sombrero.

—No. Es mi trabajo.

—No puedo quedarme sentada viéndote trabajar —dijo Elizabeth—. Además, fui yo quien hizo que la señora Martin se despidiera. Si tú quieres cocinar, bien, pero déjame ayudarte a fregar, ¿de acuerdo?

—¿Estás segura?

Amy quería demostrar que podía hacerlo todo sola, pero detestaba fregar, sobre todo las sartenes.

—Sí. Tú recoge la mesa y ponte con los planes de tu boda.

—Bobby me ha dicho que me iba a llevar a la ciudad para organizar lo de la comida y todo eso. Y necesito ir a la compra. Tampoco he podido encontrar vainilla en el armario. La señora Martin usaba un sucedáneo y yo...

—Amy —la interrumpió su tía—. Vete.

Aún dudó.

—¿Por qué has cambiado de opinión, tía?

Elizabeth se encogió de hombros.

—Creía que esto de casarte no era más que otra de tus locuras, pero ahora he visto lo feliz que eres. Y lo mucho que Bobby te quiere.

Y era feliz, sobre todo teniendo un montón de libros de cocina que leer y de recetas que probar.

—¿De verdad te han gustado las tortitas? —preguntó Amy.

—Las mejores que he probado nunca —le aseguró su tía—. Ahora, ve a vestirte. Tienes mucho que hacer, si te vas a casar dentro de una semana.

—Creo que voy a hacer yo misma el pastel de la boda —declaró ya desde la puerta—. He visto un libro de repostería magnífico, y sé que puedo hacer unas flores de azúcar que sean iguales que las de mi ramo de novia.

—¿Ah, sí? —preguntó Elizabeth, incrédula.

—Por supuesto.

Nadie le había dicho nunca que cocinar fuese tan divertido. Ni tan excitante.

Jake volvió a la cocina y se encontró con que Elizabeth estaba delante del fregadero, con los brazos hasta el codo metidos en agua jabonosa y cantando, algo desafinada, una canción que sonaba en la radio. Se tomó unos segundos para admirar la curva de su trasero con aquellos pantalones cortos antes de acercarse y rodearla por la cintura. Ella dio un respingo y se volvió.

—Me has asustado —dijo, sonriendo.

—No sabía que te gustase la música *country* —dijo, y la besó en la mejilla antes de bajar un poco el volumen.

—Es cosa de Amy. Dice que le gusta escuchar música mientras cocina —contestó mientras se secaba las manos en un trapo.

—Pareces un ama de casa.

—¿Te sorprende? ¿Es que no pensabas que una profesora de Matemáticas pudiese fregar los platos?

—Supongo que lo que pasa es que hay chas cosas que no sé de ti —contestó, quitándole el trapo de las manos para abrazarla—. ¿Qué te parece si nos tomásemos el día para conocernos mejor?

Elizabeth sonrió.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que salgamos de aquí, para empezar.

—Tenemos una boda que preparar —le recordó—. No estoy segura de que Amy y Bobby consigan tenerlo todo listo si no les echamos una mano.

—Amy y Bobby pueden cuidarse solos. Deberías repetírtelo por lo menos una vez cada hora.

—Tienes razón —suspiró—. No sé lo que me pasa cuando estoy contigo —dijo, besándolo en los labios—, pero es una locura.

—Una locura maravillosa —contestó él, antes de besarla durante un buen rato.

—No me puedo creer que estés aquí esta noche —bromeó Shorty y echó un trago de cerveza.

Bobby se sentó.

—Y yo no puedo creer que estés jugando al póquer con un perro sobre las piernas.

—Es que le gusta estar con la gente —contestó Bobby, acariciándole la cabeza al Shih Tzu.

—*Gus* se queda a mi lado, pero en el suelo.

—No tienes por qué pagar tu mal humor con el pobre perro —declaró, pero dejó de acariciar a *Pookie* y tomó sus cartas—. ¿Seguro que no juegas, Jake?

—Esta noche, no —había pasado por el barracón para dejar a *Pookie* con Shorty, ya que iba a invitar a Elizabeth a cenar. Lo que le sorprendió fue encontrarse a Bobby en la partida—. ¿Qué haces aquí, muchacho?

—Amy Lou está practicando repostería —dijo, mirando sus cartas—. Ha inventado un postre nuevo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Algo con chocolate y crema batida.

Roy levantó la mirada de sus cartas con el ceño fruncido.

—¿Estamos jugando al póquer o intercambiando recetas?

Bobby sonrió.

—Te voy a sacar hasta el último céntimo, viejo —dijo Bobby,

sonriendo—. ¿Es que tienes prisa porque te desplume?

—Menos lobos —bromeó Roy, y echó una ficha al montón—. Dame dos —dijo, y Dusty se las repartió.

—Amy Lou ha dicho que nos va a traer a probar el postre nuevo dentro de un rato —Bobby miró a su alrededor—. Si queréis, claro.

—Desde luego —contestó Shorty—. Y que se lleve al chucho con ella.

Jake tuvo que sonreír. El viejo se estaba encariñando con el perro, y al parecer el animal también con él. Elizabeth no lo sabía, pero a su pequeño Shih Tzu le estaba gustando Texas tanto como a su sobrina y a ella.

Capítulo once

Encontró la lista mientras recogía su ropa en el suelo de la habitación.

—Bingo, subasta, tiendas, exposición de edredones, antigüedades, té, canasta —leyó, y miró por encima del hombro a Jake, que se estaba poniendo los vaqueros. Era demasiado guapo, demasiado sexy para su tranquilidad de espíritu. El deseo de volver a tumbarlo en la cama era casi irresistible, pero sabía que no les quedaba mucho tiempo antes de que llegase la hora de volver al rancho.

—¿Qué es esto?

—La lista de cosas para hacer con la tía.

—¿Ah, sí? Pues no las hemos hecho todas.

—Sí, ya sé que lo del sexo no estaba en la lista —se sentó en la cama para ponerse las botas y le sonrió—. Al menos, no antes de que te viera al lado del coche nada más llegar.

—Tampoco lo estaba pintar el salón —dijo—, y también nos ha quedado muy bien.

—No me lo recuerdes. Yo no te había traído aquí para hacerte trabajar.

—Me gusta pintar —aún tenía salpicaduras de pintura blanca en los brazos—. Y me gusta tu casa —se acercó a él con la lista en la mano—. ¿De verdad ibas a llevarme a jugar al bingo?

—No. Iba a pagar a la señora Martin para que lo hiciera.

Estiró el brazo y ella acudió.

—Creo que esto me gusta más que el bingo —dijo, cerca de sus labios—. Y tú me gustas más que la señora Martin.

—Tú también me gustas más a mí que la señora Martin —dijo

Jake sonriendo, antes de besarla en los labios.

Más tarde, mientras volvían al rancho en la vieja camioneta de Jake, Elizabeth se colocó las gafas de sol y contempló el paisaje. ¿Tan fácil sería enamorarse? Y si lo era, ¿por qué no se había enamorado antes? Otros hombres habían pasado por su vida. Se volvió a mirar a Jake, tan masculino, escuchando a Willie Nelson en el casete. No tenían nada en común. Vivían en distintos lugares. Solo hacía unos días que se conocían, a menos que contase lo de febrero, y las extrañas circunstancias que los habían empujado a intimar entonces, junto con las que habían vuelto a unirlos ahora, le hizo preguntarse si el destino no estaría intentando decirle algo.

Había pintado las paredes de su casa y le había prometido que iría con él para ayudarlo a elegir las alfombras. Era la primera vez en su vida que se sentía segura, como si él fuese una persona en la que poder apoyarse cuando las cosas fuesen mal. Jake era la clase de hombre de la que se podía depender en cualquier cosa.

Pero ninguno de ellos quería hablar de lo que iba a ocurrir después de la boda.

—Esta ha sido la mejor semana de mi vida —declaró Amy. Colocó la masa en pequeños moldes y los colocó en dos filas sobre la encimera—. Nunca habría podido creer que fuese capaz de hacer algo así.

Elizabeth tomó una pasta de las que habían sobrado del desayuno y la untó de mantequilla antes de sentarse a la mesa de la cocina.

—¿De verdad?

Amy se había echado a llorar el martes por la noche al quemar la lasaña que tan cuidadosamente había preparado, y Bobby salió corriendo a la ciudad a comprar unas pizzas. La noche pasada no había ido mucho mejor, ya que había intentado experimentar con un asado de cerdo con manzanas. Desgraciadamente, se olvidó de

encender el horno, así que Jake preparó un poco de carne en la barbacoa y Elizabeth unas ensaladas.

—Sí. Nunca se me habría ocurrido pensar que cocinar pudiera ser tan divertido.

Los postres de Amy habían sido lo mejor de sus experimentos.

—La verdad es que tienes un don para la repostería. Estoy impresionada.

Su sobrina se volvió con una deslumbrante sonrisa.

—¿De verdad?

—Claro que de verdad —las tortitas de arándanos eran las mejores que había probado en su vida—. ¿Sabías que mi abuela, es decir, la abuela de tu padre, trabajó durante años en una pastelería? Puede que hayas heredado su talento.

—¿Cómo se llamaba?

—Evelyn. Es quien me dejó la casa de la playa. Debían gustarle mucho los cuencos, porque la cocina está llena de ellos.

—¿Ah, sí?

—Sí. Te los enviaré cuando vuelva —le prometió, y de pronto sintió un extraño malestar en el estómago. No debería haberse comido la segunda pasta.

—Una pastelería —musitó Amy—. ¿Dónde estaba?

—En Providence, me parece —se secó las manos—. Tenemos que ir a comprar el vestido de novia, Amy. Se está agotando el tiempo.

—¿Sabes cómo se llamaba?

—¿El qué?

—La pastelería.

—No —se levantó para ver cómo Amy llenaba las delicadas tartaletas con albaricoque—. Podríamos ir mañana a Marysville. Es una ciudad grande y debe de tener tiendas especializadas.

—Sí —contestó Amy, pero Elizabeth sabía que no le estaba prestando atención. La historia de la boda estaba empezando a ser más pesada que empujar una bola de nieve cuesta arriba.

—¿Bobby está ya preparado?

—¿Para qué?

Elizabeth hizo acopio de paciencia.

—Para la boda.

Amy se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—¿Habéis elegido los anillos?

—Le he dicho que lo que elija él me parecerá bien. Tía, ¿tú sabes cocinar pechugas de pollo?

—Sí —y aquel debía ser el final de lo relacionado con la boda—. ¿Es eso lo que quieres preparar para la cena?

—Sí. Y estas tartaletas, si salen bien.

A Elizabeth no le cabía la menor duda de que iban a estar deliciosas. A aquel paso, iba a ganar tres kilos antes de que Amy diera el sí.

—Entonces, quedamos para mañana, ¿no? He preparado una lista de lo que falta por hacer. Hablaremos de ello durante el viaje. Podríamos aprovechar para ir a la floristería y que eligieras lo que quieres.

—Sí —Amy abrió otro libro de cocina por una página marcada—. Me apetece ir a Marysville. Querría comprar una máquina de café.

Elizabeth no supo qué decir. Desde luego, la novia se estaba tomando su arte culinario muy en serio. Incluso demasiado en serio. Quizás lo mejor fuera ir a buscar a *Pookie* y a Jake. Quizás él pudiera tranquilizarla diciéndole que todas las mujeres de los rancheros cocinan.

Lo echaba de menos. Llevaba cuatro horas sin verlo.

—¿Por qué dices que estás preocupada?

Jake le dio una palmada en la grupa a la yegua para que se uniera a los demás caballos que pastaban en los pastizales del oeste, luego se echó el sombrero hacia atrás y se secó el sudor de la frente. Elizabeth y el perro estaban frente a él. Ella tan preciosa como

siempre, *Pookie* tan tonto como nunca.

—Por la boda —repitió—. Me parece que Amy está demasiado centrada en la cocina.

Jake no pudo evitar la risa.

—¿Con qué nos va a deleitar esta noche? ¿Beicon crudo y pescado achicharrado?

Ella sonrió.

—Pollo. Y ha terminado unas cuantas tartaletas de albaricoque.

La boca se le hizo agua con tan solo pensarlo.

—Desde luego, tu sobrina sabe hacer dulces como nadie.

—Está obsesionada.

Elizabeth parecía estar hablando tan en serio, que Jake sonrió. La habría abrazado de no estar tan sucio y de no tener ella al perro en los brazos, así que se contentó con besarla.

—No pasa nada por estar obsesionado —dijo, quitándose los guantes de trabajo para poder acariciarla.

—¿No?

—Así me siento yo a veces —murmuró.

—No me distraigas. Estoy preocupada de verdad —dijo, antes de que él volviera a besarla. Elizabeth sabía a arándanos y azúcar, y su primer impulso fue llevársela a casa para pasar allí el resto de la tarde, pero sospechaba que Elizabeth tenía en la cabeza otros pensamientos.

—¿Siguen quedando pastas?

Ella se quedó confusa un instante y luego sonrió.

—Me he comido la última.

—Vaya. Estaban buenísimas —recogió los guantes que había dejado caer al suelo y tomó la mano de Elizabeth para echar a andar

—. ¿Por qué estás preocupada? Amy parece feliz.

—Haciendo dulces. Pero no consigo que haga nada de la boda.

—¿Crees que se va a echar atrás?

Pensarlo le produjo un escalofrío, a pesar del calor. Mientras Amy

permaneciera allí, Elizabeth no se marcharía. Y mientras, él tendría tiempo de decidir qué hacer.

—No sé. Prefiere ir a comprar una cafetera antes que el vestido de novia y no sé, me parece un poco raro, eso es todo —Elizabeth se detuvo y dejó a *Pookie* en el suelo. El pobre la miró como si no pudiese creer que tuviera que andar—. Vamos —le dijo, animándolo a seguirlos.

—Bobby no ha dicho nada —aflojó el paso para que el perro pudiera seguirlos. Le había encontrado preocupado aquellos últimos días, pero lo había achacado a los nervios de la boda—. Pero también es verdad que ha estado muy agobiado con el trabajo. Tiene que aprender muchas cosas antes de hacerse cargo del rancho.

—¿De verdad vas a dejar el Dead Horse?

—Sí —contestó. Qué delicia era tener su mano—. Ya es hora de tener casa propia y familia propia.

La miró esperando su reacción. Era lo más parecido a una proposición que había hecho nunca, y esperó a que dijese algo.

Debían haber recorrido ya unos metros en silencio cuando ella se soltó y subió al perro en brazos.

—¿Adónde vamos?

—Iba a llevarte a ver la casa del capataz. No es mucho, pero hay cerveza y agua en la nevera.

Había vuelto a meter la pata. Tendría que haberle dicho que la deseaba. Tendría que haberle dicho que estaba enamorado de ella. Debería haberle pedido que... ¿que se casara con él?

—No puedo —contestó Elizabeth, retrocediendo un paso—. Le he prometido a Amy que la ayudaría con la cena.

—Entonces, nos veremos más tarde —dijo, con cuidado de que no percibiera su desilusión.

—Claro.

—Beth —dijo antes de que ella se diera la vuelta.

—¿Qué?

—¿Sigues convencida de que esta boda es un error?

—No quiero verlos sufrir.

—Demasiado tarde.

—Sí, lo es —contestó, y su mirada le hizo preguntarse de quiénes estaban hablando. La siguió con la mirada, y no intentó detenerla.

Tal vez tuviera razón. Quería que lo quisiera. Que se quedara. Quería construir una vida y un hogar. Pero alguien iba a sufrir, y apostaría la paga de un año a que iba a ser un vaquero.

—¿Qué tal ese?

Elizabeth le mostró a Amy un vestido de color marfil con tirantes muy finos.

—Es demasiado... no sé —la novia se encogió de hombros el centro del enorme probador—. ¿Demasiado simple? Parece un vestido cualquiera.

—¿Y este? —Elizabeth le enseñó un vestido blanco con rosas bordadas en el cuerpo—. Dijiste que querías flores.

—No está mal —contestó—. Voy a probármelo.

La vendedora asomó la cabeza.

—No olvide que esos vestidos son muestras. Pedimos la talla que necesite y le hacemos los arreglos que haga falta.

—La boda es el lunes —dijo Elizabeth, y vio parpadear varias veces a la mujer.

—¿Qué talla tiene?

—Ocho —contestó Amy.

—Voy a traerle los vestidos de la talla ocho que tenemos para que los vea. ¿Quieren tomar algo fresco?

—Gracias —contestó Elizabeth—. Estamos empezando a saber qué estilo le gusta.

La mujer se rio.

—Es un proceso bastante largo. Casi tan largo como el de encontrar al futuro marido, así que démosle tiempo. Y díganmelo si puedo ayudarlas en algo.

—Gracias —respondió Elizabeth, ayudando a Amy a ponerse el vestido de las rosas color rosa. Le abrochó la cremallera de la espalda y se alejó para mirarla—. Estás arrebatadora —dijo.

La verdad era que todos los vestidos que se había probado le quedaban bien, con aquel pelo dorado y sus ojos tan azules. Era más baja que ella, y con más curvas.

—No está mal —dijo la novia, mirándose en los tres espejos de la sala y levantándose el pelo para ver el efecto del escote.

—Es precioso, y podrías llevar rosas color rosa.

—Las quería amarillas —dijo, pasándose las manos por la falda—. He estado practicando con rosas amarillas para adornar el pastel.

—Veré si tienen algo en amarillo.

—Con unas hombreras más finas —Amy parecía a punto de echarse a llorar al darse la vuelta—. Y una falda que no tenga tanto vuelo. Es que me siento como una idiota.

—Cariño, ¿qué te pasa?

—Ay, tía —gimió, antes de echarse a llorar—. ¡Es que no lo sé!

—Nervios —dijo la vendedora al otro lado de la cortina—. Es muy corriente.

La cortina se entreabrió mínimamente y la mujer alargó un brazo dentro del probador con un buen montón de pañuelos de papel que Elizabeth le entregó a su sobrina. Amy lloró durante unos minutos antes de respirar hondo y limpiarse la nariz.

—Quítate ese vestido —dijo Elizabeth—. Creo que lo mejor será que aceptemos los refrescos.

Amy asintió y se puso la bata rosa de la tienda. El salón era espacioso, amueblado con sillas y mesas de mimbre. Un plato con galletas, té en un termo, una cubitera, copas de cristal y una botella de *whisky* esperaban en un carrito.

—Siéntense —les invitó la dependienta mientras destapaba la botella de *whisky*—. Hay veces en que es la madre la que necesita animarse. ¿Le apetece un *whisky*?

—Yo solo quiero té —dijo Amy, pero Elizabeth pidió un *whisky* con hielo. Quizás fuese el efecto de tanto vestido de novia. Y lo más raro es que ella también tenía ganas de echarse a llorar, aunque no sabía por qué.

—Aquí tiene —dijo la dependienta, sirviendo las bebidas antes de sentarse en un taburete junto a ellas—. A veces resulta muy confuso elegir entre tanto vestido y lo mejor que se puede hacer es tomarse un momento apara relajarse —miró a Elizabeth—. ¿Es usted dama de honor?

—Sí.

—Es mi tía —dijo Amy—. Talla diez.

—Y necesita un vestido —adivinó la dependienta—. ¿Tiene pensado algún color en especial?

Elizabeth miró a su sobrina.

—¿Lo tengo?

Amy dio un sorbo a su té. Parecía estar esforzándose por no romper de nuevo a llorar.

—Cualquier color le quedará bien, siempre y cuando no sea demasiado práctico —se volvió a la dependienta—. Mi tía es muy conservadora.

—No tanto —protestó Elizabeth. No tenía nada que objetar a llevar un vestido despampanante a la boda.

—Tengo el vestido ideal —dijo la dependienta y, tras entregarle el plato de las pastas, fue a otro lado de la tienda. Buscó en un expositor en el que todo tenía colores pasteles hasta que encontró lo que quería —. Este —dijo, mostrándole un vestido de satén en verde—. El tono jade le quedaría precioso con el pelo y los ojos. Además, se lleva mucho este verano y combinaría bien con el amarillo que quiere la novia —miró la etiqueta—. Es una doce, pero esta casa suele hacer tallas pequeñas.

—Pruébatelo, tía.

—De acuerdo.

El color le había encantado, y se trataba de un vestido muy sencillo. Quizás pudiera encontrar uno de aquellos collares victorianos para acompañarlo. Y unas sandalias de tacón.

La dependienta sonrió.

—Se lo dejo en el probador.

Elizabeth aprovechó la oportunidad para preguntar a Amy.

—Por el amor de Dios, Amy, ¿qué te pasa?

—Nada —contestó, sorbiendo por la nariz—. De verdad. Es que... no sé... me siento... tan confusa.

—¿Lo quieres?

Amy se tragó las lágrimas y asintió.

—Creo que sí. Es tan dulce...

—Sí que lo es —corroboró Elizabeth—, pero eso también lo dices de *Pookie* —esperó a que se serenara un poco más antes de preguntarle—: Amy, ¿sigues queriendo casarte?

—Es que... Bobby está siempre ocupado, habla de tener niños y me da mucho miedo montar a caballo... —miró a su tía con sus preciosos ojos azules y respiró hondo—. Bueno, ya está: voy a comprarme un vestido y a casarme —dijo, irguiéndose—. Estoy decidida a crecer y a comportarme como una adulta responsable. Igual que tú.

—Puede que yo sea madura, pero no estoy casada —puntualizó, alcanzando el *whisky*. Quizás otro sorbo la ayudara a enfrentarse a aquella situación. Había intentado con todas sus fuerzas olvidarse del día anterior. Estaba tan enamorada de Jake Johnson que, cuando él le habló de sus deseos de vivir en su propia casa, con su familia, había contenido la respiración esperando... lo imposible.

No habían hablado de amor, ni del futuro. Su atracción se basaba en el sexo, en una reacción química y explosiva. Era una mujer madura, sí, pero había perdido el juicio.

Amy pasó por alto el comentario.

—Lo quiero, y haría cualquier cosa por que fuera feliz.

—Quererlo es una cosa, Amy, y casarse con él, otra.

También ella debería oír su propio consejo, se dijo, apurando la copa. Ojalá aquel vestido verde le quedara bien. Ella también quería darle a su vaquero algo que recordar.

Había sido la semana más extraña de toda su vida. A punto estuvo incluso de decírselo a *Pookie*, que iba cómodamente en sus brazos. Se lo llevaba a Shorty por enésima vez. El perrillo prefería al viejo vaquero a ningún otro. Y Jake iba a disfrutar de aquel domingo por la tarde.

—Demonios —protestó Shorty, quitándole al perro de los brazos—. Este chucho me va a volver a poner perdido el suelo.

—Es que ha pisado un poco de barro de camino aquí. Cuando me he dado cuenta, era ya demasiado tarde —contestó Jake, intentando no sonreír. Shorty fingía incomodarse con las molestias que le causaba el perro, pero todo el mundo sabía que lo iba a echar de menos cuando Elizabeth se marchara.

Si es que se marchaba. Pero claro, para evitarlo tendría que encontrar la forma de que se quedase. Y aunque supiese qué decir y cómo decirlo, no estaba teniendo demasiadas oportunidades de hablar con ella. Casi sospechaba que lo estaba evitando.

—Es que no lo entiendo —masculló Bobby, sentándose a la mesa—. No puedo conseguir que esa mujer me preste atención.

Jake dudó antes de sentarse. Le había prometido a Elizabeth que hablaría con el chico, pero no había tenido tiempo de hacerlo en los últimos días. Y ya solo quedaban dos días para la boda. Dos amigas de Amy iban a llegar al día siguiente.

—¿Te refieres a Amy?

—Sí —suspiró—. Anoche no dejó de llorar mientras leía revistas de cocina.

Shorty, con *Pookie* en los brazos, sacó de la nevera unas cervezas. Dusty entró entonces en la habitación y sacó otra para él antes de sentarse.

—¿Qué pasa? —preguntó, encestando la chapa de la botella.

—Nervios antes de la boda —explicó Jake, confiando en que no hubiera nada más.

—¿Estás teniendo dudas? —preguntó Dusty y dio un trago largo de cerveza antes de mirar a Shorty frunciendo el ceño—. Eres peor que las mujeres con ese chucho.

Pookie estaba sentado en su regazo con la barbilla apoyada en la mesa. Bostezó.

—Es que se ha encariñado conmigo.

Jake miró a Bobby.

—¿Crees que la novia tiene dudas?

—Amy me quiere —declaró, y miró a Dusty fijamente—. Yo no pienso dar marcha atrás, pero es que no sé qué hacer cuando llora.

—Las mujeres lloran sin más —declaró Jake, pero su experiencia estaba limitada a su madre—. No sé por qué lo hacen.

—Sí —corroboró Dusty—. Jake tiene razón.

—¿Se han comprado los vestidos?

—Y un montón de cosas más. Amy Lou me ha hecho beber café en unas tazas enanas. Se ha comprado una máquina de café especial —suspiró, como si lo estuvieran torturando—. Yo creía que casarse iba a ser divertido.

—¿Ah, sí?

Dusty miró a Jake y este le dio a Bobby una palmada en la espalda.

—Esta tarde voy a llevar a la tía a una subasta —dijo—. Así tendrás tiempo para hablar con tu novia y ponerlo todo en claro.

—¿Crees que debo hablar con ella?

—Se te agota el tiempo, y será mejor que estés convencido de lo que vas a hacer antes de que llegue el martes.

Se terminó la cerveza y se levantó.

—Puede que volvamos tarde —le dijo a Shorty—, así que cuida

del perro hasta que vuelva.

—Gracias, Jake —dijo Bobby—. Gracias por ocuparte de la tía y de todo lo demás.

—No tiene importancia.

Fingió no ver la sonrisa de Dusty al salir. Iba a entretener a la tía, sí. Y también iba a pedirle que se casara con él.

Capítulo doce

—¿Quieres que demos una vuelta?

—¿A caballo?

—Claro —contestó Bobby, algo confuso—. O si lo prefieres, podemos llevarnos la camioneta para ir a la ciudad. Podríamos cenar por ahí.

—Bien —respondió Amy, aunque en el fondo hubiera preferido tener algo más de tiempo para estar sola—. Pero yo no necesito ir a ninguna parte.

—¿Quieres que hablemos?

Amy negó con la cabeza y tiró el ejemplar de *Bon Appetit* a la basura.

—Estoy bien. De verdad.

Bobby caminó hasta el cubo de la basura, ignorando el tentador plato de pastelitos de crema que había en la mesa, y recuperó la revista. Amy le vio abrirla por la página que había marcado.

—¿Qué es esto?

Amy no contestó. No quería hacerle daño al mejor hombre del que se había enamorado diciéndole que prefería aprender a hacer profiteroles o *crêpes souffles au citron* que salir a dar un paseo al atardecer con él.

—¿París? —intentó sonreír—. Supongo que no será el París de Texas.

—No tiene importancia.

—¿Te queda algo de café?

Aliviada por el cambio de tema, Amy le hizo sentarse a la mesa.

—Claro. Siéntate. Puedes comer un pastelito también. ¿Lo quieres

con crema o con vainilla?

—No importa —contestó él, poniendo la revista abierta sobre la mesa—. Seguro que cualquiera de los dos está buenísimo.

—Eso espero —contestó ella, y le sirvió el café y el postre. No podía evitar sentirse orgullosa por haber conseguido hacerlo bien al primer intento. Aquellos pastelitos estaban exactamente igual que en el libro de cocina.

—Jake ha llevado a tu tía a una subasta —dijo—. Supongo que debe estarle ayudando a elegir los muebles de su casa nueva.

—A mi tía se le dan bien esas cosas.

Amy no sabía si sentarse o no, y al final lo hizo intentando no mirar la revista abierta por la página en la que se hablaba de una escuela parisina de cocina.

—Como a ti se te da bien la repostería —dijo él, acercándose la revista y tomando un bocado del postre.

—Ya he terminado el pastel para la boda —anunció—. Está guardado en la nevera, por pisos.

—Este curso de verano de repostería empieza dentro de tres días —dijo él.

—He decidido terminarlo en color amarillo —continuó ella, conteniendo las lágrimas—. ¿Te he dicho que mi vestido es del mismo color? Es un diseño de Paloma Blanca con unas flores bordadas en el...

—Por Dios, Amy —explotó él—. ¿Vas a ponerte a llorar otra vez, o vas a decirme qué te pasa? Esta semana casi no me has dirigido la palabra, de no ser para preguntarme si quería repetir de alguno de tus platos. Tienes los ojos rojos y estás siempre en la cocina, lo cual tiene sus ventajas, porque tus postres son los mejores del condado, pero me estás evitando y se supone que vamos a casarnos pasado mañana.

Amy respiró hondo y decidió que un poco de la verdad sería mejor que la verdad completa. ¿Cómo decirle que había estado

soñando más con un título de aquella escuela de cocina de París que con fabricar pequeños Calhoun? ¿Cómo podía hacer algo tan horrible como herir al hombre de que creía estar enamorada? Había tomado la decisión de seguir adelante con lo planeado y no ser impulsiva.

—Es que... nunca había sido buena en algo —los ojos se le llenaron de lágrimas—. No es justo.

Él se levantó para abrazarla.

—¿Qué no es justo?

—Que El Cordon Bleu no esté en París, Texas.

Lloró un poco en su camisa antes de separarse para limpiarse la nariz.

—No soporto ver llorar a las mujeres —murmuró Bobby, guardándose las manos en los bolsillos—. Vamos a casarnos, ¿no?

—Claro.

—No pareces muy entusiasmada —sonrió—, y yo no quiero que hagas nada de lo que no estés segura al cien por cien.

—¿Estás seguro?

Amy contuvo la respiración.

—De lo que estoy seguro es de que quiero que seas feliz —dijo, abrazándola de nuevo—. Y voy a asegurarme de que así sea.

—¿Lo quieres o no? —preguntó Elizabeth en voz baja.

—¿Tú qué opinas?

—Te quedará bien —le aseguró, sin dejar de mirar al hombre que dirigía la subasta—. Y es sólido.

Levantó su tarjeta y la puja subió a sesenta y cinco dólares. Alguien en las filas de atrás levantó el brazo y el precio subió a setenta y cinco. Elizabeth dudó. Era el dinero y la casa de Jake, y si él no era capaz de reconocer una ganga al verla, no podía hacer nada.

—Sigue —dijo él, y ella volvió a levantar la tarjeta.

—¿Hasta dónde quieres llegar?

—Tú decides.

Compró aquella enorme mesa de cocina en madera de pino por

ciento quince dólares, cantidad que, en su opinión, era una ganga. No estaba muy segura de que Jake lo considerara del mismo modo, pero sabía que en cuanto la viese en su habitación recién pintada, quedaría encantado. Quince minutos más tarde, volvió a pujar por seis sillas que encajasen con la mesa, además de un banco que quedaría espléndido en el porche.

—Bien —dijo, examinando la lista de notas que había hecho antes de la subasta. Habían llegado al granero en el que se exponía todo casi en el momento mismo en que daba comienzo la subasta—. ¿Necesitas algo más?

Se volvió hacia él y sonrió al verla enarcar las cejas.

—Se me ocurre algo —bromeó.

¿Por qué se le derretían las piernas cuando la miraba así? Tuvo que abanicarse con la tarjeta de puja.

—Me refiero a algo más de la subasta.

—Creo que no.

Ella consultó la lista.

—Ojalá hubiéramos podido hacernos con esas mecedoras para el porche.

—Un ranchero no tiene demasiado tiempo para sentarse en mecedoras.

—Te gustaban esas alfombras, ¿verdad? —se lamentó—. Ojalá supiera más de alfombras y pudiera discernir lo que es bueno de lo que no lo es.

—Siempre puedo comprarlas nuevas.

—Supongo —subrayó las alfombras en la lista—. ¿Qué hay de la caja de herramientas que estabas mirando?

Jake pareció sentirse tentado durante un instante, pero luego negó con la cabeza.

—Ya la compraré en Sears. Vámonos a casa. A menos que haya algo más que quieras comprar.

—No.

Le gustaban las subastas, pero le gustaba aún más irse a casa con Jake. Había conseguido concentrarse en los planes para la boda desde la última vez que habían hablado, pero la verdad era que lo había echado de menos. Añoraba estar con él, hablar con él, hacer el amor con él.

¿Cómo diablos iba a pasar el resto del verano? Se había enamorado de él. Llevaba estándolo desde el invierno pasado, un amor a primera vista del que ella tanto se había burlado. Y allí estaba ahora, junto a la mesa que habían comprado esperando a que Jake pagase para poder cargarlo todo e irse a su casa. «A casa», había dicho él.

Pero no era su casa, y no sabía cómo transformar una breve aventura en algo permanente, siendo tan distintos como eran. No cuando todos aquellos sentimientos podían atribuirse al capricho, incluso a la más vergonzante soledad.

Al menos eso era lo que se decía mientras le veía pagar. Y siguió diciéndoselo cuando Jake le dio las llaves de la camioneta y le pidió que la llevara a la puerta para poder cargar las cosas.

—Parece que su mujer está muy contenta con esa mesa vieja —dijo uno de los hombres que los ayudó a cargar.

—Desde luego —contestó Jake, a pesar de que Elizabeth pretendió no haberle oído—. Esperemos que le guste cuando lleguemos a casa —añadió, y tras darles las gracias, se despidieron.

—Queda perfecta —dijo él una hora más tarde. Habían pasado por el rancho a pedir que les echaran una mano con la descarga, a pesar de que Elizabeth le había dicho que podían hacerlo entre los dos.

—Ya te lo decía yo —estaba de pie, con los brazos en jarras, contemplando la habitación—. Es perfecta.

—Sí —Jake la tomó por la cintura y la sentó sobre la mesa—. Ahora, bésame tía Elizabeth. Hace demasiado tiempo que no lo haces.

¿Qué podía hacer, si tenía razón?

—¡Tía! ¿Pero qué estás haciendo?

Jake abrió los ojos y se encontró con Bobby y Amy Lou plantados en la puerta del dormitorio. Elizabeth contuvo la respiración y se tapó con las sábanas los hombros desnudos.

—¿Pero qué demonios... —empezó Jake, pero Bobby le interrumpió.

—Vaya por Dios... lo siento, Jake. Os andábamos buscando, pero no nos imaginábamos que...

—Creía que estabais pintando —dijo Amy—, y no haciendo... esto.

—Amy, por favor...

La joven siguió mirándolos.

—Os hemos buscado por todas partes. Es importante.

¿Y es que aquello no lo era? Jake no se atrevía a mirar a Elizabeth. O había enmudecido, o estaba en estado de *shock*. Sabía que aquella debía de ser su peor pesadilla hecha realidad.

—Podríais haber llamado —dijo.

—Y lo hemos hecho —dijo Bobby, intentando tirar de Amy hacia el pasillo, pero sin conseguirlo—. Supongo que no nos habéis oído con... el ventilador y todo eso.

Así que comprar un ventilador no había sido buena idea, pensó Jake.

—Lo mejor sería que nos encontrásemos en el rancho.

—Tía —dijo Amy, dándole a su novio una patada en la espinilla para que dejase de arrastrarla—, necesito hablar contigo.

—Ahora no —dijo Elizabeth, como si hablase entre dientes. Jake se volvió a ella y vio a una mujer con las mejillas coloreadas y el pelo revuelto, una mujer que no parecía de ningún modo una conservadora profesora de matemáticas de Nueva Inglaterra. Era preciosa, era suya, y no iba a irse a ninguna parte. Se volvió a la pareja.

—Ya has oído a la señora —dijo, mirando a Bobby con severidad—. Volved al rancho y nos veremos allí dentro de un rato.

—No lo entiendes —protestó Amy—. Necesito decirle que...

—Fuera —repitió, y en aquella ocasión Bobby consiguió apartarla de la puerta.

—¿Podríais daros prisa? —preguntó aún—. Es que tenemos un poco de prisa.

—Enseguida vamos —prometió Elizabeth.

—Enseguida no —dijo Jake, y los dos se marcharon tan silenciosamente como habían llegado, pero en aquella ocasión oyó la puerta abrirse y cerrarse—. Supongo que lo de comprar un ventilador no ha sido buena idea.

—Además de no cerrar la puerta con llave.

—Es que estaba distraído.

Estaba demasiado ocupado preguntándose si debía hacerle el amor a Elizabeth en la cama o sobre la mesa. Habían hecho ambas cosas, y afortunadamente estaban adormilados cuando llegaron los invitados. Si Bobby y Amy hubieran aparecido quince minutos antes, habría sido una situación verdaderamente embarazosa.

—Qué vergüenza. Se supone que debo dar buen ejemplo, y no andar acostándome con un vaquero.

Apartó la ropa de la cama e hizo ademán de levantarse, pero Jake la sujetó por un brazo.

—Elizabeth, eres una mujer adulta que puede tener una vida sexual sin restricciones.

—¿Delante de mi sobrina virgen? No lo creo —se levantó, le dio un beso breve y salió de la cama—. Vamos. Tengo la impresión de que ocurre algo malo.

Jake cerró los ojos un segundo. En aquella ocasión, Elizabeth no salía de su cama a hurtadillas, pero tenía la corazonada de que iba a dejarlo de todos modos.

Marty se encogió de hombros.

—No lo sé, señorita Comstock. Se marcharon de aquí a toda prisa.

Elizabeth se bajó de la camioneta y saludó a *Gus* con una caricia en la cabeza. Habían tardado en volver al rancho y Amy y Bobby ya no estaban allí. El viaje le había parecido más largo por el silencio que se extendía entre los dos. No parecían tener nada que decirse hasta que hablaran con Bobby y Amy.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Diez o quince minutos —dijo una de las gemelas, tirando de la rienda de su caballo—. Acabábamos de venir de dar un paseo y apenas les habíamos dicho «hola» cuando Amy Lou dijo algo de marcharse.

—¿Marcharse? ¿Adónde?

La otra gemela se animó.

—Puede que a Rhode Island.

—Seguro que se fugaban.

Marty negó con la cabeza.

—No. Bobby no parecía muy contento.

—¿Fugarse? —repitió Elizabeth—. ¿Por qué iban a hacer algo así si se casan dentro de dos días? —se volvió a Jake—. ¿Tú sabes algo de esto?

—Solo que el chico me dijo que Amy lloraba mucho —recordó—. ¿Crees que habrán cancelado la boda?

Elizabeth no sabía qué decir.

—Espero que no. Pero nada de lo que pueda hacer Amy me sorprendería.

Jake masculló algo entre dientes y miró hacia la carretera desierta como si allí estuviese la respuesta.

—Desde luego no puedo decir que no me lo advertieras.

—Lo siento.

—Sí, yo también —entonces se dio cuenta de que las gemelas y Marty estaban siguiendo su conversación y la alejó un poco—. Supongo que debería haberte creído cuando dijiste que no iba a

funcionar. Que no era vida para tu sobrina.

Elizabeth se llevó la mano al estómago al ver la amargura de su expresión.

—Yo no...

—Cocinar, limpiar, tener niños y vivir lejos de la civilización, creo que es como lo describiste —continuó con aspereza—. Ha debido darse cuenta de que tenías razón.

—No quería tenerla.

Hubiera querido equivocarse sobre los vaqueros y las mujeres del este. Preferiría creer que el amor podía conquistarlo todo.

—No todos somos iguales —dijo, poniendo una mano en su brazos, y deseó con todo su ser que le pidiera que se quedase. Le encantaría tener hijos y cocinar; hasta toleraría lo de limpiar e incluso haría sustituciones en el instituto si echaba de menos enseñar. Quería pasar sus días y sus noches en el rancho, con aquel ranchero, bajo aquellos edredones.

Pero él ni siquiera la miró, así que bajó la mano y se encaminó a la casa. Estaba desilusionado porque se hubiera cancelado la boda; porque sus planes tuviesen que esperar. Ansioso por deshacerse de ella ahora que la boda se había cancelado. Su trabajo como carabina había terminado, y también su breve aventura.

Se apresuró a entrar en la casa por ver si habían dejado una nota escrita sobre la mesa. Al no encontrar nada en la cocina, rezó porque Amy no hubiese cometido ninguna locura. Seguramente todo aquello tendría que ver con la boda... algo tan sencillo quizás como que las flores no eran las que ella había pedido, o que el Steak Barn se había confundido en el menú.

La puerta del dormitorio de Amy estaba abierta, y la nota que buscaba, sobre la cama.

Tía Elizabeth, decía, no te enfades. Te llamaré pronto.

Estaba firmada con una familiar A, y un pequeño corazón. La

puerta del armario estaba abierta y no había nada en su interior, a excepción del precioso vestido de novia, aun en su bolsa de plástico. La maleta no estaba ya bajo la ventana.

Elizabeth contuvo las ganas de llorar. ¿Se fugaría una futura novia sin su vestido? De ningún modo.

Amy se había marchado, y Bobby tendría el corazón destrozado. Jake estaría furioso. Ella había querido creer que su amor a primera vista podía crecer y florecer en algo más, algo duradero, dos extraños que volvían a encontrarse y podían vivir felices para siempre. Incluso había empezado a pensar que podía ser una buena ranchera.

El romance había terminado. Era hora de marcharse de Texas.

—Ha ido a llevarla al aeropuerto —dijo Shorty, llevando en brazos a *Pookie* a una pequeña zona de hierba que había cerca de la puerta del barracón. Lo dejó en el suelo y el animal olfateó a su alrededor—. Es todo lo que me ha dicho, Jake.

—Supongo que no pensaba irse con ella.

Dusty sacó la cabeza por el hueco de la puerta.

—¿Estás buscando a Bobby? Se ha marchado hace un rato.

—No llevaba equipaje —dijo Shorty, después de que *Pookie* volviera a sus pies—. Se subieron al Cadillac y salieron a toda prisa, escupiendo tierra y polvo.

—Sí —corroboró Dusty—. Me dijo que te dijera que volverá dentro de un rato, pero que iban a perder el avión si no se iban ya.

—Maldita sea mi sombra —masculló Jake. Ojalá pudiera romper algo, atravesar una ventaría de un puñetazo. Y emborracharse después.

—Ten —Shorty le puso a *Pookie* en los brazos conteniendo las lágrimas—. Supongo que su tía querrá llevárselo cuando se vaya.

—Supongo —contestó.

Así que la boda se había cancelado. Bobby debía de estar destrozado, Elizabeth había conseguido exactamente lo que quería desde un principio y él se había quedado con el chucho en brazos.

Tardó exactamente nueve minutos en llamar a la compañía aérea, ducharse y hacer el equipaje. Ahorró tiempo llorando en la ducha, pero lo perdió intentando maquillarse sin dejar de llorar. El equipaje era un desastre. Consiguió meter el vestido verde en una maleta ya a punto de estallar porque no hubiera podido soportar dejárselo allí como Amy había dejado el suyo. El edredón lo metió en una bolsa que llevaría como equipaje de mano junto con la cesta de transporte del perro.

Jake la esperaba en la cocina cuando bajó. *Pookie*, con el moño torcido, estaba tumbado en su cama y la miró con su típica expresión dulzona y ausente.

Jake miró su maleta con los dientes apretados. Tenía el sombrero muy calado y el ala le dejaba en sombra los ojos, de modo que era difícil leer su expresión.

—Qué rapidez.

—Había una nota diciendo que lo sentía, pero se ha dejado aquí el vestido de novia —dijo, secándose las palmas húmedas en la falda, la misma que llevaba cuando llegó al Dead Horse—. No se han fugado. Amy ha vuelto a casa.

Jake se cruzó de brazos, casi como si pretendiera bloquear la puerta.

—Lo sé. Shorty me ha dicho que Bobby la ha llevado al aeropuerto.

—Ah. He llamado al aeropuerto. El próximo vuelo para Providence sale dentro de dos horas y cuarenta y cinco minutos.

Esperó a que dijese algo, lo que fuera, pero él guardó silencio.

—Se tardan dos horas en llegar —dijo, esperando que no se diera cuenta de que le temblaba la voz—. Será mejor que nos vayamos.

Jake le quitó la maleta de las manos y ella recogió a *Pookie*, su cama y su cesta de transporte.

Por favor, hubiera querido decir. Por favor, pídemme que me quede. Dime que me quieres. Dime algo.

—Suponía que querías marcharte —dijo Jake—. Dusty te va a llevar —dijo, sin mirarla. Dejó su maleta en la parte trasera de una de las furgonetas del rancho mientras Dusty los ayudaba a ella y al perro a subir. Jake se acercó a la puerta y se apoyó en ella. Creyó que iba a besarla, pero no podía soportar despedirse de él de aquel modo. Si la besaba, se echaría a llorar.

Si la besaba, no se iría de allí nunca.

—¿Jake?

Él esperó a que se abrochara el cinturón y acomodara a *Pookie* a sus pies.

—Volverá —le aseguró Dusty cuando hubo puesto en marcha la camioneta—. He apostado por qué vamos a tener boda.

—¿Cuánto?

—Cien dólares.

—Bueno —dijo Elizabeth con la voz temblorosa mientras veía pasar los postes de la valla—, espero que te sientas más afortunado que yo.

Consiguió convencerlo de que la dejase en la puerta de la terminal sin llevarle el equipaje dentro mientras *Pookie* se aliviaba contra un poste de cemento. Luego los dos, *Pookie* metido en su cesta, acudieron al mostrador de embarque, pasaron el control de seguridad y continuaron hasta la puerta de embarque.

—No está aquí —dijo una voz a su espalda. Se volvió. Bobby sonreía—. Se imaginaba que vendría. Acabo de meterla en el avión para París.

—¿París? —el joven vaquero no parecía destrozado. De hecho, parecía muy satisfecho consigo mismo—. ¿Por qué?

—Para asistir a una escuela de cocina —contestó, quitándole la cesta de transporte de *Pookie* de las manos—. Las clases empezaban dentro de dos días. ¿Quiere sentarse? Parece acalorada.

La condujo a una fila de asientos vacíos frente a las pistas.

—Pero su pasaporte...

—Se lo había traído a Texas, ya que no sabía adónde íbamos a ir de luna de miel.

—Lo siento mucho, Bobby. ¿Estás muy desilusionado?

—Un poco —contestó, colocándose la cesta sobre las piernas—. ¿Puedo sacarlo, o nos meteremos en un lío?

—No creo que pase nada —abrió la puerta y el perro sacó la cabeza y se estiró —Bobby, ¿qué está pasando?

—No podía soportar verla tan triste. Ella quería olvidarse de la repostería y casarse conmigo para no hacerme daño, pero yo no podía permitirlo. Vamos a seguir en contacto y veremos lo que pasa el año que viene, después de que se haya sacado el título. Me ha pedido que le guarde el vestido, por si acaso.

—Es todo muy... civilizado —le dijo Elizabeth, viendo cómo le rascaba las orejas a *Pookie*—. Espero que funcione.

—Bueno... gracias. Y espero que todo salga bien también para vosotros. Shorty se ha encariñado con el perro.

Y poniéndole al animal en los brazos, se levantó y asintió mirando a alguien que debía estar detrás.

—Me he acordado de que te debía un edredón —dijo Jake. Estaba allí con uno de los edredones de su madre, el de color marfil con pequeñas piezas de colores formando círculos que se superponían.

Elizabeth tenía miedo de moverse. Estaba tan guapo y parecía tan enfadado... pero se relajó cuando Bobby le dio una palmada en la espalda.

—Creo que voy a tomarme una buena taza de café —dijo el chico, y los dejó solos.

—¿Qué haces?

—He venido a no sé qué velocidad para llegar aquí antes de que te marchases —dejó el edredón en el asiento de al lado—. Es el dibujo de las alianzas. He pensado que era el más apropiado, dada la situación.

—¿Qué situación?

—La apuesta que hicimos en la tienda de antigüedades. Dijiste que no habría boda, y has ganado.

Empujó el edredón y se sentó, como si no tuviera una sola preocupación en el mundo.

—No quería ganar —dijo en voz baja mientras que él estiraba los brazos sobre los respaldos de los asientos. Si se movía solo un poco, podría apoyar la cabeza en su hombro. *Pookie* se acurrucó mejor en sus brazos y se durmió.

—No has ganado. Todavía. Si hay boda, me debes una cita en el cine de coches.

—No van a casarse. Aún no.

—La apuesta era sobre una boda, pero no especificamos la de quién. Cariño, he pasado diez minutos sin ti y pensé que se me iba a romper el corazón. No me importa lo distintos que seamos, o que apenas nos conozcamos. No pienso permitir que te vayas sin decirte que estoy enamorado de ti y que eso no va a cambiar, pase lo que pase. Así que o te casas conmigo y te quedas aquí, o te casas conmigo y nos vamos al este —señaló una vieja maleta de cuero—. Yo he hecho ya el equipaje, por si acaso. Y tengo un billete, así que tú decides.

—Yo... —se volvió hacia él y sus labios quedaron a un par de centímetros—. Yo quiero el edredón —lo besó brevemente—. Y la boda —otro beso—. Y el rancho —él comenzó a besarla, pero tuvo que añadir—. Y al vaquero —lo habría besado durante horas, pero *Pookie* comenzó a gruñir al sentirse aplastado entre los amantes—. Así que... —dijo cuando se separaron un poco—, ¿qué dices?

El tejano más satisfecho del mundo tomó en brazos edredón, mujer, bolsas y perro.

—Creo, señora, que va a ser la mejor noche de mi vida.

Fin